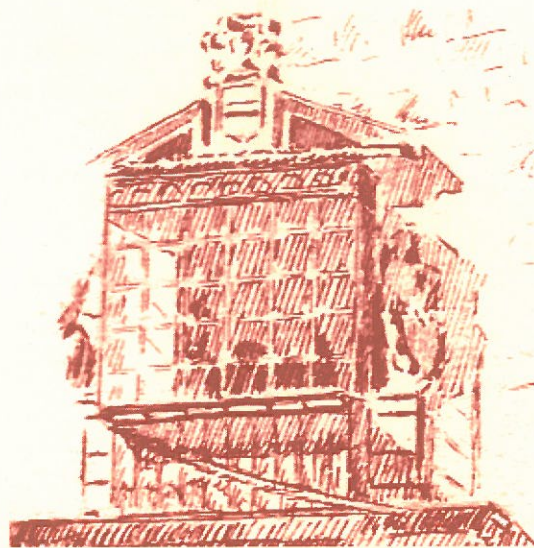


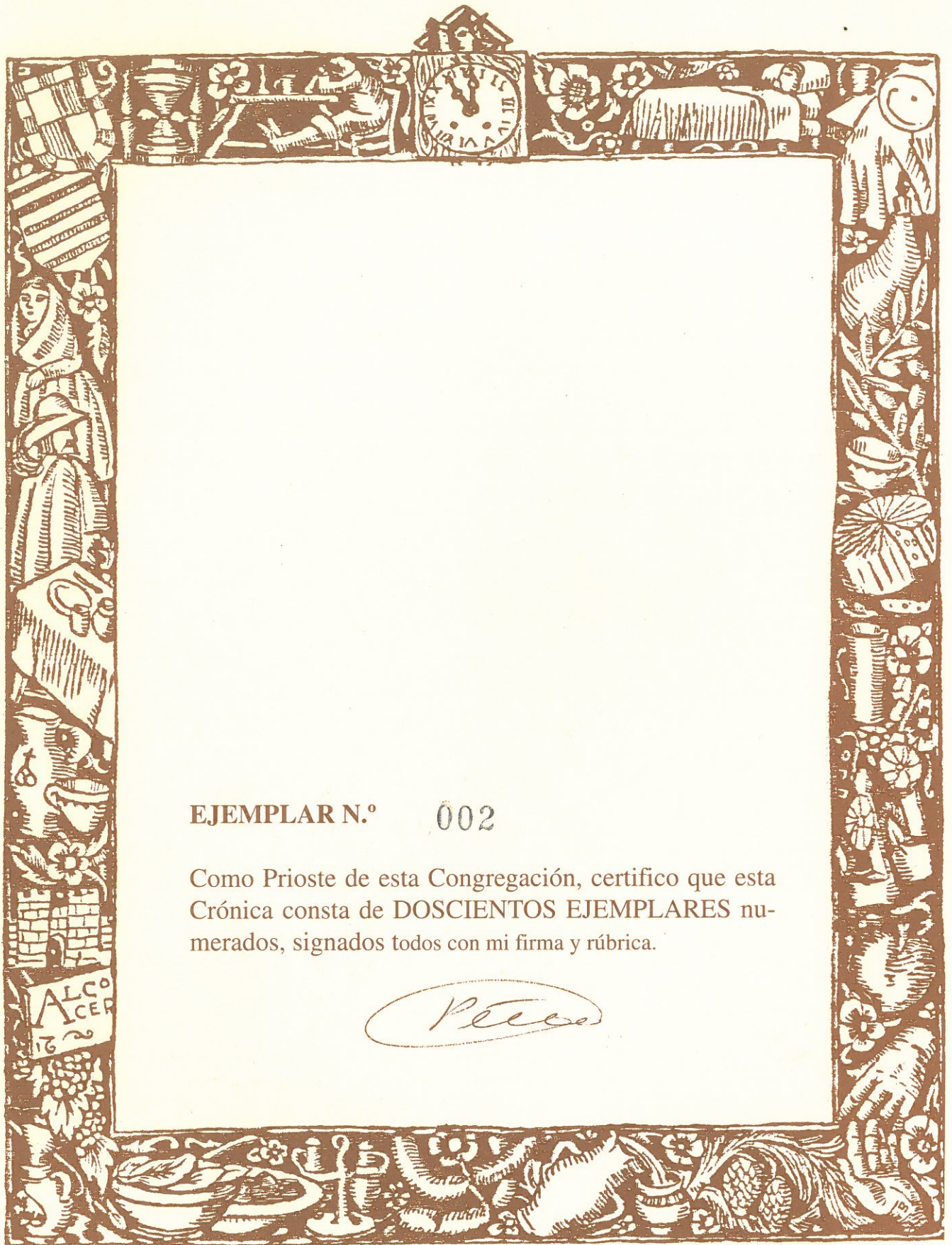
CRÓNICA DE LA "CENA JOCOSA"

2003



Kayser

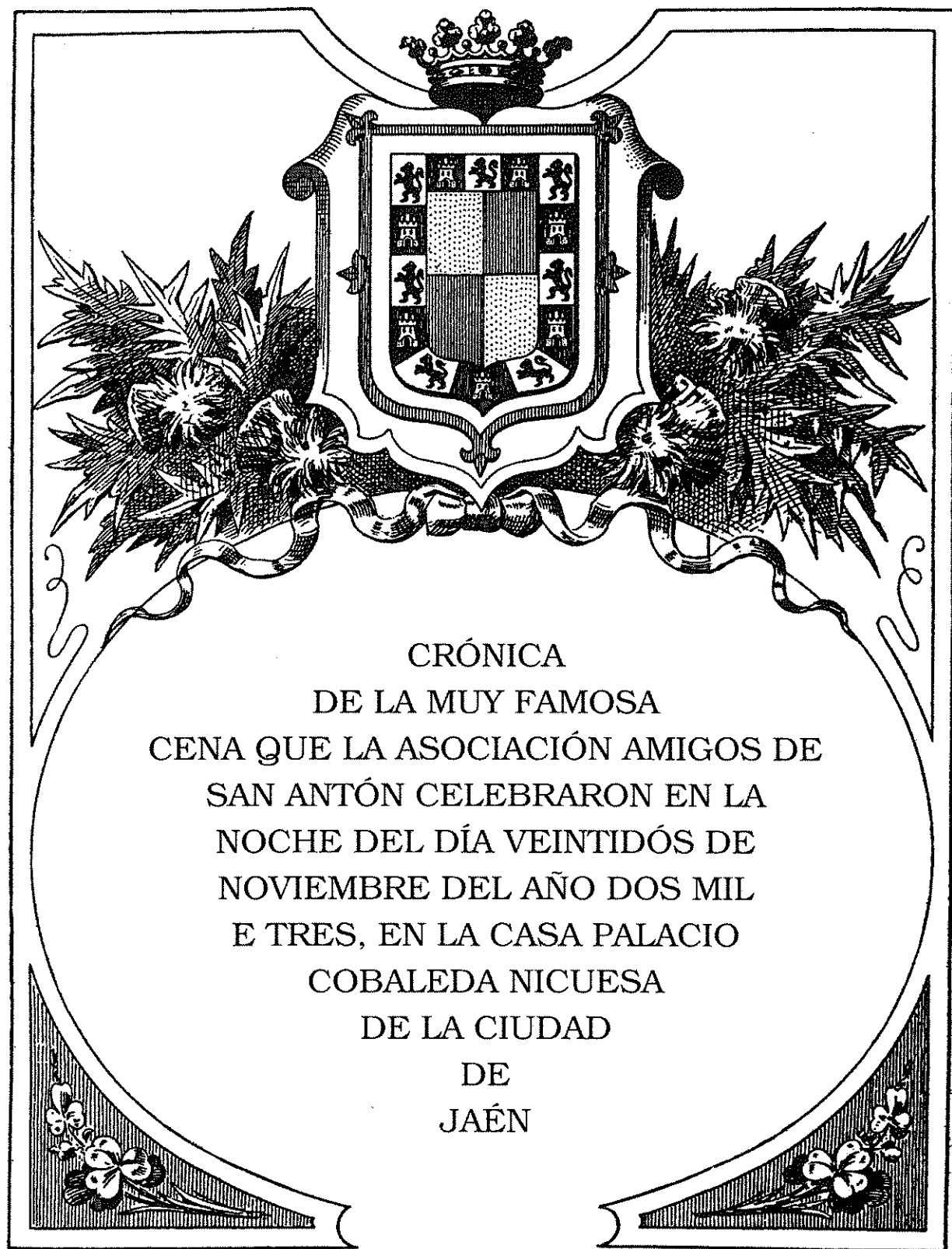
AMIGOS DE SAN ANTON  
JAÉN



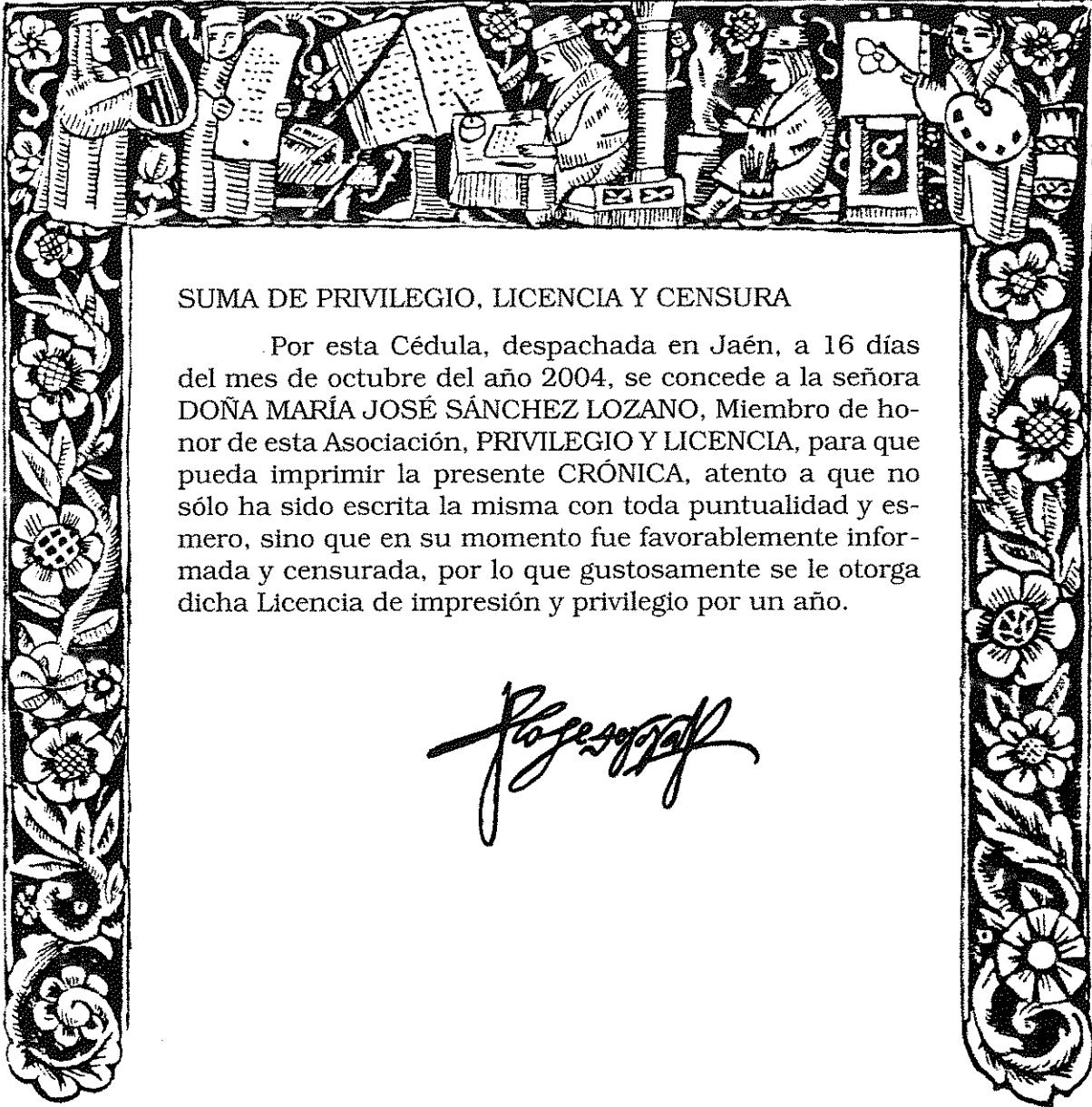
EJEMPLAR N.º 002

Como Prioste de esta Congregación, certifico que esta Crónica consta de DOSCIENTOS EJEMPLARES numerados, signados todos con mi firma y rúbrica.

*Pérez*



CRÓNICA  
DE LA MUY FAMOSA  
CENA QUE LA ASOCIACIÓN AMIGOS DE  
SAN ANTÓN CELEBRARON EN LA  
NOCHE DEL DÍA VEINTIDÓS DE  
NOVIEMBRE DEL AÑO DOS MIL  
E TRES, EN LA CASA PALACIO  
COBALEDA NICUESA  
DE LA CIUDAD  
DE  
JAÉN



### SUMA DE PRIVILEGIO, LICENCIA Y CENSURA

Por esta Cédula, despachada en Jaén, a 16 días del mes de octubre del año 2004, se concede a la señora DOÑA MARÍA JOSÉ SÁNCHEZ LOZANO, Miembro de honor de esta Asociación, PRIVILEGIO Y LICENCIA, para que pueda imprimir la presente CRÓNICA, atento a que no sólo ha sido escrita la misma con toda puntualidad y esmero, sino que en su momento fue favorablemente informada y censurada, por lo que gustosamente se le otorga dicha Licencia de impresión y privilegio por un año.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Doña María José Sánchez Lozano'.

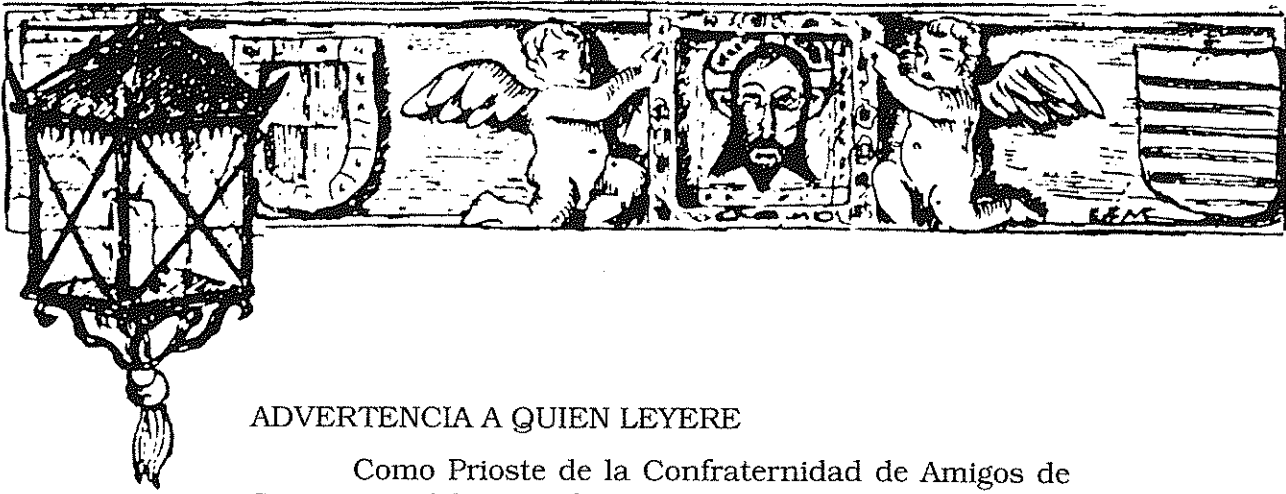
### SUMA DE TASAS

Tasaron los señores de la Confraternidad esta CRÓNICA en.....reales por página, lo que hace.....reales de vellón por ejemplar; según más largamente consta por certificación expedida por el Sr. Administrador de Caudales de la dicha Confraternidad de «Amigos de San Antón», el día veintidós de octubre de 2004.



Casa-Palacio de Cobaleda Nicuesa





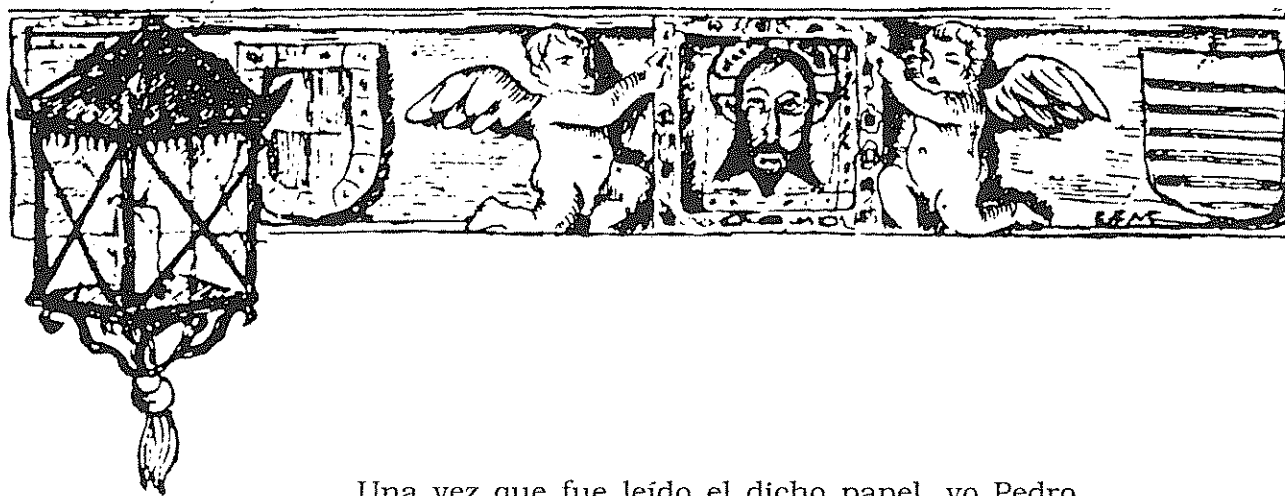
### ADVERTENCIA A QUIEN LEYERE

Como Prioste de la Confraternidad de Amigos de San Antón, debo manifestar, que en la noche del día veintidós de noviembre del año dos mil tres, pasado que había sido el toque de ánimas y estando reunido la dicha Confraternidad, así de Miembros de Número como de Honor en estancia noble de la Casa Palacio Cobaleda Nicuesa, de la ciudad de Jaén, leí cierto papel del tenor siguiente:

«Notorio y manifiesto sea a los aquí presentes, cómo la Asociación Amigos de San Antón, estando junta y congregada, como lo hace de uso y costumbres para tratar y conferir de las cosas tocantes a la utilidad de la Confraternidad, el día cuatro de octubre del año 2003, en la estancia alta del Arco de San Lorenzo de esta ciudad, entre otros acuerdos, se adoptó el siguiente:

«Vistas y detenidamente examinadas las circunstancias que concurren en la muy noble honorable señora DOÑA MARÍA JOSÉ SÁNCHEZ LOZANO, Miembro de Honor de la Asociación, se conviene por unanimidad que se le comunique el deseo de que sea la Cronista o Relatora del desarrollo y pormenores de nuestra Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina del año 2003, que ha de tener lugar en la noche del día veintidós de noviembre que vendrá, debiendo ser esta Crónica fiel y exacto reflejo de todo cuanto en ella aconteciere, a fin de que por ella se deje constancia a la posteridad».

Dado en Jaén 30 de octubre de 2003



Una vez que fue leído el dicho papel, yo Pedro Casañas Ilagostera, Prioste de la Confraternidad, mandé comparecer a la dicha DOÑA MARÍA JOSÉ SÁNCHEZ LOZANO, a quien hice con la solemnidad debida la pregunta de rigor:

— Muy honorable señora DOÑA MARÍA JOSÉ SANCHEZ LOZANO, ¿sois conforme en redactar fiel y cumplida CRÓNICA de todas cuantas cosas viéreis y oyéreis en el desarrollo de esta Cena de Santa Catalina del año 2003?

A lo que atentamente me respondió la referida DOÑA MARÍA JOSÉ SÁNCHEZ LOZANO:

— Sí, lo soy.

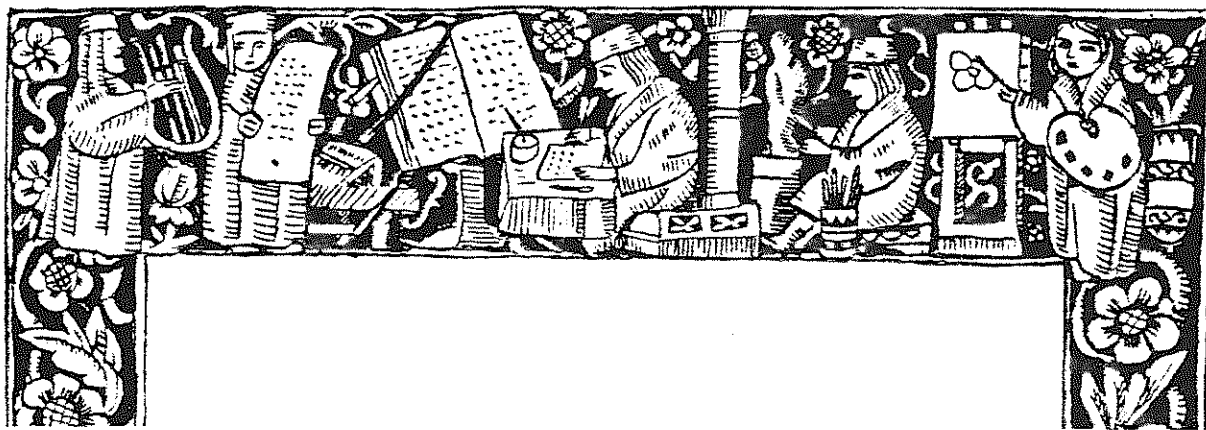
A lo cual yo como Prioste manifestele:

— Complacidos agradecemos esta aceptación, encareciendoos y exhortandoos a que sin demora ni dilación alguna os iniciéis en el encargo, entregandoos para ello el correspondiente Recado de Escribir.

Aceptó la dicha DOÑA MARÍA JOSÉ SÁNCHEZ LOZANO el Recado del mejor grado, recibiendo con él las noragüenas y parabienes de todos los presentes.

Y por ser de utilidad, yo, el dicho Prioste, pongo aquí testimonio para conocimiento de quien leyere.





#### ASISTENTES A LA CENA

Vicente Oya Rodríguez, Arturo Vargas-Machuca Caballero, Antonio Martos García, Pilar Sicilia de Miguel, Ignacio Ahumada Lara, Manuel López Pérez, Antonio Casañas Llagostera, Luis Coronas Tejada, Francisco Cano Ramiro, Julio Puga Romero, José García García, Pedro Alejandro Ruiz Ortiz, Pedro Jiménez Cavallé, Juan Antonio López Cordero, Fernando Lorite García, María Isabel Sancho Rodríguez, Rufino Almansa Tallante, José María Pardo Crespo, Antonio Martínez Lombardo, Juan Eslava Galán, José Casañas Llagostera, Ángel Viedma Guzmán, Juan Cuevas Mata, María José Sánchez Lozano, Juan Higuerras Maldonado, Ángel Aponte Marín, Pedro Antonio Galera Andreu, Luis Berges Roldán, y Pedro Casañas Llagostera, a más naturalmente de los anfitriones, Jaime de Bonilla y Moreno y su esposa Gloria Lodaes Fontecha.





## Crónica de la Cena Jocosa o de Santa Catalina de 2003

**H**abía pasado el verano. El curso ya había comenzado y me disponía a organizar mis clases y mis trabajos de investigación. Sabía que no faltaba mucho para la *Cena Jocosa* y este año no quería que pasara sin llevar algún trabajo para exponer. En éstas estaba cuando sonó el teléfono. Era Pedro Casañas y lo hacía para comunicarme su deseo de que este año fuese yo la que realizara la Crónica de la correspondiente *Cena Jocosa*. Pensé en la casualidad de la coincidencia de su llamada con la redacción del trabajo que iba a exponer en la cena. Después he llegado a la conclusión de que no fue casualidad. Son tantas las horas que dedicamos a la investigación que casi es normal que te sorprendan enfrascada en alguna cuestión de ese tipo. Curiosamente, cuando he leído las crónicas de años anteriores, he podido comprobar que a otros compañeros les había ocurrido igual. Y otra no-casualidad, esperamos su llamada porque algún año nos tiene que tocar, y lo digo desde la satisfacción que produce el ser nombrada Cronista de la *Cena de Santa Catalina*.

Es costumbre, ya como un rito, que todos los años, el *Prioste*, encargue con el debido tiempo a uno de los cofrades que tome nota «*fiel y cumplidamente*» de todos los acontecimientos que sucedieran en esa noche. Para cualquier miembro de la *Confraternidad de los Amigos de San Antón* es un honor recibir tal encargo. En mi caso, tengo que confesar que me sentí especialmente honrada con la llamada de Pedro Casañas. En ningún momento lo dudé. Su entrega generosa a los *Amigos de San Antón*, conocida y reconocida por todos, no puede por menos que ser correspondida con nuestras pequeñas aportaciones. Pero como digo, lo mismo que tenía claro que no podía, ni quería, negarme a ninguna petición del *Prioste*, por otro lado, fue inevitable que me asaltaran serias dudas sobre su elección, o sea, si yo iba a estar a la altura de las circunstancias. Baste leer las crónicas anteriores, que ya son veinticinco, para comprender lo que digo.



## El aviso de recordación acude con puntualidad

Pasados unos días, como todos los años en torno a Santa Catalina, siempre igual y siempre tan distinto, llega la misiva del *Criado Portugués*. La abro con cuidado, se vaya a estropear. Viene cerrada, lacrada con sus sellos de lacre colorados, emulando aquellos de cera que a veces mencionan los documentos pero que casi nunca llegan intactos hasta nosotros. La leo con detalle y me doy cuenta de que los sencillos y variados placeres que van a jalonar el encuentro de la cena del 2003 ya han comenzado con la llegada del recado del *Criado Portugués*. Su misiva, este año decía así:

Conducido de la señalada estima que supone el ser confundido por la persona de mi señor Don Lope de Sosa, en el dicho su nombre e de este honor usando, plácente notificar a V. M. las ya cercanas jornadas de Santa Catalina, Patrona desta ciudad de Jaén, propincuo a las cuales, los Antigos de señor San Antón, facen ánuo e puntual acaecer de la renombrada Cena Jocosa, que dicen de Santa Catalina.

Dijome asimesmo el dicho mi señor, que de justa utilidad e razón debiera ser, el que hogaño esta señalada e principal jornada, fuese dedicada en sentido e debido homenaje, a la memoria de aquella ilustre e destacada personalidad giennense que fuera Don José Antonio de Bonilla y Mir, incansable promotor de iniciativas culturales e velador permanente de estos tan significados afanes.

E porque justo e merecido es que así se haga esta ofrenda, tenga V. M. conocimiento de haberse visto de conveniencia, que el memorable acontecer debe cumplirse el sabado día 22 de Noviembre que vendrá, pasado que sea el toque de ánimas, teniendo su acomodo en lugar tan adecuado e acertado para ello, como es la Casa Palacio llamada de Cobaleda Nicuesa —número 8 de la calle Ramón y Cajal—, morada que fue de tan preclaro señor, hoy gentilmente cedida para este fin por el honorable caballero Don Jaime de Bonilla y Moreno.

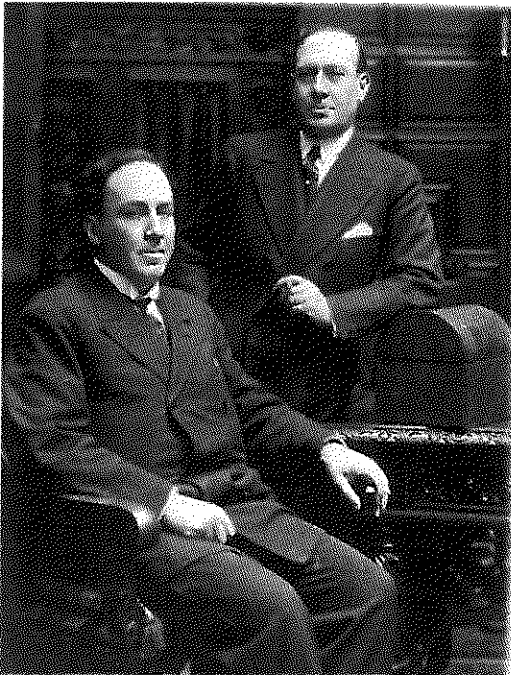
Entendida V. M. de lo antedicho, ruégole cumplida e puntual asistencia a este particular evento, pues el no hacerlo mucho enojaría a mi señor que tanto celo pone en ello, permitiéndome de igual forma aconsejarle, de lo saludable que es facer dietas ante diem, para un poder dar mejor cuenta del abundoso abasto que para ello se adereza.

Dóile este recado de aviso e recordación, en las fiestas del señor San Lucas, deste año de gracia que cuenta dos mil e tres, del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo.

El Criado Portugués.

## Y llegó el día señalado

Ya puesta a realizar mi misión, pensé, quizás por deformación profesional, que el relato de la noche del día 22, fecha prevista para el encuentro de este año, no podía ser abordado de forma aislada, procedía dejar constancia no solo de todos los aconteceres de la noche, sino todo



Hermanos  
Machado

ello más su imbricación en el tiempo. Quería situar la noche en el momento histórico y construir desde el presente lo que después sería memoria histórica. Así fue como decidí introducir en estas páginas, una resumida crónica de lo que fue actualidad en aquel día.

En medio de un mundo revuelto y empapado de violencia era gratificante leer en la prensa como la Universidad de Oxford honraba a Mario Vargas Llosa nombrándolo doctor «*honoris causa*». El mismo honor, pero procedente de la Universidad Complutense recibía el artista catalán Antoni Tapies.

En España, una mujer, Esperanza Aguirre, tomaba posesión como Presidenta de la Comunidad de Madrid. Era la primera mujer que lo hacía. Soy consciente de que esa circunstancia ya no es noticia, lo que demuestra abiertamente que la sociedad está cambiando y que poco a poco vamos emitiendo nuestra opinión sobre las distintas actuaciones de los seres humanos independientemente de su sexo. Realmente lo que le hizo saltar a las páginas de la prensa fue su toma de posesión como Presidenta de una Comunidad Autónoma y por otro lado, sus rencillas con Alberto Ruiz Gallardón.

Ya había sido anunciado el enlace del Príncipe de Asturias con Letizia Ortiz, pero en la prensa continuaban vertiéndose distintas opiniones. Los sectores más conservadores se rasgaban las vestiduras porque era una mujer divorciada, mientras que Luis María Ansón calificaba de absoluta normalidad el estado civil de la futura Princesa de Asturias apoyándose en que es una muestra más de los cambios producidos en nuestra sociedad y a los que hay que equipararse.

Jaén también era noticia. El VI Seminario sobre Lexicografía Hispánica, dirigido por nuestro cofrade, Ignacio Ahumada, esos días se celebraba en Jaén organizado por la Universidad. Manuel Alvar inauguraba su última sesión defendiendo el papel de vanguardia que juega Andalucía en los estudios regionalistas del español. Recordó a la Junta de Andalucía el compromiso olvidado de financiar un gran diccionario de andalucismos.

Las marginadas tierras de Pontones saltaban a la actualidad por la concesión que el Gobierno había dado a *Repsol* para buscar petróleo en sus entrañas.

Los manuscritos de los hermanos Machado, que unos días antes habían salido a subasta, fueron adquiridos por *Unicaja*. Gracias al mecenazgo ejercido por esta Institución, tales joyas literarias se quedaban en Andalucía, la tierra de los poetas, respetando así el deseo de sus familiares.

Pero para desgracia de la humanidad, esas no eran todas las noticias. El mundo sería mejor y más justo si con ellas, la actualidad nacional e internacional estuviera completa; pero no era así. No olvidemos que el mundo seguía en guerra aunque yo haya querido conscientemente soslayarlo. Esa mañana la prensa anunciaba que la resistencia iraquí continuaba sus ataques. Tras el bombardeo del hotel *Al Rachid*, el objetivo fue el Ministerio del Petróleo y otros dos hoteles, el *Sheraton* y el *Palestina*, la residencia por excelencia de los periodistas, el lugar donde murió José Couso y desde cuyos balcones las televisiones del mundo entero grabaron la destrucción de los palacios de Sadan Huseim.

Y si esas noticias perturbaban el ánimo de esa mañana, otros aspectos terroríficos y sombríos de la realidad nacional volvían a imprimirse. Producía escalofríos el asistir a nuevos conflictos sangrientos con ingredientes macabros de degüellos y puñaladas nacidos en el seno de la sociedad. De nuevo otra mujer era asesinada por su marido para después arrojar su cadáver a la basura. El asombro y pavor podía crecer a medida que se leía que los índices de violencia doméstica en nuestro país no son, ni mucho menos, los más altos. Los países nórdicos, supuestamente más avanzados, se reservan esa mancha. Y lo penoso es que si aspiramos a ser tal país avanzado, en la escalada por el progreso tenemos que incluir la creciente violencia hacia la mujer.



## La Casa-Palacio de Cobaleda Nicuesa abre sus puertas a los Amigos de San Antón

Cada año, con su elección, el *Prioste*, persona que suma a su compromiso ético el amor por Jaén, hace un reconocimiento a los giennenses señeros que guardan en sus mansiones aquellas huellas que se identifican con nuestro patrimonio cultural, sea éste de tipo natural, artístico, o costumbrista. Busca el lugar, lo encuentra, y siempre acierta. A su vez, los elegidos siempre nos acogen y colaboran con cálida hospitalidad, conscientes del compromiso que, con la cultura y tradiciones de Jaén, tienen adquirido los *Amigos de San Antón*.

La mansión que nos acoge esta noche está declarada monumento histórico-artístico de carácter nacional, según Decreto de 25 de noviembre de 1975. Se trata del Palacio Cobaleda Nicuesa, cuyo nombre responde al de su primer propietario. Está situado, a espaldas de la Catedral, junto a otro hermoso palacio, el de los Vélez. Perpendicular a él discurre la que en época medieval fue la calle Maestra del Arrabal de San Ildefonso, después conocida como Ancha, denominación que desde entonces no ha querido cambiar. General Riego, Federico del Castillo o Manuel Muñoz Garnica, han sido varios de los nombres que posteriormente tuvo la calle; pero las nuevas denominaciones nunca prosperaron. Hoy, en el siglo XXI, sigue siendo la calle Ancha, calle Ancha del arrabal aquella por la que discurrió la celestial procesión de la Virgen de la Capilla en la noche del 10 al 11 de junio de 1430. El rápido crecimiento demográfico de esta zona hizo que ya en el siglo XV fuese uno de los barrios más populosos de la ciudad. Estaba poblado por labradores, ganaderos y artesanos, a los que más adelante se sumaría la nobleza y miembros de profesiones liberales. La fachada del palacio de los Marqueses de Navasequilla es una muestra, que aún perdura, de aquel asentamiento nobiliario.

La puerta de entrada del palacio de los Cobaleda o de los Bonilla, da a la calle Ramón y Cajal y está compuesta por un arco de medio punto enmarcado entre pilastras compuestas con almohadillados. Corona la portada una cornisa sobre la que se apoya un segundo cuerpo organizado por un vano adintelado también enmarcado entre pilastras con almohadillado y coronado por un frontón partido con un escudo en el tímpano que lleva labradas las armas de los Nicuesa. A ambos lados de las pilastras del balcón y apoyándose en la cornisa, dos guerreros portan sendos escudos con las armas de Nicuesa, Serrano, Aguilar y Lara. Fernando Chueca Goitia, en la obra que dedica a Andrés de



Vandelvira alude al edificio mencionando su trazado rigurosamente italiano y la gran elegancia de sus abovedados y almohadillados que se unen a la tradición vandelviriana por medio de figuras humanas que sostienen los escudos de la casa.

La mandó construir Cristóbal de Cobaleda Nicuesa, pero se desconoce la fecha de construcción. Es sabido, según su testamento, que éste había mandado construir unas «*casas principales en la parroquia de San Ildefonso, en lo alto de la calle Ancha*». Un dato significativo sobre la fecha de construcción viene dado por el ingreso de su propietario en la Orden de Santiago que tuvo lugar en 1616. A partir de esa fecha su escudo incluiría la cruz de Santiago, de modo que cuando levantó «*sus casas principales*» aún no había ingresado en la Orden y por tanto el Palacio debe ser anterior a dicho año.

Su primer propietario había nacido en 1569 y era descendiente de Diego de Nicuesa, gran conquistador en América y uno de los hombres más dotados de gracia y perfección humana que por entonces había en Castilla, según palabras de Bartolomé de las Casas. Fue su padre el famoso capitán Pedro de Cobaleda Nicuesa, destacado militar en la guerra de los moriscos de Granada. De su abuelo, también llamado Cristóbal de Cobaleda, el escritor Bartolomé Ximénez Patón, en el siglo XVII nos decía, que era un «*nobilísimo caballero que sirvió a su Majestad en muchas ocasiones aventajadamente, pues comenzando soldado, por sus heroicos hechos, servicios y hazañas, mereció pasar, premiándose, por todos los oficios de la Milicia, desde la Escuadra a Maestre de Campo General del Conde Don Martín; acompañóle en todas sus aventuras y acontecimientos bravos, Cristóbal de Vilchez Amorós, su Alférez. Esto es en Italia, Flandes, Alemania y otras muchas partes donde emprendieron con glorioso fin hechos notables hasta morir en servicio de su Dios y de su Rey*».

En el siglo XVIII poseía la vivienda el segundo nieto de Cristóbal de Cobaleda, Jorge Serrano Valdivia. Él mandó construir, en 1701, el ostentoso Oratorio del que más adelante hablaré. De la época de Serrano se conserva en buena medida la disposición del Palacio, incluso la cochera que está situada a la espalda de la mansión y de la Catedral, en uno de los rincones más bellos de Jaén, el callejón de las Almenas.

Mediada la centuria del setecientos vivía en ella Diego Escobedo y Serrano, Deán de la catedral, por lo que era conocida como la *Casa del Deán*. Otra de las denominaciones con las que se identificó este Palacio fue *Casa de los manillones*. Dan cuenta de ese nombre tres manecillas de bronce sosteniendo unas hermosas anillas que en su día sirvieron

para el amarre de la caballería. Están ubicados en la fachada principal, alternando con los vanos del primer piso.

Alfredo Cazabán en su revista *Don Lope de Sosa* dice que, a principios del siglo XIX, esta casa fue centro de elementos afrancesados y de los que seguían ideas avanzadas, añadiendo que en ella se reunían algunas sociedades secretas. Debía referirse a la masonería, que como es sabido fue difundida en España por las tropas napoleónicas con el fin de captar adeptos para la causa de José Bonaparte. En cualquier caso, por esas fechas, pocos conciliábulos debieron realizarse en tal palacio porque hasta después de la Gloriosa, en 1868, en nuestro país la masonería tuvo poco protagonismo. Fue entonces, siendo la casa propiedad de Manuel Jontoya, cuando quizás en ella se llevaran a cabo reuniones en las que se gestaba la expulsión de Isabel II, y es posible que pasaran por masones aquellos giennenses liberales y románticos.

Manuel Jontoya y Taracena era uno de los hombres más poderosos económicamente de la provincia de Jaén. En la ribera del río de Jaén poseía una fábrica de harina, y para tener más fácil acceso a ella construyó a sus expensas un puente metálico que desde entonces se conoció como el Puente de Jontoya y posteriormente ha dado nombre a la zona. Su gran fortuna le permitía tener uno de los pocos establecimientos bancarios que por entonces había en Jaén.



Perteneció a una generación de hombres con ideas y principios liberales. Y en el momento histórico que le tocó vivir su postura política encabezaba el destronamiento de Isabel II. Otros miembros de su familia también participaron del mismo fervor revolucionario. Su hermano Teodoro presidió el Ayuntamiento constituido tras la expulsión de Isabel II.

En la primavera de 1868 las aguas de la política española estaban revueltas, la reina Isabel II ya no contaba ni siquiera con el apoyo de todo el Partido Moderado. La corrupta corte real alcanzó unas cotas de desprestigio que ayudaron en gran medida a aumentar el ambiente crispado que realmente provenía de la crisis financiera y de subsistencias. Después del verano de 1868, en septiembre, cuando Isabel II aún no había vuelto de su

veraneo en Lequeitio, el almirante Topete se sublevaba en Cádiz con el propósito de expulsarla del trono. Con esta revolución, conocida como «*La Gloriosa*», la burguesía, cansada de los desmanes de la política, pretendía instaurar la democracia en nuestro país.

Cuando la expulsión ya fue un hecho consumado y las cortes liberales se entregaban con ardor a la redacción de una Constitución acorde con sus principios, Manuel Jontoya ya había conseguido su escaño de Diputado.

Formaba parte de las élites de la ciudad y como miembro integrante de ellas no podía estar ajeno a la Institución que aglutinaba precisamente a esos grupos sociales. Me refiero a la Real Sociedad Económica de Amigos del País, entidad en la que ingresó en 1862. Hombre de fuerte carácter, no era partidario de medias tintas, y así lo demostró en uno de los históricos y críticos momentos en los que la Económica —denominación con la que siempre se la ha conocido en Jaén— veía cercano el principio del fin. Fue en la década de los sesenta, coincidiendo con la crítica situación social y económica que atravesó el país a finales del período isabelino y que culminaría con la revolución que destronó a Isabel II. Las dificultades económicas también las padeció la ciudad y por supuesto se reflejaron en la Económica, aquejada, como era casi habitual, de una insolvencia absoluta, lo que impedía pagar a los numerosos acreedores que llegó a tener. Éstos en sus peticiones «*reclamaban justicia*» una y otra vez. Fue el caso del fotógrafo Higinio Montalvo que en el verano de 1865 reclamaba sus honorarios, posiblemente de realización de fotografías. Como no había dinero con que pagarle se decidió cobrar los recibos de cuotas atrasadas de los socios, pero comenzando por la última anualidad «*de*



Edificio de la Real Sociedad Económica de Amigos del País

*las tres que hay pendientes*». A los dos años, el Tesorero comunicaba a la Sociedad que los esfuerzos habían sido vanos. No olvidemos que Isabel II ya había visitado la ciudad y que, lo mismo que le ocurrió al Ayuntamiento, el gran desembolso que se hizo para recibirla había dejado vacías las arcas.

Pero eso no era todo. El desinterés de los socios no se reducía a su morosidad. Ni pagaban, ni acudían a la Sociedad cuando eran convocados. Apatía total era la tónica generalizada. En tal estado de cosas, el Director, Marqués de Almaguer, convocó sesión extraordinaria con el objeto *«no solo de dar conocimiento de las dificultades que se están tocando al verificar el cobro de la cuota de 1866 sino también de la grave situación por la que atraviesa la Junta directiva no pudiendo satisfacer las legítimas exigencias de los que siendo acreedores de la Sociedad reclaman justicia»*. Acto seguido la Junta de Oficiales al completo dimitió de sus cargos, el Director insistió en la falta de asistencia que de ordinario advertía en las sesiones. Con las circunstancias expuestas, honradamente dejaba su cargo a pesar de haber sido reelegido para el siguiente trienio, pero es que la reelección se hizo con la asistencia únicamente de tres socios, y ello después de reiteradas citaciones, por lo que le parecía *«estar ocupando un puesto en el que juzgaba no debía permanecer»*.

Fue entonces cuando Manuel Jontoya intervino para proponer que se hiciese un examen exhaustivo de la Sociedad para tratar de encontrar soluciones, de no ser así consideraba que la entidad estaba condenada a *«arrastrar una vida tan penosa como la que hoy tiene»*, y añadía *«si el aliento que puede prestársele no ha de ser duradero y ha de llegar más o menos pronto el momento de la disolución opinaba que ésta se llevara a efecto desde luego sin esperar el caso de mañana. Más si por el contrario es posible dar vigor a esta Sociedad que hoy carece de él, si la voluntad y los sacrificios de los individuos que la constituyen pueden regenerarse haciéndola de utilidad pública»*, entonces rogaba a la Junta que continuase y no dimitiera de sus cargos, en cuyo caso se ofrecía a colaborar por la recuperación.

Después, en 1884, cuando ya había dejado su actividad política, su espíritu inquieto le llevó a trabajar por la Económica, institución que muy bien podía satisfacer sus aspiraciones culturales en pro de la sociedad giennense. De modo que en ese año nos lo encontramos presidiendo la Institución que un siglo antes habían fundado los ilustrados. Componían su Junta de Oficiales, junto con lo más granado de la época, Antonio Almendros Aguilar que era el Vice-director, el gran poeta del momento que también en su día se había sentido atraído por la política y que

después de la revolución septembrina formó parte de la Junta Revolucionaria que llenaba el vacío de poder. Otros miembros de la Junta de Oficiales presidida por Jontoya eran los periodistas Manuel Ruiz Raich y Pedro Ximénez Mazzuco. Pertenecían a ella en calidad de Vice-censor y Vice-contador respectivamente. El primero era un maestro republicano que llegó a ser Director de la Escuela Normal de Maestros y como periodista destacó en la dirección del «*Eco de Jaén*» y «*La Solución*». El segundo, dominó las artes del dibujo y así lo demostró al frente de la dirección de la Escuela de Artes de la Real Sociedad Económica. Como el anterior también colaboró en proyectos periodísticos junto a Joaquín Ruiz Jiménez. El polifacético Eloy Espejo y García, fue médico, periodista, escritor y político, era el Secretario. Con todos ellos compartía sus inquietudes liberales

Andando el tiempo, la gran fortuna de Jontoya se resintió y al inicio de la década de los ochenta su sobrina concepción Jontoya y Valle era la propietaria del palacio de los Cobaleda-Nicuesa.

Según los protocolos notariales consultados por Pedro Casañas, he podido saber que el 12 de diciembre de 1887 se hizo la escritura de compra-venta del inmueble. Eran los vendedores Concepción Jontoya y Valle y su esposo Francisco Aranda Hernández, compareciendo también Ignacio García Casares en representación de Manuel, Teodoro y Casilda Jontoya Taracena. El solar que ocupaba medía 967 m<sup>2</sup>, de los cuales 243 eran de jardín patio y corrales. El comprador era José de Bonilla y Forcada y con la adquisición se convertía en el primer miembro de los Bonilla que habitaba el palacio. Tenía Bonilla 49 años y pagó por la casa 40.221 pesetas con 79 céntimos.

Había nacido en Jaén en el verano de 1838, cuando la ciudad se recuperaba de unos largos años de sequías e inundaciones que dejaron los campos estériles. A los 25 años se doctoró en Derecho y en 1883-84 fue Decano del Ilustre Colegio de Abogados. La Encomienda de la Orden de Carlos III y la Gran Cruz de Isabel la Católica fueron algunas de las condecoraciones que, en reconocimiento a su labor, le fueron impuestas. En 1881 fue nombrado socio de Mérito de la Real Sociedad Económica. Llegar a ello era un gran honor, la más alta distinción que concedía la Sociedad a las personas que sobresalían en las ciencias, artes, letras, oficios, industria y agricultura.

Finalizaba 1874 cuando el general Martínez Campos ponía fin a la Primera República española. Era la participación militar de un acontecimiento histórico que Canovas de Castillo ya llevaba tiempo preparándolo de forma diplomática. De esa forma, en la persona de Alfonso

XII, los Borbones volvían a ocupar el trono español. Comenzaba así la Restauración y cuando el cambio de régimen se hizo en Jaén, lo mismo que en todas las provincias, José de Bonilla y Forcada fue llamado para formar parte de la Comisión Permanente de la Diputación Provincial. Bonilla y Forcada, desde las filas conservadoras, entraba en el juego político de los dos grandes partidos que con un turno riguroso se sucedieron en el poder durante todo el periodo conocido como la Restauración. Fue el Jefe Provincial de su propio Partido Político y su influencia política se dejó notar en las filas de tal organización así como en la Diputación Provincial, organismo que también llegó a presidir. En las legislaturas de 1893, 96 y 99 consiguió el acta de Diputado.

Falleció, en la tierra que lo vio nacer, el 30 de diciembre de 1904. A los cuatro años de su muerte, el Ayuntamiento de la ciudad, según consta en las actas municipales de 25 de diciembre de 1909, quiso honrar su memoria en agradecimiento a *«tantos beneficios que realizó a favor del pueblo de Jaén»*, otorgándole su nombre a la calle Ejido de la Alcantarilla. Discurría la calle muy cerca de su vivienda. Saliendo de ella, a la derecha, un poco más abajo y hasta el Barranco de los Escuderos. La zona, un enclave estratégico de gran importancia que constituía el acceso a Jaén por el sur, pasó por los nombres de Barranco de la Alcantarilla, Egido de la Alcantarilla y Picadero de la Alcantarilla, pero lo mismo que antes vimos que ocurrió con la calle Ancha, se resistió al cambio y continuó con la denominación que hace alusión al vocablo árabe, alcántara, que significa puente.

Su hijo, José de Bonilla y Jaén, fue el siguiente propietario de la mansión. Nació en el mes de las ánimas de 1878. Contrajo matrimonio con la mallorquina Catalina Mir y Real. Lo mismo que su padre, se doctoró en Derecho, pero la dedicación a la política que presidió la vida de su progenitor, no tuvo en él acomodo alguno.

Cuando tenía 50 años perdió la visión y esta desgracia marcó su vida. Sesgó sus facultades como escritor, en 1902 le habían publicado su *«Tratado de Lisboa en 1668»*, y por supuesto su proyección en el ejercicio de la abogacía; pero ello no le impidió compartir y ayudar –de hecho fue su gran colaborador– a su mujer en las inquietudes culturales y filantrópicas de esta emprendedora mujer que aseguraba hallar un poco de poesía en todos los rincones de su vida.

Asimismo compartió con su mujer una profunda religiosidad y durante un tiempo fue Gobernador de la Santa Capilla de San Andrés. Falleció en 1959 en la amada tierra de su esposa, en verano, cuando acudían allí con rigurosa puntualidad a pasar los meses estivales.



Cuarteto con José Antonio Bonilla al piano

José Antonio, el hijo mayor del matrimonio Bonilla-Mir, continuó la saga de los Bonilla al frente del palacio. Sobre su flexible y rica biografía, como más adelante dirá Manuel López Pérez en el transcurso de su intervención, está por hacer el análisis objetivo y metódico. A dicha intervención me remito así como a la de Pedro Jiménez Cavallé que nos hablará de sus inquietudes musicales. Aquellas que heredó de su madre, Catalina Mir, sintiéndose por ello muy orgullosa.

La señor Mir en el libro que dedicara a sus hijos titulado *Cuadritos y Recuerdos* recuerda con orgullo como aquel niño de once años, alto, fornido y de ojos negros, era ya un consumado pianista que interpretaba las mismas melodías que antes tocaba ella, y antes su madre, en el mismo piano que fue regalo de boda de ésta. Sobre José Antonio de Bonilla, quiero añadir lo que en su día dijo Manuel Caballero: «*perteneció a esa generación de hombres a los que le dolía todo lo nuestro y pusieron al servicio de la cultura del Santo Reino todo el caudal de su rico potencial humano*».

Los actuales propietarios son, el hijo del anterior, Jaime de Bonilla Moreno y su mujer Gloria Lodaes Fontecha. Son un matrimonio com-

prometido con el arte y con la historia giennense. Su casa es una muestra del buen gusto y respeto a la memoria de sus antepasados. En la decoración ellos mantienen el rigor de un legado que han sabido adaptar y conservar. Para esta noche, ambos supieron crear un clima cálido y acogedor alejado de la frialdad de las viejas mansiones. Soy consciente de los esfuerzos que están realizando por conservar esta mansión sin recurrir a actuaciones de urgencia que al final siempre se traducen en mediocridad. A las obras de conservación y restauración dedican buena parte de su tiempo y de su patrimonio. Jaime de Bonilla, este abogado que continua manteniendo la tradición profesional de los Bonilla, actualmente preside la Fundación Casas Históricas y Singulares, entidad que persigue, como uno de sus objetivos, la rehabilitación y conservación de los elementos que constituyen los Cascos Históricos de las ciudades con el fin de sean habitables y transmisibles en un estado aceptable a las generaciones venideras.

### Los duendes y el mes de las ánimas

**T**ras esta introducción vamos a situarnos en el relato de la noche, siempre mágica, en que celebramos la *Cena Jocosa*. Desde que el *Prioste* me comunicó mi quehacer de esa noche, fui consciente de mi responsabilidad y por nada me hubiera retrasado para llegar al lugar del encuentro. De modo que, con el debido tiempo, me dispuse para arreglarme y prepararlo todo con antelación. Caminando tranquila, solo tenía que atravesar el pósito, llegué hasta el Palacio que tantas veces había querido conocer y que esta noche nos acogía. Entré en el zaguán y comprobé que era más amplio y hermoso de cómo yo lo había divisado desde fuera en las numerosas ocasiones que ha pasado por esa puerta. Justo en el muro frontal lucía un escudo labrado en piedra con las armas de Bonilla y Rojas. Las cinco estrellas responden a la baronía de Rojas y el otro cuarterón es el de los Bonilla. Las armas de los Rojas están presentes en este escudo, lo mismo que en otros de la casa, porque fue el apellido que llevaron los antepasados de los Bonilla. Enrique Toral remonta el apellido a Bartolomé Sánchez Leal de Rojas, personaje que vivió en la segunda mitad del siglo XV. Las tres primeras generaciones de su descendencia lo mantuvieron hasta que Ginés García de Bonilla y Rojas, hijo de Juan García de Rojas y de Micaela de Bonilla, tomó el apellido paterno a cambio de recibir el mayorazgo.

Hecho este paréntesis, continuo con mi relato. Llamé al timbre y me sorprendió un espléndido patio en el que herloseaban unas cuida-



das plantas gracias a la luz que reciben por el techo. En él ya no había nadie. Ese detalle era suficiente para comprobar que había faltado a la rigurosa puntualidad que me ordenaba el *Criado Portugués*; sin embargo no lo percibí así y continué hasta encontrar el grupo que ya había iniciado la visita del Palacio guiados por los anfitriones de la noche. Solo cuando vi a Pedro Casañas con cara de alivio me di cuenta que el toque de ánimas estaba bien pasado y de que hasta ese momento yo no había reparado en ello a pesar de tanto empeño. Ni pude entender, ni entiendo, lo que pasó. Me había preparado con tanto tiempo que no podía creer lo que estaba ocurriendo.

Recuperada de mi asombro me acordé de los duendes de la noche. Me vino a la memoria la sombra extraña de espíritu errabundo que María Isabel Sancho notó que se movía a su espalda la noche que se dirigía al Hospital de San Juan de Dios para asistir a la *Cena Jocosa* anual. Detalle en el que me hizo caer Ángel Aponte porque también él hablaba en su Crónica de una sombra deambulando por la calle Maestra convencido de que en el mes de las ánimas los espíritus de los hombres que fueron amantes de Jaén se sienten convocados por el *Criado Portugués*. Cuando leí las bien compuestas y mejor redactadas Crónicas que escribieron estos dos *Amigos de San Antón* que me precedieron en la labor de Cronista, esos detalles solo los leí con agrado, dada la agilidad y soltura con que ambos escriben, pero

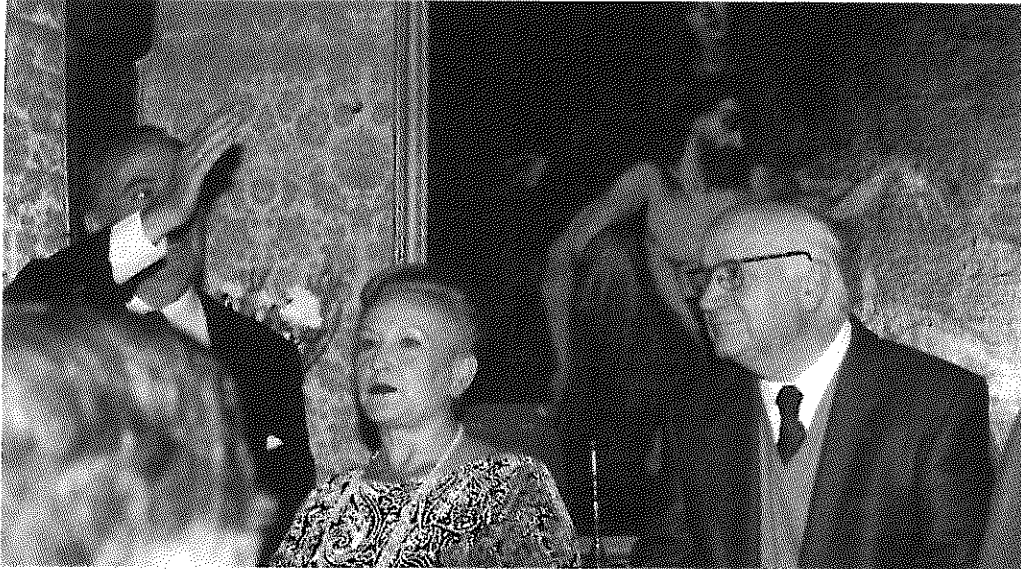
nunca pensé que después los recordaría pensando a su vez en nuevos espíritus errantes alborotados en la noche mágica de la *Cena Jocosa*. Quizás fue una travesura que me tenía preparada Pero Mexía por contar que el pobre, a pesar de dedicarse al noble oficio de maestro, no sabía leer ni escribir. Fue el primer maestro que llegó a enseñar a los niños de mi pueblo natal, Torres, allá por el siglo XVI, y de él yo iba a hablar en el transcurso de la noche como después comprobará el lector.

Como dije anteriormente, hacía tiempo que quería visitar el Palacio de los Cobaleda-Nicuesa y consciente de ese deseo puse a punto mis sentidos y me dediqué a ver y oír. Antes saludé a algunos compañeros y



Juan Cuevas  
Mata y  
Manuel López  
Pérez

el *Prioste* me presentó a la dueña de la casa, mujer que haciendo gala de sus buenas dotes de anfitriona me recibió con una amplia sonrisa llena de naturalidad. Estábamos en uno de los comedores de la casa, el que constituía quizás la estancia más acogedora. Sus paredes mostraban un espléndido estucado que es una muestra del esfuerzo del matrimonio Bonilla-Lodares por mantener puro y despejado de añadidos el Palacio que habitan. Unos retratos de Catalina Mir y el Obispo Carrión pendían en los muros restaurados y limpios de las capas de pintura que sobre el estuco se habían dado y que curiosamente han sido los responsables de que el estuco se encuentre en buen estado de conservación. Un silencioso piano recordaba las inquietudes musicales de José Antonio de Bonilla. Enseguida pasamos a la derecha donde una puerta nos comunicó con el

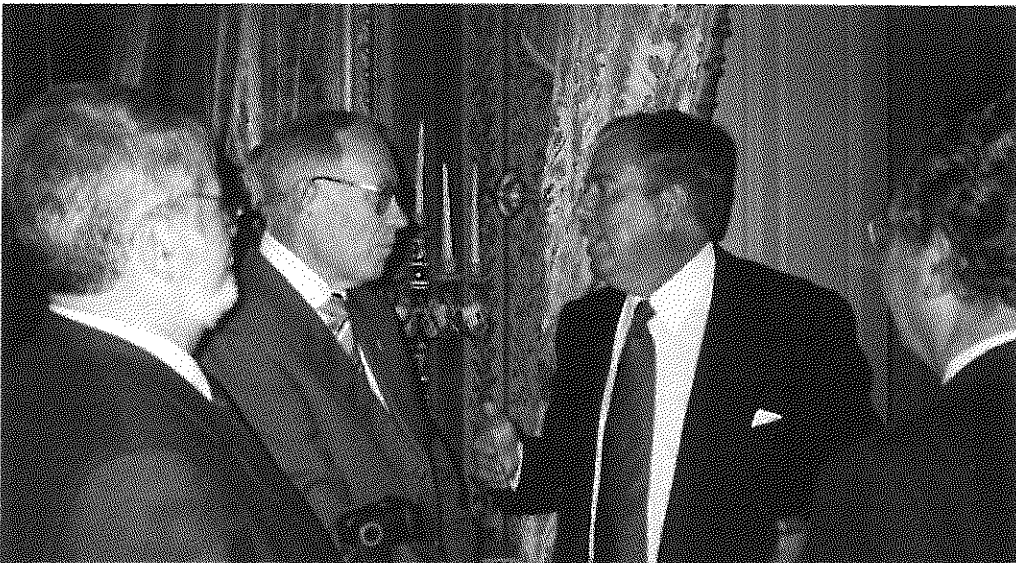


Pilar Sicilia  
y Rufino  
Almansa  
escuchan  
detalles del  
Oratorio

Oratorio, sin duda la pieza más valorada de esta mansión. Aunque muy pocos la conocen ¿quién no ha oído hablar de él? Cuando me encontré en él disfruté sin límites observando lo que sin verlo ya conocía. La imaginación dejó paso a la realidad porque ahora todo tomaba forma tangible. Allí estaba la cúpula de media naranja y en ella todos teníamos los ojos prendidos. Contemplando esta obra de arte se pueden pasar las horas tratando de apreciar los detalles que abigarradamente se acumulaban en ella. Sobre la media esfera que compone la cúpula pende un círculo central unido a otros ocho que lo rodean. Todos están formados por unos gruesos sogueados y a su vez, de ellos cuelgan literalmente frutos, flores, y angelotes que lucen con primor su brillante colorido. Destacan unas granadas que al menor movimiento podemos verlas balancearse.

Bordeando el arco de medio punto que comunica las dos minúsculas estancias que constituyen el Oratorio, corre una inscripción con el siguiente texto: «DEDICO ESTE ORATORIO A NUESTRA SEÑORA DE BELÉN. DEVOCIÓN DE JORGE SERRANO VALDIVIA. AÑO DE 1701». Frente a la puerta de entrada preside el lienzo frontal un cuadro con la Virgen de Belén y bajo él una Piedad sobre un altar realizado en el siglo XX.

No es fácil encontrar en casas particulares estas piezas arquitectónicas tan típicamente españolas porque generalmente van adosadas a los templos. Pedro Galera, con la extrañeza de la falta de espacio, nos habló de las siete tablas que había en él y de una pilica de agua bendita, por lo demás, allí estaban los cuatro cuadros ovalados en las enjutas y

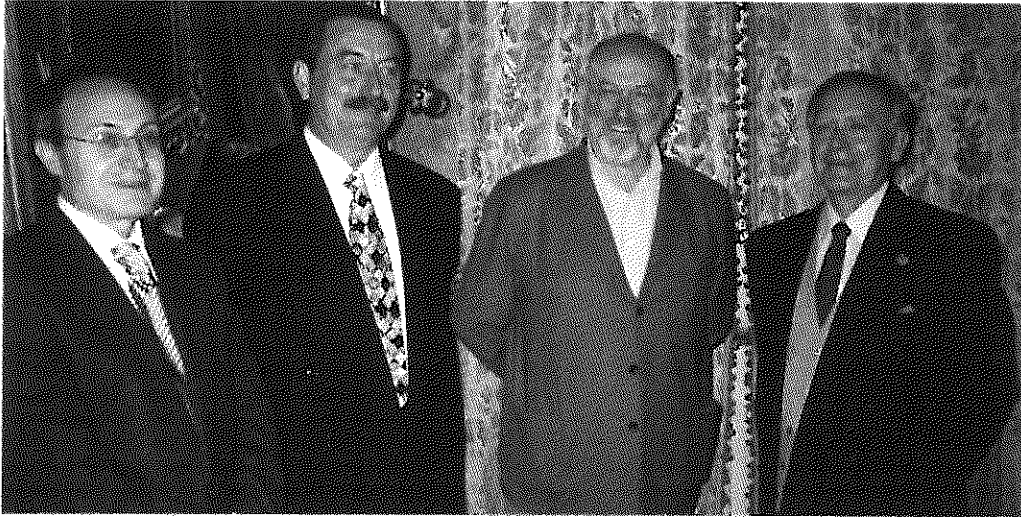


Ángel Viedma,  
Luis Coronas,  
Jaime de  
Bonilla y  
Pedro Jiménez  
Cavallé

por supuesto la abrumadora decoración de volutas, cartelas, hojas y cintas que como en su día dijo A. Cazaban, nos recordaban los camarines barrocos de los santuarios de Baños, Bejigar y de la Yedra.

Salimos del Oratorio y en medio de saludos continuamos hacia una recóndita terraza que gozaba de unas espléndidas vistas. Estaba cercada para preservar la intimidad, e intencionadamente quedaba un espacio que se abría al exterior para mostrarnos un recóndito paisaje coronado por la Mella. A los pies discurría el trazado regular de las calles del barrio de San Ildefonso.

La noche era de una calma serena y espléndida. La luna creaba una luz matizada que provocaba unos efectos cambiantes que a mí me parecieron únicos e irrepetibles. Me hubiera gustado tener una pluma



Pedro Galera, Pedro A. Ruiz, Juan Eslava y Juan Higuera

fácil para describir el espectacular entorno cuajado de tul que desde allí podíamos contemplar. El Jaén que divisábamos quedaba cubierto de una niebla que parecía transparente. Era como si quisiera colaborar a crear el ambiente misterioso que preside el mes de las ánimas.

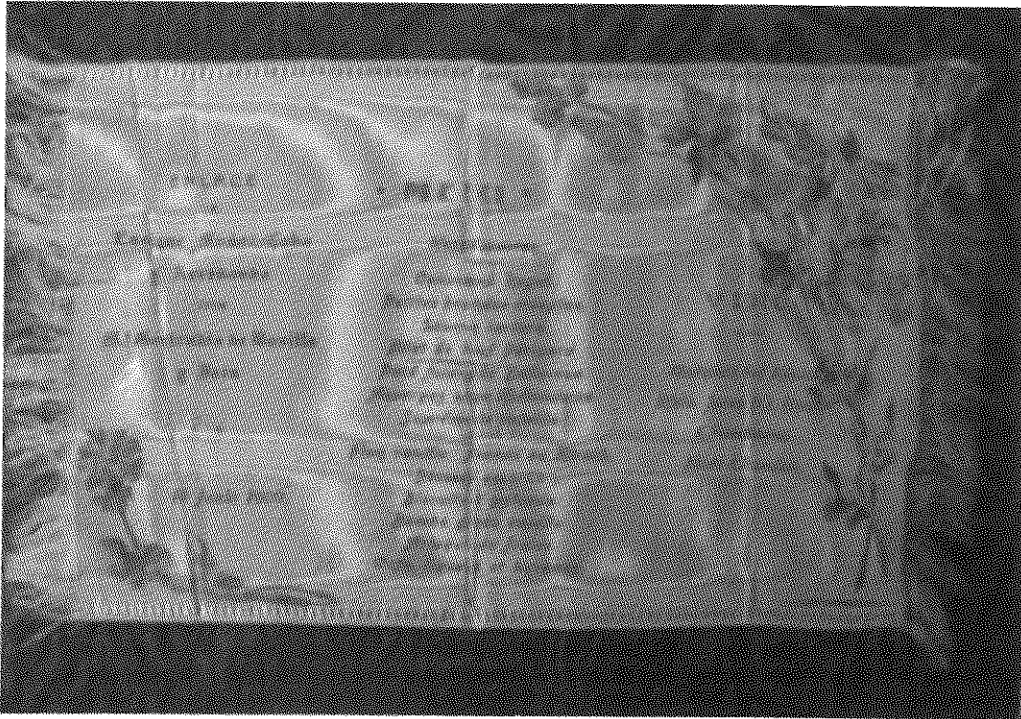
Si por un rincón las vistas anunciaban la naturaleza, el paisaje que realmente inundaba la terraza eran las galerías altas de la catedral que acogen los viejos legajos del Archivo Histórico Diocesano, aquel por el que tanto luchó José de Bonilla. Sus arcos asomaban desdibujados por la hermosa y espesa niebla. Rápidamente, aquella sensación cautivadora me introdujo en aquellas estancias de la catedral. Solo unos días antes había pasado allí muchas horas y recordé las vidas de tantos hombres y mujeres que esperan ser rescatados para que sepamos, y en muchas ocasiones sintamos, sus tortuosas y atormentadas vidas con el fin de configurar sus conflictos, sus sensaciones, sus vivencias e incluso sus sueños, porque son muchos los expedientes criminales que nos hablan de ello. Expedientes, algunos tan injustos y otros tan cabalmente reprimidos. Fue inevitable recordar a Alfonso Mathías de los Santos, el cirujano que tenía atemorizada la población de Torres en el siglo XVIII.

De pronto me olvidé del pasado para escuchar como la anfitriona nos explicaba las reformas que habían hecho en la casa para poder disfrutar del privilegiado lugar que suponía la terraza. Y es que, lo mismo que la casa, el jardín está lleno de historia, arte y recuerdos. La fuente renacentista del patio; la parra; el jazminero o las cañas de bambú, organismos vivos que todavía se mantienen desde que Catalina Mir los

plantara, seguro que recordando la riqueza exuberante del mallorquín jardín de hadas de la Bonanova en el que tantas horas pasó y del que ella decía que era el rincón querido de su alma, el nido feliz de todos sus amores en el que anduvo sus primeros pasos y donde se empapó su espíritu con la belleza suave de sus paisajes. Todos la íbamos siguiendo con atención porque nos transmitía su entusiasmo contando con todo detalle el proceso de restauración.

En medio de nuevos saludos fuimos pasando a través de las espaciosas galerías que rodean el patio, al salón donde otras generaciones de los Bonilla jugaban al Brig. Lo denominan el salón rojo porque en su decoración predomina ese color. Las galerías estaban decoradas con artísticos sofás de madera a modo de canapés, antiquísimos bargueños y un escudo con las armas de los más recientes propietarios de la casa: los Moreno.

Sobre las mesitas que se apoyan en la cristalera, unas fotografías mostraban el majestuoso aspecto que la galería ofrecía a comienzos de siglo. En ellas, que correspondían al enlace celebrado en junio de 1909 entre Enrique Muñoz-Cobo y Arredondo y Gertrudis Bonilla y Jaén, podía apreciarse un espléndido zócalo con pinturas geométricas y el techo cuajado de casetones.

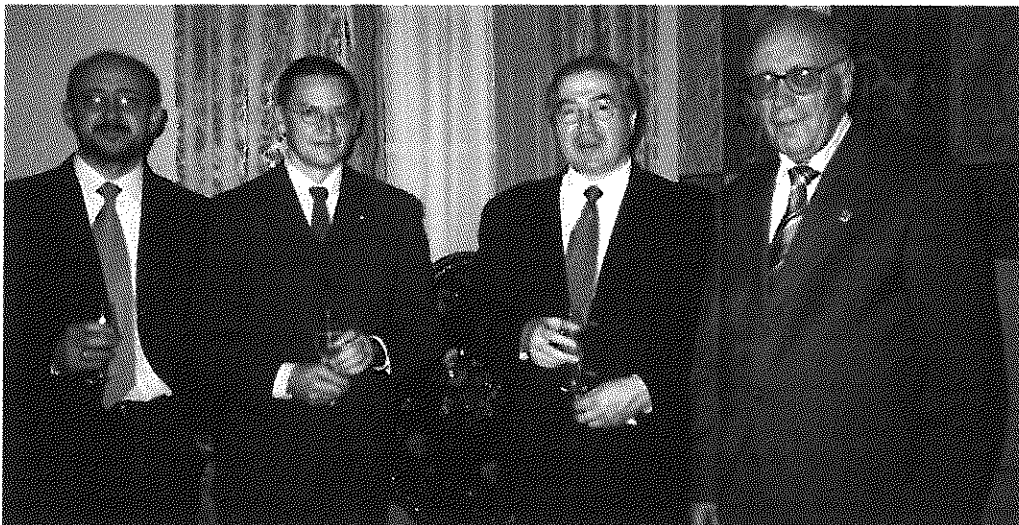


Conforme nos adentramos en la casa, comencé a eliminar el mobiliario tan bien ubicado en ella para tratar de imaginar deambulando por aquellas estancias a los propietarios que precedieron a los Bonilla. Por allí imaginé a Manuel Jontoya, desplazándose a su fábrica de harinas, pero sobretodo a sus reuniones para expulsar a Isabel II. Y hasta es posible que por aquellas estancias estuviera el mismísimo Duque de Montpensier, uno de los principales conspiradores contra su cuñada, la reina Isabel II, para arrebatarle el trono. Y pienso en la visita de este singular personaje porque en 1863, cuando acababa de nacer su hija María de las Mercedes, la que andando el tiempo sería la reina de España, ingresó en la Económica, y a buen seguro que allí se entendería con Jontoya, unidos en torno a su enemigo común.

### El convite de entrada

Llegamos al salón rojo. Estaba preparado con dos mesas cubiertas de blancos manteles en los que sobresalían unos candelabros que sostenían unas alegres velas amarillas. Las mesas esperaban el tradicional y auténticamente jaenero aperitivo que precede a este encuentro anual de los cofrades de *San Antón*.

Mientras las cornucopias, relojes, candelabros, lámparas, platos, fuentes, jarrones, cajitas y una infinidad de menudencias centraban nuestra atención se fueron formando los corrillos con animadas conversaciones.



Juan Antonio López, Ángel Aponte, Ignacio Ahumada y Luis Coronas



*En la calle Ramón y Cajal de Jaén, haciendo también fachadas a las calles de Las Almenas y Carrera de Jesús, casa palacio llamada de Covaleda Nicuesa, originaria del siglo XVI, de la que fue su primer propietario Don Cristóbal de Nicuesa, descendiente del Conquistador Americano Diego de Nicuesa.*

*Desde el año 1878 y hasta nuestros días, cuatro generaciones de la familia Bonilla, han venido sucediéndose como sus dueños-moradores: José de Bonilla Forcada, José de Bonilla Jaén, José Antonio de Bonilla Mir y Jaime de Bonilla Moreno.*

*En estancias de esta hermosa mansión, celebran los Amigos de San Antón la Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina del año 2003, por generosa dejación que hacen para ello sus actuales poseedores, Don Jaime de Bonilla Moreno y su esposa D<sup>a</sup> Gloria Lodaes Fontecha, en la noche del sábado día veintidós de Noviembre.*

## *Minuta*

### *Convite de entrada*

Almendras saladas / Aceitunas moradillas  
Patatas de Casa Paco / Garbanzos tostados

\*\*\*

Chorizo Ahumado / Morcilla de La Guardia

\*\*\*

Queso manchego / Jamón de La Iruela

\*\*\*

Lomo emuchado

\*\*\*

Cerveza *Alcázar* / Manzanilla *La Guita*

Refrescos varios

### *Cena*

Caldo de Cocido

\*\*\*

Menestra de verdura rehogada con Jamón

\*\*\*

Solomillo Ponderosa

### *Postre*

Ensalada de fruta

### *Vinos*

Haloque-Trasañejo

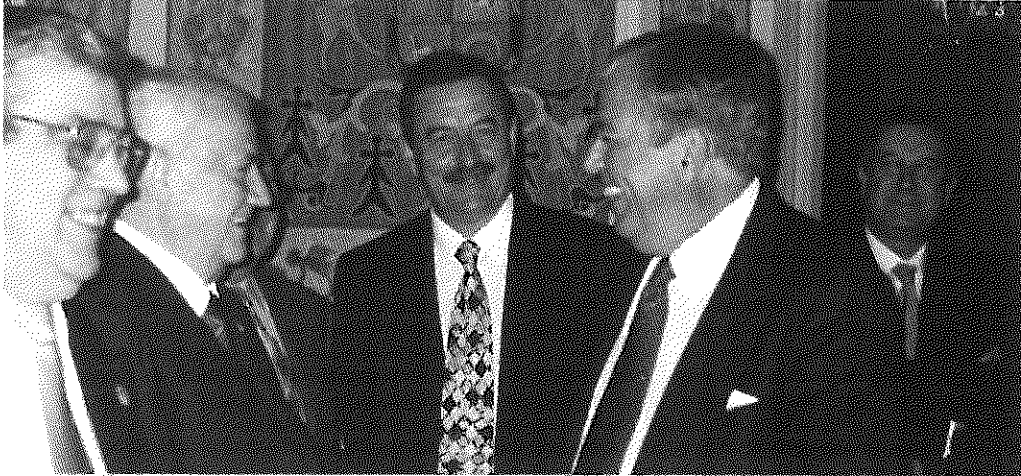
### *Sobremesa*

Yemas de Las Delcalzas

Roscas de Anís

Fruta confitada

Anís Castillo de Jaén y Crema de Café  
de las Destilerías de Ángel Tirado



Fernando Lorite, Antonio Martos, Pedro A. Ruiz, Jaime de Bonilla y Arturo Vargas-Machuca

Di la bienvenida a los nuevos cofrades de este año aunque aún no los habían presentado oficialmente. Son Arturo Vargas Machuca y Pedro Antonio Galera. Hombres muy conocidos entre los *Amigos de San Antón* porque ambos han conseguido destacar en sus respectivas profesiones. Arturo Vargas sólo hace dos años que nos recibió con excelente hospitalidad en la Sede del Colegio de Arquitectos como Decano que era de él.

Recordaba con Pedro Galera aquel Congreso sobre la Ilustración realizado en la Económica en el que ambos coincidimos, cuando vi que otros compañeros se dirigían a una mesa sobre la que estaba colocado un retrato del rey adolescente. Aunque apenas podía preciarse, estaba dedicado a José Antonio de Bonilla, con puño y letra del futuro rey de España. Después, su hijo Jaime me contaría que se lo regaló D. Juan Carlos cuando su padre lo conoció en uno de los veraneos en Palma de Mallorca. El rey tenía entonces 16 años y el encuentro se produjo en Valldemossa, así lo recuerda perfectamente Jaime de Bonilla porque ese día acompañaba a su padre y fue testigo del encuentro. Me acerqué a la mesita que sostenía la fotografía y pude ver como un impecable libro de visitas esperaba nuestras firmas. Uno a uno, todos cumplimos este requisito dejando constancia de los visitantes de esa noche.

Ángel Viedma con su natural educación y cortesía me saludó afectuoso mientras nos acercamos al libro de visitas. En el ambiente se respiraba entre los contertulios unidad y armonía. Se apreciaban detalles tan entrañables como sentir el afectuoso y cálido saludo de los amigos y



departir con ellos en las evocadoras dependencias de este hermoso palacio, momentos que estuvieron cargados de sensaciones confortantes y serenas.

Poco a poco iban llegando una pequeñísima muestra de la rica gastronomía de nuestra provincia. Garbanzos «*tostaos*» de Torredelcampo, uno de los pocos pueblos de la provincia que continua con la tradición de esta tapa que ya se tomaba en el siglo XVII; patatas de «*Casa Paco*» toda una institución para Jaén; morcilla de la Guardia, esa «*gran señora digna de veneración*» cuya misión suprema es deleitarnos con su sabor; el jamón llegaba procedente de la Iruela, y como no, nuestro más preciado entremés, las aceitunas moradillas tan celebradas por Baltasar de Alcázar.

### Primer toque de campana. El «Recado de Escribir»

Estábamos dando cuenta de los primeros aperitivos cuando el *Prioste* dio su primer toque de campana. Lo hacía para encargarme, con la solemnidad debida, la redacción de la Crónica de la *Cena Jocosa* del año 2003. Yo sólo tenía que contestar con un «sí, lo soy» y por un momento pensé que se me iba a olvidar. Y es que esa noche pude comprobar que el pequeño protocolo de la entrega del «*recado de escribir*» cuando te toca a ti, se convierte en un instante cargado de emoción. Me pareció como si fuese algo nuevo introducido esa noche.

Sinceramente he de reconocer que de las cuatro cenas que llevo compartiendo con los *Amigos de San Antón*, todas han sido hermosamente distintas. En ninguna he podido prescindir de los placeres que te brindan los pequeños momentos tan sencillos como solemnes, pero esta noche, en la que yo era la Cronista, todo tomaba un tinte especial.

Recibí el cuadernillo azul, y con él en las manos me dispuse a que sus hojas reflejaran todo lo que mis ojos vieran y mis oídos oyeran. Muy



Mª José Sánchez recibe el «Recado de Escribir» de manos de Pedro Casañas

pronto comencé a tomar nota, pero confié demasiado en mi memoria y después he tenido que esforzarme en descifrar algunas de las anotaciones casi ilegibles que allí estampé. Y es que me sentía como nueva, como recién llegada. Tenía que tomar nota y tomaba, a veces pensaba que no era preciso tanto detalle, ¡Qué error!. Ahora recuerdo, y puedo hacer mío, lo que escribió Manuel Morales Cuesta, cronista de la *Cena Jocosa* del año 2000, haciendo alusión a la mala pasada que le jugó su natural despistado provocando que se le pasaran las mejores.

### El Prioste nos da la bienvenida

Un poco antes de que dieran las diez, el *Prioste* tomó la palabra para dar la bienvenida a todos los que allí estábamos. Como en otros años, había ausencias que ya no volverán a cubrirse. La de este año era para León Herrera y Esteban. Cuando Pedro Casañas lo recordó emocionado, todos sentimos su abandono. Era la primera vez que yo vivía la ausencia definitiva de un amigo cofrade. Sentí su fallecimiento de todo corazón. Había conversado con él pocas veces pero suficientes para dar cabida al afecto. Le gustaba hablar de su abuelo, León Esteban y Molino, el que fuera prestigioso dirigente del Partido Liberal y que además de presidir el Ayuntamiento de la ciudad fue Diputado y Senador.



Francisco  
Cano, Antonio  
Martínez  
Lombardo y  
Antonio  
Casañas

A mí me satisfacía escucharlo y contarle también otras anécdotas que solo quedaron en los papeles empolvados del archivo de la Económica, entidad de la que su abuelo formó parte de su Junta de Oficiales desde 1896. Más adelante en 1911 se hizo cargo de la dirección y en ella se mantuvo hasta 1922. Durante todo este tiempo, compartió inquietudes con José del Prado y Palacio, Virgilio Alguita Sánchez o Juan García Jiménez. Bajo su dirección se inauguró el antiguo edificio que poseía la Económica siendo testigo de la gran herencia de Ignacio Figueroa que permitió costear la construcción.

En fin, que un cofrade se nos fue y otros dos llegaban nuevos. El *Prioste* así lo anunciaba y terminaba expresando su agradecimiento al matrimonio Bonilla-Lodares, actuales propietarios de la señorial mansión que esa noche nos acogía.

Sus palabras textuales fueron las siguientes:

*Amigos: Buenas noches acompañadas con el ya ritual saludo de bienvenida a esta celebración tan nuestra, esta celebración tan íntimamente jaenera de la Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina, que a las candelas que corren, anda ya por veintiseis acontecer.*

*Han transcurrido veinticinco años desde su génesis, y es natural que este cuarto de siglo nos vaya pesando a algunos con la natural carga que suponen los años, que si bien se van dejando notar, es por otro lado agradablemente liviana y llevadera, por cuanto de grata, entrañable y querida resulta, en función de las satisfacciones que reporta.*

*Es este un caminar deleitoso en esencias tan íntimamente jaenesas que, cada año y en su puntual otoño, se reavivan estos sentimientos, movidos por el aliento que brota fuerte del amor espontáneo y profundo que desprende estos sentires de nuestra tierra.*

*Los Amigos de San antón un año más, en esta mágica noche marcan un nuevo jalón en el perseverante devenir de estas Cenas tan particulares, cordiales y afectivas, fundidos todos en el fraternal abrazo de la noble amistad, que mira con el más ambicioso afán y en el total desinteresado interés por el bien de nuestro querido Jaén.*

*En esta Cena del año 2003, encontramos dos notables vertientes que significar. La una, de triste y emocionado recuerdo hacia un gran Amigo de San Antón que nos ha dejado. Todos echaremos de menos a León Herrera y Esteban, ese gran jaenero de nacimiento y de permanente sentimiento por su patria chica. Siempre ha estado presente, pese al hecho de haber vivido en Madrid y pese a los altos puestos que ocupó en el Estado,*

*en todos cuantos aconteceres de mayor o menor interés ha supuesto el cada día de Jaén. Para León Herrera, nuestro mejor recuerdo junto al de los otros buenos Amigos de San Antón que le precedieron.*

*De otro lado, significar la cara agradable del momento, por la integración esta noche de dos buenos amigos a la Asociación. El doctor Pedro Galera Andreu, catedrático de nuestra Universidad, y Arturo Vargas-Machuca Caballero, doctor Arquitecto, ex-Decano del Colegio de Jaén. De ellos y en el transcurso de la velada, habrá cumplida presentación.*

*Celebramos este puntual acaecer en lugar que podemos considerarlo como extraño por cuanto de particular es, que una casa como esta se conserve en pie en Jaén. Yo diría que es como un baluarte, baluarte único dentro de la ciudad que ha resistido los embates y vive airoso de esos golpes inmisericordes, interesado y especulativo de la demoledora piqueta, que desde hace muchos años, viene anulando buena parte del patrimonio ornamental de Jaén.*

*La sensibilidad de cuatro generaciones de la familia Bonilla, desde el 12 de diciembre de 1887 hasta nuestros días, ha hecho posible este milagro. Don José Bonilla y Forcada, junto a su esposa doña Elena Jaén y Gutiérrez. don José Bonilla y Jaén junto a su esposa doña Catalina Mir y Real. Don José Antonio de Bonilla y Mir, junto a su esposa doña María Moreno Abril y don Jaime de Bonilla y Moreno, junto a su esposa doña Gloria Lodaes Fontecha, Magoya para todos. Estas cuatro generaciones han hecho posible, que esta Casa Palacio de Cobaleda Nicuesa, acoja esta noche la veintiseis edición de esta jaenera Cena de Santa Catalina.*

*Recibid pues queridos Jaime y Magoya, primero la más sincera felicitación particular y colectiva por el mimo que venís otorgando a esta particular mansión, y en segundo término, gratitud profunda por la hospitalidad, cobijo y acogida que en esta otoñal noche ofreéis a los Amigos de San Antón. Sinceramente y de corazón, gracias. Muchas gracias.*

\* \* \*

Quando el Prioste terminó sus cariñosas palabras, María Isabel Sancho entregó la flamante *Carta de Hermandad*, encuadrada en una bien labrada orla y enmarcada con gusto a tono con el contenido, a Pedro Antonio Galera. José María Pardo hizo lo mismo con su compañero de promoción, Arturo Vargas Machuca.

A continuación le tocó el turno de respuesta a Jaime de Bonilla. Con su seriedad dulce y ese talante que acorta distancias contestó con

unas cálidas palabras de bienvenida seguro de sí mismo y expresando sus sentimientos de jaenero. Se sentía dichoso porque muchos de los *Amigos de San Antón* eran viejos amigos a los que hacía tiempo que no veía. A todos nos ofreció su casa y nos invitó a que la consideráramos como nuestra. Después, elogió la *Confraternidad* que componen los *Amigos de San Antón* y reconoció la generosa y desinteresada labor de Pedro Casañas como *Prioste* al frente de la Institución.

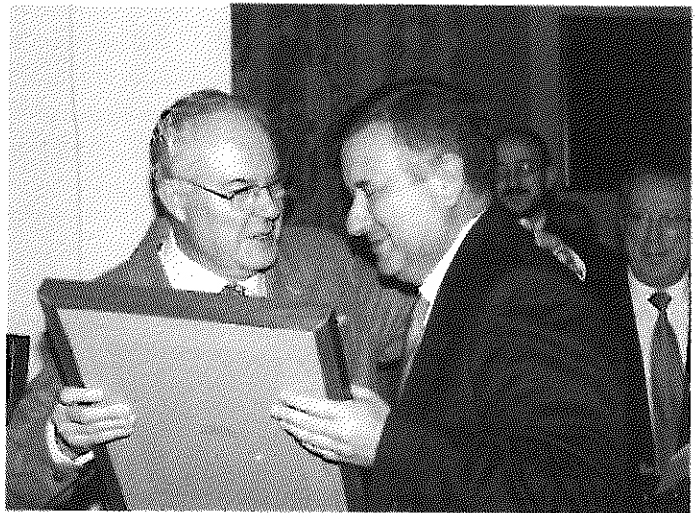
Concluidos los primeros protocolos, la noche continuaba entre el ir y venir de los vinillos Aloque y Trasaniejo, a los que no le faltaban los atributos que cantara Baltasar de Alcázar. No venían solos les acompañaban sabrosos aperitivos que se deslizaban entre animadas conversaciones y potenciaban su «*suavidad, claridad, rancio gusto y olor*».

Con mi cuadernillo en la mano me fui desplazando por las dos salas contiguas en las que nos encontrábamos. Quería observarlo todo para después poderlo contar con exactitud en la Crónica, pero también deseaba charlar con mis compañeros. De modo que, entre nota y nota, fui pegando la hebra con quien encontraba a mi paso.

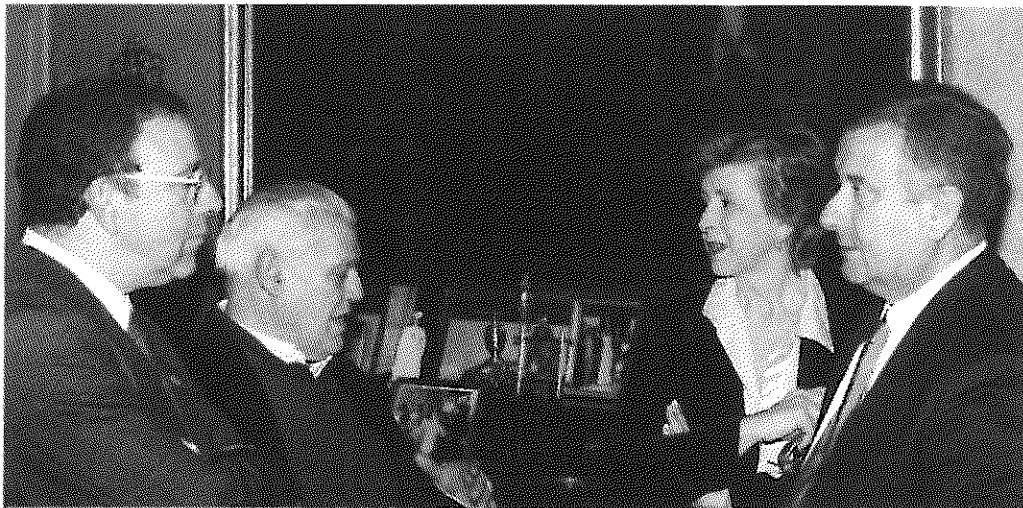
Pasé al comedor de al lado que también estaba preparado para nosotros. A pesar de que la estancia era de dimensiones más reducidas, allí estaba la mayor parte de los *Amigos de San Antón* porque ninguno se quería perder las explicaciones, llenas de evocadores recuerdos, que el anfitrión daba de todos los objetos que se encontraban en el comedor. Al fondo presidía la estancia un retrato de María Moreno Abril,



Mª Isabel Sancho entrega el título de Miembro de Honor a Pedro A. Galera



José Mª Pardo entrega el título de Miembro de Honor a Arturo Vargas-Machuca



Manuel López Pérez, José Casañas, Gloria Lodaes y Arturo Vargas-Machuca

mujer de José Antonio de Bonilla. Otros óleos mostraban representaciones de bodegones y borrachos, y un tapiz con el escudo de los Álava destacada con su colorido sobre dos suntuosos jarrones que en su día sirvieron para conservar el caviar rodeado de hielo. Sobre una chimenea de mármol blanco reconocí las cinco estrellas del blasón de los Rojas; pero lo que más me llamó la atención fue una espléndida vajilla que con mucho gusto se extendía bien ordenada por las baldas de una vitrina. Llevaba una mezcla de iniciales entre las que se podía distinguir R.A. El anfitrión nos explicó que respondía al nombre, Ricardo Álava. Este señor fue el General Álava, personaje muy querido y reconocido en esa ciudad como un héroe por sus actuaciones junto al duque de Wellington en la guerra de la Independencia. El General tuvo como único descendiente a una tía de Jaime de Bonilla, llamada Margarita, y a través de ella les llegó a los Bonilla tan peculiar menaje así como otros objetos que después describiré.

La vajilla en cuestión era un regalo del que fuera ministro de asuntos exteriores de Napoleón, el Príncipe de Tayllerand, personaje del que tantas cosas se han escrito. De él dijo Stefan Zweig que era un *‘hombre capaz de todo, con sangre fría despojada de conciencia en lo que toca al dinero y al honor, servía con la misma infidelidad y la misma ausencia de escrúpulos a la República, el Directorio, el Imperio y la Monarquía’*. Lo transcribo textualmente porque de esa forma comprenderemos que no tuviera ningún inconveniente en hacer semejante obsequio al General Álava, su supuesto enemigo político.

Esta casa está muy acostumbrada a recibir invitados, de hecho la función de algunas de sus salas precisamente es esa, por eso es difícil sentir el agobio de los comensales; pero la casa esconde otras personalidades más recelosas, estancias más tímidas cargadas de sencillos recuerdos como las habitaciones privadas del matrimonio Bonilla-Moreno. Sus hijos, Jaime y Gloria, conservan el dormitorio intacto. Una de sus puertas da al salón azul y es que posiblemente fuera la antigua sala

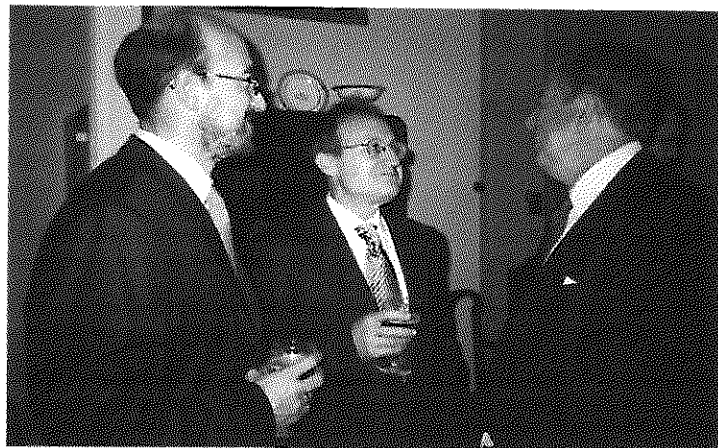


de música, su comunicación con el salón así lo explica. Seguro que en ella, el quinteto que integraban José Antonio de Bonilla y sus hermanos, interpretó melodías mientras en el salón se bailaban rigodones, valeses e incluso algún minué, que aunque para entonces estaba pasado de moda, a su madre, Catalina Mir le gustaba mucho por «su gracia sin igual y la frescura de su música». Del mismo modo, conservan el despacho y un buen número de libros impresos y manuscritos en los que José Antonio de Bonilla llevaba un completo estudio de heráldica acompañado de sus correspondientes escudos dibujados a mano por él. Es el reflejo de ese aspecto de su personalidad tan escrupulosamente ordenada así como de sus buenas dotes para el dibujo.

Fernando Lorite, Manuel López Pérez y Vicente Oya

Pero continuemos con el relato de la noche procurando no faltar a la verdad. De vuelta al salón rojo, saludé a Juan Antonio López Cordero, sobrio, sencillo y afable, siempre dispuesto a conciliar. Con la voluminosa Crónica del año pasado me acerco a él y comentamos la portada que es excelente. Unas manos entrelazadas brotando de entre la tierra con la misma fuerza que nuestros olivos. Manuel Kayser es el autor de tan bonita expresión. La ojeamos y comprobamos que estaba originalmente compuesta con un equilibrado resumen de los veinticinco años con

Juan Antonio López Cordero, Pedro Galera y Jaime de Bonilla



que ya cuenta la *Confraternidad de los Amigos de San Antón*. Ha sido redactada por nuestro *Prioste*, Pedro Casañas, con primor, experiencia y rigor. Después, entre vinillo y vinillo, terminamos recordando a nuestra querida Sierra Mágina, a los pozos de nieve que desde sus entrañas abastecieron a tantos lugares. Precisamente, este año le han concedido el premio Alfredo Cazaban de Cultura Tradicional por el trabajo que ha realizado, conjuntamente con Jorge González Cano, sobre «La cultura de la nieve en la provincia de Jaén».

Junto a nosotros estaba Luis Coronas Tejada, al que tanto admiro por lo mucho que me enseñó en las aulas. Con él es inevitable hablar de historia y además un privilegio oírlo pronunciarse en esos temas; aunque no faltó el relato familiar, es natural, Luis ya tiene nietos y cuando se les pregunta por ellos el entusiasmo aflora en su cara.

Con la copa de cerveza en la mano, el pilot, el cuadernillo azul y dos hernias de disco, no tuve más opción que terminar sentada. José María Pardo me acompañó y enseguida se sumaron Juan Higuera y Pedro Alejandro Ruiz Ortiz. Salió a colación el libro que en su día escribiera José María sobre Jaén. Es una obra muy documentada y de obligada consulta para el conocimiento de la historia giennense. Le pregunté al autor si va a continuar con la investigación y me cuenta que ahora se dedica a otros placeres, tales como el ver crecer a sus nietos, afición que es primordial en su vida. Teníamos enfrente la fotografía del rey y como además era el aniversario de su juramento como rey de España, recordemos el 22 de noviembre de 1975, la conversación se tornó monárquica y nos reímos con las aventuras que José María Pardo aseguraba haber vivido en las cacerías compartidas con el rey.

Justo enfrente de nosotros vi relucir una espléndida licorera de viaje. Me llamó la atención y fui a verla porque llevo tiempo tratando de hacerme con una, pero nunca llega la ocasión. Unas veces porque el esmalte del maletín está desconchado, otras porque le faltan piezas, y cuando no ocurre lo anterior es porque su precio es escandaloso. Esta tiene el juego completo y está impecable, además yo creía que tenía el valor añadido de haber acompañado en sus viajes a José de Bonilla y Forcada, pero no, no era así, la licorera se había paseado por los campos de batalla de la guerra de la Independencia ofreciendo sus licores al general Álava. Se lo cuento a Vicente Oya, con el que me une una estrecha amistad desde hace mucho tiempo. Juntos pasamos muchas horas compartiendo inquietudes en la Asociación de Cronistas Oficiales y en la Real Sociedad Económica de Amigos del País. De ello terminamos hablando así como de nuestras familias. Isabel, su mujer, es de esas perso-



nas que sabe hacerse querer y desde el primer momento congeniamos muy bien.

Desde que el *Prioste* hiciera su primera intervención presentándonos a los anfitriones, todos nos preguntábamos a qué respondería el nombre de Magolla. Ella, con la sencillez que entonces intuí que formaba parte de su personalidad y que después he podido corroborar, nos aclararía que es tradición familiar desde la infancia y que es el nombre que le gusta para que se dirijan a ella.

Junto a nosotros una chimenea recordaba calor de hogar a través de unas negruzcas manchas que delataban el llamear de la lumbre. Delante de ella charlaban sin cesar Luis Berges y Jaime de Bonilla, éste, con la naturalidad de esas personas que al poco de hablar con ellos tienes la sensación de hablar con un amigo, se incorporó a la conversación.

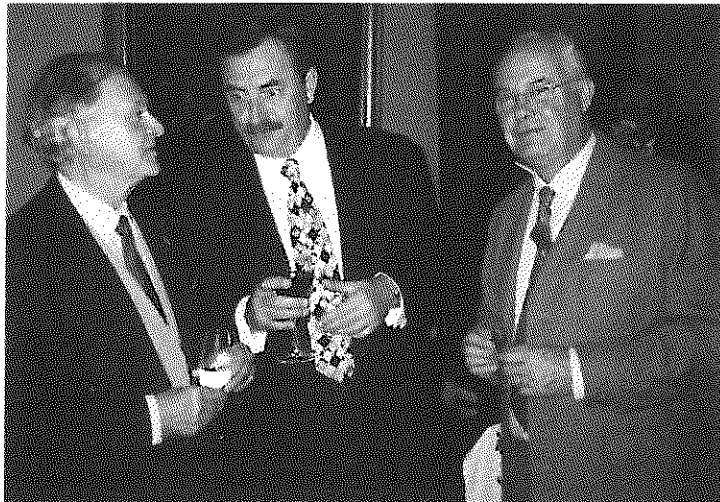
Pedro Jiménez Caballé me daba a probar el sabroso jamón de la Iruela mientras hablamos del Orfeón *Santo Reino*, grupo coral que tan dignamente dirige y que

tantas satisfacciones y quebraderos de cabeza le reporta. Pedro es muy distinto a la imagen que proyecta cuando dirige el Orfeón. Hace ya mucho tiempo que fue mi profesor. Más tarde comenzamos esa agradable amistad que nace de la coincidencia en los archivos. Hace unos años con la incorporación de mi marido al *Orfeón*, he tenido la satisfacción de continuar aquella amistad. Por todas esas circunstancias conozco muy bien su profesionalidad y puedo afirmar que ejerce una estricta y escrupulosa dirección. Domina su trabajo como si se tratara de un mago porque atisba los desafinos casi antes de que se produzcan.

Los aperitivos seguían llegando. Unos a otros nos ofrecíamos los platillos que ahora portaban chorizo ahumado, queso manchego o lomo embuchado. Magolla, carente de toda vanidad, me explicaba la función de los distintos salones. El contiguo al que nos encontrábamos, denomi-



Juan Eslava y  
Gloria  
Lodares



Juan  
Higuera,  
Pedro A. Ruiz  
y José María  
Pardo

bien, en tan magnífico recinto se celebraron las bodas de las hijas de nuestra anfitriona y ella me lo cuenta con el natural orgullo y satisfacción que produce recordar acontecimientos tan significativos en la vida de una persona.

En ello estábamos cuando Juan Eslava Galán se acercó a nosotras y le entregó un libro de temática muy apropiada para la ocasión: *Las rutas de la gastronomía en Andalucía*. Nos tiene acostumbrados a otros títulos pero conociendo esa fuerte afición que tiene por la gastronomía no nos extraña la obra. La ojeamos y enseguida nos fuimos al apartado de Jaén. Lo ha escrito José María Suárez Gallego, otro consumado gastrónomo que a buen seguro deleitará al lector describiendo la singular gastronomía de la provincia. Juan Eslava es el responsable de la coordinación de la obra además de ser el autor de la introducción y el editor. No voy a enumerar los méritos de este giennense tan renombrado y conocido. Hace ya casi veinte años que recibió un merecido reconocimiento –el primero de una larga lista– a su labor literaria con el Premio Planeta y al escribir estas páginas me viene a la memoria –por lo mucho que me ríe leyéndolo– el malentendido de Juan de Olid con D<sup>a</sup> Josefina en el banquete que, en su obra *En busca del Unicornio*, describe por los salones del Condestable Iranzo.

Continuamos con la gastronomía refiriéndonos a lo que en su día fue un proyecto del matrimonio Bonilla-Lorades encaminado a perpetuar los atributos del oro líquido. Hoy las botellas de aceite Virgen Extra de calidad superior ya están en el mercado. Ellos las comercializan con el nombre de «Trespuestas Viejo» haciendo gala de la base de la riqueza de la gastronomía andaluza.

nado por Catalina Mir «gabinete de confianza con honores de salón», es el conocido como salón azul. En esta suntuosa estancia decorada con estilo isabelino, las paredes estaban totalmente cubiertas por grandes espejos, los cuales posiblemente se conserven intactos por la superstición de mala suerte que acompaña a su destrucción. Espejos que rivalizaban con las vitrinas que custodiaban ejecutorias alusivas a la familia y la sillera isabelina, toda en azul, lo mismo que las enormes cortinas. Pues

## Dos nuevos cofrades se incorporan a la Confraternidad de los Amigos de San Antón

**A** las diez en punto, después de las pertinentes indicaciones del Prioste, Ángel Aponte hacía la presentación de Pedro Antonio Galera Andreu y Arturo Vargas-Machuca, los dos nuevos cofrades que ingresaron esa noche.

*Nuestro prioste Pedro Casañas me ha encomendado la honrosa tarea de iniciar esta ceremonia de recibimiento de dos nuevos miembros de los Amigos de San Antón.*

**El lugar ya lo veis.** *La Casa de los Bonilla. El solar, la piedra, las armas, las maderas viejas, todo ello, crea un ambiente verdaderamente privilegiado para este evento. Un ambiente cargado de tiempo y de evocaciones.*

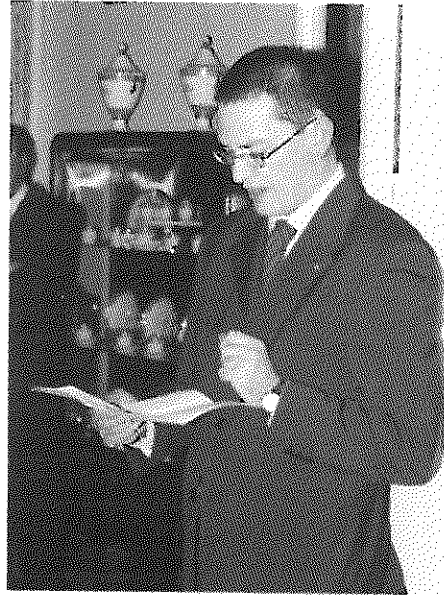
**La vida de las casas es recuerdo.** *En una casa antigua siempre existe un vínculo invisible entre las generaciones. Ya la casa no se convierte en un mero espacio material porque pervive en el recuerdo. Y el recuerdo está en los que habitan.*

**La vida de las casas es hospitalidad.** *Es la que abre los umbrales al caminante. Hospitalidad es ese misterio que hace joven a una casa cargada de siglos. Hospitalidad es largueza, liberalidad, es una virtud antigua y cristiana, propia de gente de ánimo honrado y noble. Bien conocen este arte, bien saben todo esto que os digo nuestros anfitriones que nos acogen aquí en estas casi vísperas de Santa Catalina.*

*Recibimos en la confraternidad de Amigos de San Antón a Arturo Vargas-Machuca Caballero y a Pedro Galera Andreu.*

*Un arquitecto y un catedrático de Historia del Arte. Dos hombres de la misma generación y con varias cosas en común. Y no de poco calado.*

*Una de ellas es la arquitectura. En Pedro Galera como campo de investigación y docencia. En Arturo Vargas-Machuca como profesión y tarea restauradora.*



Ángel Aponte  
Marín

*También en Arturo Vargas-Machuca y Pedro Galera encontramos la pasión por el pasado, el sentido de lo histórico.*

### **1. Arturo Vargas-Machuca**

*Arturo Vargas-Machuca tuvo una niñez inscrita en un paisaje y una ciudad. Lo vivido de niño condiciona, lo sepamos o no, gran parte de nuestra vida. El adulto que cada uno de nosotros es, sólo es comprensible desde el niño que fue. La vivencia de la infancia nos marca a pesar del olvido o de las inevitables visiones parciales que nos quedan tras el paso del tiempo.*

*Arturo Vargas-Machuca nació en Jaén, en la calle Barnabé Soriano. El Pósito, la calle Hurtado, las plazas de las Palmeras y de San Ildefonso, fueron escenarios de sus juegos, sus descubrimientos y sus asombros infantiles. Las excursiones por el campo de Jaén y largos veraneos en Jabalcuz completaron su vivencia jiennense. Calles, plazas y campo de Jaén. También en Arturo Vargas-Machuca la vida siempre está unida a un paisaje.*

*En esos años de niñez y primera juventud descubrió dos inclinaciones que fueron vitales para su biografía personal: el dibujo y la historia. Pero sigamos con su trayectoria. Estudió en Madrid y acaba sus estudios de arquitectura, en la especialidad de Restauración de Monumentos en 1969.*

*Después se inicia una fecunda labor profesional, en la que destacan sus quehaceres por la recuperación del patrimonio monumental de Jaén.*

*De aquí, entre otras, sus obras restauradoras en las iglesias parroquiales de Baños de la Encina, Begíjar y Villanueva del Arzobispo; en Baeza, concretamente en el paraninfo de la Universidad, en la casa Vela de Almazán y en el Palacio de Jabalquinto. También en el castillo y las murallas de la Guardia. En Jaén asimismo ha dirigido tareas de restauración en la iglesia del Sagrario y en la Lonja de la Catedral de Jaén.*

*Ha proyectado y construido viviendas, colegios, guarderías y hospitales. Ha sido además el primer decano del Colegio Oficial de Arquitectos de Jaén, y primer presidente del Consejo Andaluz de Colegios Oficiales de Andalucía.*

*Sus aportaciones como editor han sido cruciales. La publicación facsímil de D. Lope de Sosa no sólo ha representado una aportación de primer orden, sino que desde una iniciativa privada e indudablemente*

*altruista ha hecho más por el mejor conocimiento de la historia de Jaén y su provincia que muchos costosos proyectos oficiales. Son muchas las personas que guardan como un tesoro en sus bibliotecas, la mayor de las veces modestas, los tomos de la revista editada por Arturo Vargas-Machuca, y son más aún las tardes de lectura, de estudio y de nostalgias que su lectura ha producido. De no haber arrancado a D. Lope de Sosa del olvido ¡cuántas cosas, nombres, imágenes y trabajos habrían quedado en el olvido más absoluto! o en el mejor de los casos reducidos a los círculos inevitablemente exclusivos de la erudición local.*

*Miembro de la Santa Capilla, padre de familia numerosa, hombre de sólidas convicciones. Bien tiene ganado su puesto Arturo Vargas-Machuca.*

## **2. Pedro Galera**

*La vida de Pedro Galera ha transcurrido en distintos ámbitos hasta enraizarse en Jaén. Hijo de militar, nació en Melilla, e inició sus estudios de Bachillerato en Sidi-Ifni. Allí fue testigo de aquella guerra olvidada, que prácticamente cerraba el pasado colonial de España. Se trasladó después a Granada, una ciudad que junto a Jaén es esencial en su trayectoria.*

*En el Instituto Padre Suárez fue alumno nada menos que de Antonio Domínguez Ortiz y de Emilio Orozco. En 1965 inició sus estudios de Filosofía y Letras también en Granada, donde realizó su tesina y tesis doctoral en Historia del Arte. Tuvo también allí la fortuna de tener unos excelentes profesores: Riu, Bosque, Arribas, Pita Andrade, nombres ya verdaderamente célebres en las letras españolas.*

*Llegó a Jaén en 1972, cuando inició su oficio de profesor en el Colegio Universitario. Su primera etapa giennense se extendió hasta 1982. En estos años Pedro Galera realizó una parte fundamental de su obra investigadora, y creo que la más conocida por nosotros. Su libro Arquitectura de los siglos XVII y XVIII en Jaén puede considerarse sin la más mínima exageración una de las obras fundamentales dentro del panorama bibliográfico giennense del siglo XX, ya que contribuyó de manera decisiva al descubrimiento de la riqueza arquitectónica de Jaén en sus obras religiosas y civiles originarias de esos siglos, además de destacar la presencia de figuras señeras como Juan de Aranda y Salazar, Eufasio López de Rojas, Blas Antonio Delgado y Ventura Rodríguez. Junto a este estudio ha publicado muchos otros de igual relevancia: sus monografías sobre la Catedral de Jaén (1985) o su Andrés de Vandelvira (2000) puede servirnos de ejemplo entre una larga relación de obras publicadas.*

*Su labor docente en Jaén fue muy fructífera. Llegó como he dicho en los inicios del Colegio Universitario, por donde pasamos algunos de los que estamos aquí ahora. Pedro Galera contaba con un prestigio enorme entre todos nosotros y merecidamente.*

*Y es que hablo como antiguo alumno suyo, aunque de los más modestos. Yo les debo gratitud por todo lo que aprendí a Luz de Ulierte y a Pedro Galera, por su generosidad y por su paciencia ante mis intervenciones en clase, tan bien intencionadas e ingenuas como inevitablemente inmaduras, y también por aquellas lecturas que me recomendaron, capitales para mi formación, libros buenos siempre, libros que además impresionan mucho cuando se leen con veinte años. Y esto que digo yo muchos podrían decirlo también.*

*Después Pedro Galera pasó a Murcia como profesor adjunto, hasta que en 1985 retornó a Granada, donde permaneció unos cinco años, allí fue además decano de la Facultad de Bellas Artes.*

*La vuelta a Jaén se produce con la recién creada Universidad, donde, ya como catedrático de Historia del Arte ejerce su buen hacer hasta hoy.*

*Desde Melilla a Sidi-Ifni a Almería y Granada, de Granada a Jaén, de Jaén a Granada, de Granada a Murcia y al final echar raíces en Jaén. Jaén como destino.*

**Bienvenidos seáis** Arturo Vargas-Machuca y Pedro Galera. Y que siempre quede en vuestro recuerdo este día, estas horas felices pasadas en la casa de los Bonilla, donde se dieron cita, en una noche de otoño giennense, la amistad, la inteligencia y la cordialidad.

*Muchas gracias.*

\* \* \*

Esta fue la brillante presentación de Ángel Aponte. Intervención que, por otro lado, todos esperábamos porque él ya nos tiene acostumbrados a retratar personajes extrayendo con mesura, justicia y rigor las facetas humanas e intelectuales sin empalagos y con una fluidez que siempre sabe a poco. Nada más terminar, Pedro Galera, al que previamente el *Prioste* le había encomendado el turno de respuesta a su presentador, no pudo por menos que apresurarse a dar las gracias. Era de justicia, pero claro, llegaba nuevo y desconocía que esa noche todo se hace después de ser anunciado por los golpecitos de campana del *Prioste*.

Éste tocó su campanilla y aquel con la prudencia y el saber estar que le caracteriza aplazó su discurso.

Cuando aún no habían dado las 10,30 horas le llegó el turno a Pedro Galera. Él, en nombre de los dos nuevos cofrades, fue el encargado de dirigirse a los *Amigos de San Antón*, Confraternidad de la que ya formaban parte.

Tras evocar con melancolía a los hombres del renacimiento porque, como él dijo, tampoco es malo, ellos también lo fueron, nos dirigió las siguientes palabras sin hacer uso de la chuleta que dijo llevar:

*Queridos amigos de San Antón*

*Ante todo quiero agradecer la atención y el honor que me hacéis al invitarme a formar parte de esta Asociación que ha sabido conservar la memoria del pasado de una ciudad y su provincia en torno a una buena mesa gastronómica y literaria, homenajeando a ese personaje universal que es Don Lope de Sosa. El que me consideréis digno de pertenecer a*



*este selecto grupo no puede por menos que enorgullecerme, sobre todo cuando no soy natural de Jaén, aunque muchos aspectos de mi vida familiar y profesional es cierto que está íntimamente ligados a la Ciudad, y pienso al introducirme en la Asociación queréis reconocerme por algo de lo que he hecho y hago todos los días: mi trabajo docente y de investigación en la Historia del Arte, naturalmente, con referencia a este territorio.*

*Vine a Jaén hace poco más de treinta años y pese a que luego me ausenté durante diez de ellos, nunca abandoné los temas histórico-artísticos del llamado «Santo*



Ángel Viedma,  
Arturo Vargas-Machuca y  
Antonio Martos

▲  
Pedro Galera  
Andreu



Gloria  
Lodares y  
Pilar Sicilia

*Reino» y además en los destinos que tuve en ese tiempo, en las universidades de Murcia y Granada, siempre hablé muchas cosas de Jaén, que entiendo deben ser divulgadas. Después, cuando felizmente Jaén obtuvo por fin su Universidad, me llamaron para contribuir al área de conocimiento en que me muevo y con ilusión volví, no a continuar, sino a emprender nuevos proyectos que desde la institución académica se podían impulsar con mayor fuerza que en anteriores etapas de dependencia de otros centros.*

*Quiero, en segundo lugar, expresar mi satisfacción y agradecimiento a nuestro anfitrión, Jaime de Bonilla, por el generoso ofrecimiento de esta magnífica casa, cuyas puertas nos ha abierto y nos ha enseñado con el conocimiento y experiencia insustituible de quien se ha criado en ella, siempre con la imagen presente de su padre, don José Antonio Bonilla y Mir.*

\* \* \*

María Isabel Sancho me insistía en que anotara todos los detalles, y Pilar Sicilia me hablaba de sus proyectos siempre luchando por recuperar el patrimonio etnográfico de la provincia. Hay cierta complicidad, no pactada, entre las tres mujeres de la *Confraternidad de los Amigos de San Antón*. Me gusta charlár con ellas. Son dos trabajadores natas en pro de la cultura giennense, cada una en su parcela.

### La foto de familia

**L**a campanilla nos anunciaba que la noche avanzaba y que había que dar cuenta de todos los momentos de la velada. Uno de ellos, el testimonio gráfico, la foto, no podía faltar. Salimos del salón y con comentarios de admiración pasamos al espacio que tan bien se presta para el retrato de grupo: una escalera. Yo caminaba junto a María Isabel San-



cho escuchándola atentamente porque me contagiaba el gozo que experimentaba observando el primor con que estaban compuestos unos elegantes jarrones de cristal junto a unas miniaturas, piezas por las que ella aseguraba que sentía una especial atracción.

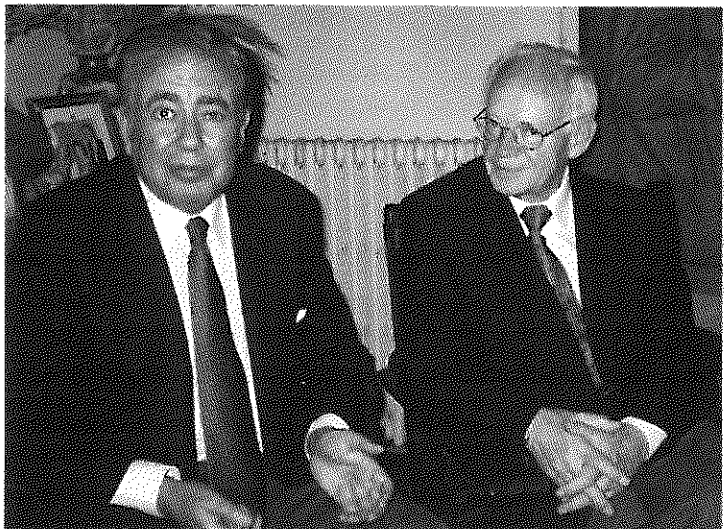
Cuando llegamos a la escalera, iba tan entregada a la conversación que mantenía con Luis Berges que no me di cuenta de que el grupo ya estaba preparado para posar. El murmullo y los típicos comentarios: tú aquí que no sales, más a la izquierda, más abajo... me recordaron que íbamos a hacernos la foto. Allí nos fuimos colocando como pudimos a la derecha de la blanca balaustrada de mármol, notándose a la legua que lo nuestro no es posar. Unos nos tapamos a otros y por más que nos movíamos, aquello no tenía arreglo.

Mientras nos situábamos y comenzaron a disparar las máquinas fue un momento especial algo que no me había ocurrido en las anteriores cenas. Y es que casi nunca vivimos los momentos que después pasan a formar parte de los recuerdos, por eso quise estrujar ese momento, consciente de que la frialdad con que luego sale la fotografía no tiene nada que ver con la realidad, porque los sentimientos y el ambiente no se reflejan por más que queramos atisbarlo.

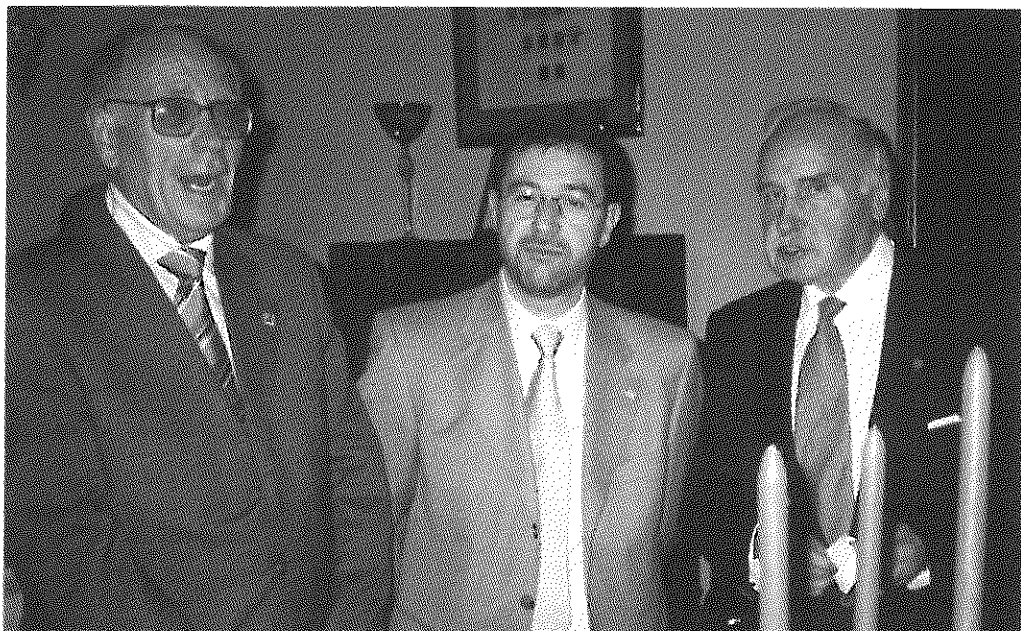
Fue un momento que disfruté y viví. Me gustaba el espacio, me sentía bien allí, estaba a gusto con mis compañeros, todo lo que alrededor había lo escudriñé con un agrado especial: la decoración de estuco, el gran espejo colgado sobre un repujado baúl de cuero con remaches metálicos que contenía el pequeño archivo del general Álava, a saber unos valio-



Juan Cuevas  
y José García  
García



Jaime de  
Bonilla y Luis  
Berges



Luis Coronas, Juan Cuevas y Julio Puga

sos planos y el árbol genealógico de los Álava. Los tapices de las paredes tenían la misma procedencia. Su estado de conservación era excelente, a pesar de que habían estado muchos años ejerciendo la noble misión de cortina en los palacios de Ricardo Álava. El buen gusto de Magolla los había convertido en elegantes tapices. A ambos lados dos grandes óculos cubiertos con vidrieras eran los encargados de la iluminación. Por último observé la decoración del techo que consistía en un rosetón central y cuatro veneras en las esquinas.

### En torno a la mesa, medianera de la amistad

**E**n el último tramo de esta escalera que fue construida en los primeros años del siglo XX, un arco de medio punto nos comunicaba con un hermoso patio que fue restaurado por Bonilla y Forcada en el último cuarto del siglo XIX. Lo hizo como correspondía a la época, utilizando la forja. Un arquitecto francés se encargó de realizar el trazado y la Casa sevillana *Hermanos Pérez* realizó la estructura metálica. Los mismos autores sevillanos fueron los que realizaron la estructura, también de hierro forjado, del Puente de Triana, en Sevilla, y curiosamente también salieron de su taller las farolas que estaban en la plaza de Santa María y que hoy están en la plaza de San Agustín.

Esta estructura, que sustituyó al patio original de piedra, consta de dos pisos como corresponde a las dos alturas del espacio que sustenta y protege. La del primero la constituyen cuatro columnas unidas por grandes arcadas que muestran, tanto en las enjutas como en la parte superior, una afiligranada labor en hierro forjado representando dragones, especies vegetales y otros elementos que nos transportan al mundo de la mitología. El cuerpo superior constituye el cierre de las galerías y en él van intercaladas vidrieras policromadas. En cada uno de los cuatro frentes figuran las iniciales de los distintos propietarios de la familia Bonilla.



En el extremo opuesto del patio se encontraba el salón donde iba a tener lugar la cena. La separación de las baldosas y de la decoración del techo delataba claramente la existencia de dos dependencias. Correspondía precisamente a las habitaciones donde antaño los Bonilla hacían la vida en verano. Allí estaba dispuesta la mesa de la *Cena Jocosa* o de Santa Catalina del 2003. Muy señorial, y primorosamente compuesta sin faltar detalle, solo esperaba la llegada de los comensales.

Despacio fuimos todos llegando y antes de tomar asiento buscamos nuestro nombre en la correspondiente cartelilla que forma parte de los usos y costumbres de la cena. Y es que, en esta ocasión el arte de la



José María Pardo, Vicente Oya y Ignacio Ahumada

mesa adquiere importancia singular porque el comer y beber es secundario, dejando prioridad al ambiente que lo rodea inmerso en pequeños detalles compartidos con gran afecto y cordialidad.

Alrededor de la mesa y pegados a la pared se esparcían algunas piezas de sillería isabelina. Las paredes quedaban cubiertas por unos antiquísimos tapices que Magolla había restaurado personalmente. Por un momento perdí el sentido de la orientación y me dio la impresión de que estábamos en un sótano a pesar de que las ventanas daban claramente a la calle Ramón y Cajal. Se lo comenté a Juan Higuera y él también andaba algo despistado. Lo que no le dije fue la sensación que tuve a continuación y es que por unos instantes imaginé a los masones estableciendo desde allí secretos contactos y practicando sus rituales ante la Escuadra y el Compás en las reuniones de las distintas logias.

Con la minuta en mis manos salí de mi ensoñación observando los vivos colores de los motivos florales que siempre adornan su orla. Se cerraba con un espléndido dibujo que representaba a uno de los tenantes labrados en la portada de la casa donde nos encontramos. La mano grácil y serena de un artista consumado como Francisco Cerezo lo había trasladado allí provisto de toda su prestancia y gallardía.

Los compañeros de mesa comenzaron a llegar. A mi derecha tenía a Ángel Aponte Marín y a mi izquierda a Juan Higuera Maldonado,



Rufino Almansa, Juan Antonio López Cordero y Pilar Sicilia

dos viejos amigos que me aseguraban una agradable cena. Enfrente Pepe García García, amigo de todo la vida. Estaba sentado entre Luis Coronas Tejada y Antonio Casañas Llagostera. A su vez, estos tenían por compañeros comensales a Juan Eslava Galán y a Francisco Cano Ramiro, el cual cerraba una esquina de la mesa. En la otra esquina quedaba Julio Puga Romero. Por último Pedro Casañas Llagostera y Antonio Martínez Lombardo presidían el extremo. Nombro a todo el grupo porque juntos, a pesar de la pequeña distancia que nos separaba, compartimos ágiles conversaciones y una vez más pude comprobar que como decía José de Maistre, el reunirse para comer, la mesa, como medianera de la amistad se convierte en el signo de unión más expresivo. A continuación voy a dejar constancia de la disposición en la mesa de todos los comensales, que para eso tomé nota, y así dejo constancia de todos los asistentes de esa noche. Comienzo por mi izquierda, que como he dicho anteriormente estaba sentado Juan Higuera, y a continuación Juan Cuevas Mata, Pedro Galera Andreu, Luis Berges Roldán, José María Pardo Crespo, Vicente Oya Rodríguez, Ignacio Ahumada Lara, Rufino Almansa Tallante, Juan Antonio López Cordero, Pilar Sicilia de Miguel, Fernando Lorite García, Pedro Jiménez Caballé, José Casañas Llagostera, Antonio Martos García, Arturo Vargas Machuca, Ángel Viedma Guzmán, Pedro Alejandro Ruiz Ortiz, María Isabel Sancho Rodríguez, Gloria Lodaes Fontecha, Jaime de Bonilla Moreno, Manuel López Pérez, Juan Eslava Galán y Luis Coronas Tejada. El resto ya lo he descrito más arriba.

Casi estábamos dispuestos a dar cuenta del abundoso abasto que nos había anunciado el *Criado Portugués* y que para la ocasión aderezó Antonio Molina Fernández desde hace más de veinte años, cuando se adelantó el Padre Casañas, Capellán de la *Confraternidad* para bendecir los alimentos. Antonio Molina, nuestro proveedor de víveres, en el año 2000 recibió el reconocimiento de los *Amigos de San Antón* por la esmerada dedicación con que desempeña éste su Oficio de Boca.

Enseguida, los cofrades de San Antón, charlaban, sonreían y comían. Entre el rumor de conversaciones recordé con Francisco Cano la noche que ambos, junto con Manuel Kayser, ingresamos en la *Confraternidad*. Fue una cena especialmente emotiva para nosotros. Se celebró en la Casería del *Plantío*, pago del *Llano*, propiedad de Joaquín Ramírez Sáez y de su esposa María Teresa García Gómez. A Joaquín, este invierno le sorprendió la muerte y desde aquí quiero expresar mi recuerdo



para este honrado hombre que siempre recordaré -vivía en el mismo bloque que mis padres- con su saludo caballeroso y cordial prendido de bondad.

Con Pepe García allí era como si alguien de mi familia hubiese asistido esa noche a la cena. Nos reímos con sus agudas apreciaciones.

Siempre he sabido que el encanto de Ángel Aponte, con ese especial talante que configura su personalidad, está en que es un caballero con todo lo que ello con-

Los  
anfitriones.  
Gloria  
Lodares y  
Jaime de  
Bonilla

lleva. Esa noche lo volví a comprobar a través de los muchos temas que tocamos. Quizás para hacer honor a las tendencias monárquicas de José Antonio de Bonilla, salió de nuevo el tema de la familia real, y él me contó, sin ningún tipo de engolamiento, ni de desmesurada satisfacción, la ocasión que tuvo de conocer al rey en una de las visitas que realizó a Jaén. Él se encontraba allí por su demostrada valía como historiador, representando al sector giennense del mundo cultural, pues ese mismo año, 1991, había recibido, junto con Juan Antonio López Cordero, el premio Ortega Sagrista de investigación.

Eran exactamente las once y media cuando habíamos dado cuenta del sabroso caldo de cocido con el que iniciamos la cena. Entonces la

campanica del *Prioste* nos anunciaba la primera intervención de la cena. Era la de Vicente Oya, que siempre tan acertado y oportuno dedicó unas palabras a Catalina Mir, una mujer comprometida en su tiempo con los sectores marginados. Fue una de las propietarias de esta casa, abuela de los actuales. Vicente, que antes nos había regalado un ejemplar de su libro titulado «*Hacia otra aurora*», una recopilación de poemas en la que el cronista de nuestra ciudad vuelca toda la sensibilidad que emana su amor por la tierra de Jaén, no quiso iniciar su intervención sin antes sacarnos la sonrisa, algo que forma parte de la personalidad de este hombre tan querido y respetado en Jaén. Haciendo gala de su socarrón humor aludió a la edad de la mayoría de los presentes haciéndonos caer en la cuenta del contraste con un solo médico y además pediatra. De modo que cuando se puso la gafas para leer con su pausada voz los folios que para la ocasión traía preparados, sorprendió a muchos con amplias sonrisas y a otros que llegaron hasta la carcajada al escuchar su ocurrencia.



Vicente Oya  
Rodríguez

Desde el balcón imaginario al que él nos condujo nos leyó la hermosa y documentada semblanza de la señora Mir que a continuación figura:

### **Catalina Mir y Real en la memoria de Jaén**

#### **I. INTRODUCCIÓN**

*EGREGIAS damas y caballeros nos han dejado, a través de los tiempos, el ejemplo de sus virtudes, porque, a lo largo de su existencia, fueron personas que se comprometieron en favor de los demás, sobre todo de los humildes, de los más desfavorecidos. Muchas de estas figuras singulares están en la memoria colectiva, en unos casos porque contaron con biógrafos que recogieron sus vidas, sus obras, sus proyección social. En otros su recuerdo quedó fijado en placas que dan sus nombres a plazas y calles de pueblos, villas y ciudades o a instituciones públicas y privadas.*

*Pero hay otras personalidades que quedaron sumidas en el silencio y en el olvido. El tiempo, con su paso inexorable, echa tapas y forja cortezas que se endurecen, cada vez más, para enterrar la memoria, porque la sociedad, injustamente, encierra a esas personas y llega al desconocimiento de su legado importante que forma parte de un patrimonio universal, de una inmensa riqueza espiritual, que siempre debe ser campo propicio para la apasionante tarea de los investigadores de la Historia.*

*ESTAMOS esta noche en esta mansión señorial, y, desde ella, nos asomamos, con los recuerdos removidos, a un balcón imaginario, al paisaje y al paisanaje de la familia de los Bonilla. Nuestro prioste Pedro Casañas Llagostera, me sugirió, para mi intervención, el nombre señero de doña Catalina Mir y Real. Así, de pronto, disponía tan sólo de unos pocos datos, pero, ciertamente, por mi horrilla de cronista oficial de la ciudad, me he adentrado, hasta donde ha sido posible, en la vida y en la obra de Catalina Mir. Ello me ha permitido tener algún material para trazar la semblanza y hacer un retrato de esta distinguida señora y de su proyección sobre la ciudad de Jaén como fundadora de las Escuelas Nocturnas del Niño Jesús de Praga, una labor social y cultural que hoy ha encontrado feliz prolongación en el funcionamiento de la Fundación «Catalina Mir».*

## II. DOÑA CATALINA MIR Y SU VINCULACIÓN A JAÉN

*Catalina Mir y Real nació en Palma de Mallorca en la Nochebuena de 1881 y falleció en nuestra ciudad el 14 de julio de 1961. Su vinculación con nuestra tierra se inició al contraer matrimonio, en la iglesia parroquial de la Purísima Concepción, de Barcelona, con el ilustre giennense, don José de Bonilla y Jaén, nacido en Jaén el 17 de noviembre de 1878 y fallecido en Palma de Mallorca, el 14 de agosto de 1959. Don José de Bonilla fue abogado, doctor en Derecho y gobernador de la Santa Capilla de San Andrés. Nunca quiso tener protagonismo en la vida política que sí había ejercido su padre, don José de Bonilla y Forcada, diputado a Cortes, Senador, Presidente de la Diputación, amigo personal de Romero Robledo y Cánovas del Castillo y miembro de la Junta de Reformas Sociales. Pensó tal vez, que ya su padre había hecho política a través de una larga ejecutoria.*

*El matrimonio formado por don José de Bonilla y Jaén con doña Catalina Mir y Real vivió una vida de intensas inquietudes durante muchos años en Jaén y en los ámbitos económicos, sociales, religiosos y culturales de la ciudad.*



*Doña Catalina Mir, mujer de gran sensibilidad, estaba dotada de una especial espiritualidad, fruto de sus creencias cristianas muy arraigadas y de su densa y apretada formación. Por ello desarrolló su vocación sentida, vivida y participada en el campo de lo social, en favor de los más humildes. Le dolía hasta lo más profundo de su alma, y así lo reflejó en sus escritos, al ver que había mucha gente que no sabía leer ni escribir; muchos niños y jóvenes que vivían en la indigencia. Vivió el Jaén de principios del siglo XX y comprobó, con tristeza, que los niños y jóvenes, en medio de tanta miseria, tenían que ocuparse en ayudar a sus padres en los trabajos de la recolección de la aceituna y otras actividades para poder subsistir.*

*ADELANTÁNDOSE a los tiempos, y después de reflexiones sobre esta lamentable situación, decidió fundar las Escuelas Nocturnas del Niño Jesús de Praga, para hijos de obreros, para niños y muchachos de 7 a 20 años, que trabajaban de día, en largas jornadas, y que habían de aprender, por la noche, a leer y escribir, las cuatro reglas, la doctrina cristiana, la educación primaria, todo ello en cuatro aulas que se complementaron con una clase de dibujo y otra de música por entender la fundadora que estas materias despertaban la sensibilidad de aquellos escolares.*

*LAS Escuelas Nocturnas del Niño Jesús de Praga abrieron sus puertas el 23 de marzo de 1919 en un edificio de grandes ventanales situado en plena Alcantarilla. Por ella han pasado muchas generaciones de escolares y maestros que hicieron un buen trabajo y con excelentes resultados.*

*A la muerte de doña Catalina Mir, en 1961, siguieron estas Escuelas Nocturnas, sin interrupción, por mandato expreso de la fundadora a sus hijos, José Antonio, Francisco, Federico y Enrique de Bonilla y Mir. Es a finales de los años 70 cuando, al cambiar las condiciones sociales y generalizarse la enseñanza pública, como obligatoria, llegó la clausura de estas Escuelas tan populares y entrañables de la Alcantarilla.*

### III. LA FUNDACIÓN CATALINA MIR

*PASADO el tiempo los cuatro hermanos de Bonilla y Mir, juntamente con la colaboración de otras personas, mediado el año 1982, demolieron las Escuelas y construyeron la nueva Sede para la Fundación «Catalina Mir», que fue inaugurada el 4 de abril de 1987 y que acoge a la Asociación Cultural y Deportiva Valdeazores, del Opus Dei, que presidió, hasta su fallecimiento reciente, el abogado y ex-alcalde de Jaén, don Antonio Álvarez de Morales y Ruiz.*

*La Fundación Catalina Mir, inscrita con el número 23/0084, en el Registro de Fundaciones de competencia estatal, está clasificada como de Beneficencia particular, por Orden del Ministerio de Sanidad y Seguridad Social de 31 de diciembre de 1980, que publicó el Boletín Oficial del Estado, en su edición del 2 de marzo de 1981.*

*ACTUALMENTE la Fundación Catalina Mir, después de unas primeras dificultades, ha reorganizado sus trabajos, los ha dotado de nueva consistencia organizativa y se ha adecuado a la exigencia de estos tiempos. Todas sus actividades, sin perder el espíritu de promoción social y cultural, que llevó a las Escuelas Nocturnas la fundadora, se encauzan a través de cuatro programas titulados: Gente Joven Siglo XXI, Globalización y Solidaridad; Foro de la Familia, Cultura y Nuevo Milenio.*

*Se propone ayudar al estudiante, la promoción del voluntariado para obras sociales, la orientación familiar desde una perspectiva cristiana de la vida, el apoyo a jóvenes creadores y al cultivo de la Literatura y de las Bellas Artes. Funciona con un Patronato que preside actualmente el economista giennense, don Antonio Guillén Gea, y en el que, en nombre de la familia de la fundadora, figuran don Jaime de Bonilla y Moreno, como vicepresidente y don Federico de Bonilla y Blanes, como vocal.*

#### IV. PERPETUAR SU RECUERDO

*SE perpetúa el recuerdo de doña Catalina Mir y Real a través de esta Fundación, pero también con su nombre en el callejero de la ciudad. El Ayuntamiento Pleno, en sesión ordinaria, celebrada con fecha 13 de abril de 2002 acordaba dar el nombre de Catalina Mir y Real, a la calle de nueva apertura, señalada con la letra «J», en el distrito 4º Sección 10ª en la zona del Bulevar. Se atendía así la petición formulada al Ayuntamiento, por don Antonio Molina Marchal, como presidente de la Asociación de Vecinos «Cauce», situada en la Alcantarilla, precisamente en el barrio donde estuvieron las Escuelas. Aportaban los peticionarios el texto de una conferencia que, sobre Catalina Mir, había pronunciado en la sede de la Asociación Vecinal el siempre recordado Rafael Ortega y Sagrista, el 14 de mayo de 1980, conferencia de la que se publicó un resumen en el «Boletín del Instituto de Estudios Giennenses», núm. 141, de 1990.*

*En aquella conferencia, después de destacar la vida y la obra de Catalina Mir, se alzó la voz de Rafael Ortega y Sagrista con estas palabras: «Ingrata ciudad que nunca quiso reconocer aquella inmensa y callada labor de Catalina Mir! Ni un pequeño homenaje en vida; ni el recuerdo de su nombre a una calle, o a un grupo escolar después de su muerte*

*acaecida en el Jaén que tanto quiso y donde reposa en paz el sueño de los justos». Con el tiempo se ha hecho justicia. Se perpetúa su recuerdo con una fundación social, como ella hubiera querido, y una calle lleva su nombre y sus apellidos. Nosotros aquí, en esta noche, también la recordamos y le ofrecemos nuestro homenaje.*

#### V. ESCRITORA DELICADA, TIERNA Y SENTIMENTAL

*HAY en la vida de Catalina Mir una faceta menos conocida, la de escritora. Editó, por lo menos, dos libros que no salieron de la intimidad familiar. En ellas reflejó sus creencias religiosas y sus preocupaciones sociales. Su prosa era poética, con bellas descripciones, hechas con sencillez y amenidad, fruto de profundas reflexiones. Uno de estos libros era el titulado «Cuadritos y recuerdos» con trabajos como «Viernes Santo», «Febrerillo el Loco», «Abril», «Noviembre», «Cuando el tiempo es malo», «La Nochebuena»... Comentando estos capítulos decía Ortega y Sagrista que estas creaciones literarias eran «como jugosas acuarelas, como lindos paisajes de abanico, dignas de figurar en una antología de poetas, de escritores giennenses, tanto por su fuerza descriptiva como su encanto íntimo». El otro libro «Memorias de un año triste», tenía según su lector Ortega y Sagrista, tal fuerza de realismo, la bondad de unos sentimientos, que mantenían el interés y la tensión y que, de haberse publicado en aquellos tiempos hubiera sido un éxito editorial. Creo yo que, con permiso de la familia y luego de la selección oportuna, la Fundación Catalina Mir podía publicarlos como otro homenaje.*

#### VI. GRATITUD IMPERECEDERA

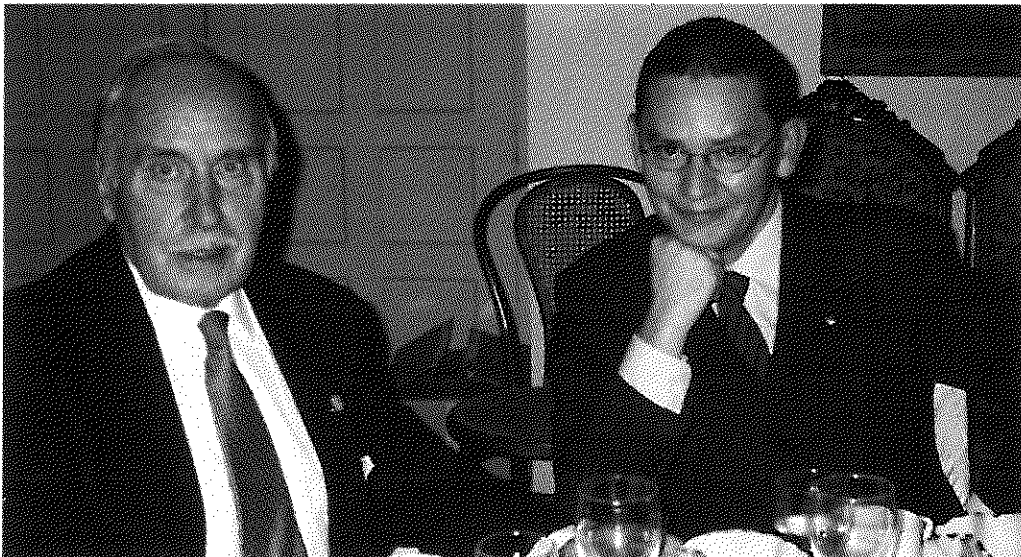
*LA primera vez que yo supe de Catalina Mir fue allá por la década de los sesenta, cuando, por mi oficio periodístico, como redactor del Diario Jaén, asistía a los actos de clausura del curso en las Escuelas Nocturnas del Niño Jesús de Praga. Casi siempre presidía el obispo, Romero Mengíbar, con diversas autoridades y representaciones oficiales. Se hacía una fiesta –igual que el 23 de marzo, fecha conmemorativa de la fundación de las Escuelas–. Los alumnos leían poemas de exaltación de las virtudes humanas, religiosas y espíritu patriótico. Y en estas ocasiones solemnes los alumnos recibían una merienda suculenta en la que no faltaban un ochío y una onza de chocolate. También recibía ropas para cubrir sus necesidades. El último maestro que dirigió estas Escuelas fue nuestro querido amigo Jesús Ortega Lechuga, ya muy mayor, que vive entre nosotros. Aquellas Escuelas Nocturnas fueron como una llama de la lumbre que encendió*

*Catalina Mir y que se ha prolongado con el tiempo. Ahora alumbra esa llama en la Fundación que lleva su nombre y en la placa de una calle. Pero está también ese nombre, con caracteres indelebles, en el corazón de muchas familias que recibieron sus beneficios. ¡Nada más y nada menos que aprender a leer y escribir y en aquellos tiempos de tantas estrecheces, de tantas limitaciones! El corazón noble de esta egregia dama late con fuerza en toda la obra que nos ha legado y que se perpetúa en una Fundación como prenda del patrimonio espiritual de la ciudad de Jaén.*

\* \* \*

Las palabras de Vicente Oya nos gustaron a todos. Yo había leído algo sobre Catalina Mir en la revista *Don Lope de Sosa*, pero de forma aislada, y después de oírlo a él recordando las palabras de Rafael Ortega y Sagrista referentes a la ingratitud de la ciudad por escatimar esfuerzos en el reconocimiento de su labor, quiero desde aquí recordar la voluntad creadora de esta mujer que en los años veinte del siglo pasado, cuando la mujer aún tenía reservado su campo de actuación al ámbito privado, ella aportó su grano de arena participando en la formación integral de la mujer.

Por entonces, la Económica, que continuaba siendo la Institución Cultural más prestigiada tanto a nivel local como provincial, inauguraba un nuevo edificio, y las modernas instalaciones traían consigo



Julio Puga y Ángel Aponte



Fernando Lorite, Pedro Jiménez Cavallé y José Casañas

una mayor atención a la mujer. Esta Institución se había destacado por ello desde los primeros momentos de su existencia. Enseñando a las mujeres comenzó su andadura allá por 1786. Ahora, en los años iniciales del siglo XX, con la introducción de asignaturas específicas como *Labores Útiles y Artísticas de la Mujer*, *Música*, *Mecanografía*, *Francés*, *Contabilidad* y una *Escuela de Adultas* abría sus puertas para enseñar a aquellas mujeres apostando por la incorporación de la mujer al trabajo remunerado, desde el momento que colaboraba en la formación de futuras modistas y secretarias, profesiones que por entonces eran las más comunes, aparte las que no precisaban preparación como el servicio doméstico o las fábricas. Rosa Casado Díaz, Heliadora Cruz Artiaga, Catalina García de Vargas, o Rosario Mesa Rivilla, entre otras, eran los nuevos nombres que pasaban a formar parte del cuadro de profesores.

Solo un año antes de la inauguración del edificio entraron las primeras socias del siglo XX, Victoria Montiel Vargas y Josefa Segovia Morón. La primera dirigía la Escuela Normal de Maestras de Jaén y la segunda era inspectora provincial de Primera Enseñanza. Una tercera mujer, la prestigiada poetisa Patrocinio de Biedma, se incorporaba como socia de Mérito a petición de las anteriores; pero sin embargo, ellas no fueron las primeras mujeres que ingresaron en la Sociedad. Ese honor se reservó para María Dolores Velasco mujer que cuando ingresó como socia en 1833, ya formaba parte de la Real Academia de San Fernando.

A pesar del aperturismo expresado por la Económica con su preocupación por el mundo feminismo ya desde el siglo XVIII, hay que tener en cuenta que el camino no estuvo exento de parones y retrocesos tan significativos como el que voy a describir a continuación

En 1926, cuando la presencia de la mujer en la Real Sociedad era cotidiana, formaba parte del listado de socios y participaba plenamente del claustro de profesores, se organizó una conferencia a cargo de José de Yangüas Messía, entonces Ministro de Estado. Ese acto cultural sacó a la luz lo que era una realidad: las mujeres no asistían a las conferencias. Así quedó claramente expuesto cuando un socio preguntó si al acto podían asistir las señoras, obteniendo una respuesta negativa a la que no se dio ninguna explicación.

Pues bien, por entonces Catalina Mir presidía la Acción Católica de la Mujer y en su calidad de directora organizaba conferencias. Voy a recordar las que se organizaron en 1921, porque son bastante significativas de lo que debieron representar. Eran los conferenciantes Miguel Garrido, José Azpitarte, Eugenio Molina de la Torre y Lázaro de Lázaro y Junquera. Y los temas que respectivamente trataron decían así: «*La influencia social de la mujer*», «*Significación de la mujer en la vida social, jurídica y artística*», «*Reformatorios para niñas*» y «*Algo de feminismo*».

El *Prioste*, con la capacidad de saber que es lo que se le pide y dominando las reglas del juego, volteó de nuevo su campana para dar la palabra a Pedro Jiménez Caballé. Éste amante fiel de la música no podía olvidar que era el día de Santa Lucía, patrona de los músicos y se sumó a los homenajes de José Bonilla, aludiendo a la pasión que les une, la música, de la siguiente manera:.

### **La música como constante en una familia**

*Nos encontramos esta noche en una antigua y noble Casa-Palacio de Jaén, que pertenece a la ilustrada familia de los Bonilla, para celebrar un año más esta cena cultural que lleva el nombre de «Cena Jocosa» de Santa Catalina. En esta ocasión coincide nuestra celebración con la de Santa Cecilia, patrona de la música. Y a mi se me ha ocurrido unir en cierto modo ambas celebraciones, no para hablar de la Santa, a la que en estos días le están dedicando diversos conciertos, sino para establecer un vínculo entre el arte musical y la familia que hoy nos acoge. Y la verdad es que no ha sido fácil encontrar motivos para ello.*

*Hace ya más de un siglo, un compositor de gran relieve, uno de los más importantes que ha dado la música española de todos los tiempos y uno de los pocos cuya música ha traspasado nuestras fronteras, estuvo*

en una casa de esta familia, no precisamente en la que estamos, pero sí en una del mismo linaje. El pequeño Isaac Albéniz, el que sería después el gran Albéniz, cuando contaba la edad aproximada de diez años, en una de sus repetidas y largas escapadas, una de las cuales le llevó hasta América, visitó la casa del notario de Jaén, Eufrasio Bonilla, que estaba próxima al Convento de las Carmelitas Descalzas. Joaquín Gómez de Torres, lo comenta así:

Hablando de uno de los elementos que amenizaban la sociedad jiennense en su juventud, como la música, y de un concertista que vino a Jaén a dar un concierto de piano, en el que presumiblemente iba a interpretar el «Despertar del león», preludio alegórico a la revolución francesa que no tenemos el gusto de conocer y que al parecer estaba muy en boga en aquel momento, nos dice que «También convivió con nosotros una eminencia europea, Isaac Albéniz, cuando tenía diez años y ya nos deleitaba con su gran destreza. Aún parece que lo veo sentado en la banqueta del piano del Casino, tocando un «allegro vivace», producto de su rica fantasía y la voz de Almendros Aguilar diciéndole: Isaac, conviértelo en andante, y por su giro caprichoso lo transformó en una música suavísima sin perder el motivo que inspiraba el «allegro». La noche de Jueves Santo, –continúa– estábamos en la iglesia de las Descalzas con él, cuando llegó Pepe Bonilla y nos llevó a su casa, que entonces era de sus padres, pues estaba viudo de Aurora Fernández, y allí Isaac nos hizo oír una sentidísima melodía, propia de aquella noche en que los deicidas condenaban a Jesús Nazareno a muerte de cruz».

Rafael Ortega y Sagrista (Senda de los Huertos) también recoge la visita de este gran músico en la misma noche de Jueves Santo; primero estuvo el niño en la referida iglesia «con cara de sueño y cansancio» sentado entre dos jóvenes en uno de los escasos bancos que había arrimados a las paredes; después fue José Bonilla, hijo del referido notario, el que invitó al niño y a los jóvenes a la referida casa de anchas rejas y portada de piedra con un par de blasones. Nuestro querido Rafael con su singular estilo lo cuenta así:



Pedro  
Jiménez  
Cavallé

«Y allí, ante el viejo piano romántico, más clavicordio que piano, el pequeño Albéniz, vestido de terciopelo negro con ancho cuello de encaje blanco que se desbordaba por sus hombros, interpreta una melodía tan dulce y tan sentida, tan augusta e inspirada como lo requiere la noche sublime del drama de Jesús, noche de Pasión evangélica que revive cada año con intensidad angustiada en los corazones cristianos».

Esto ocurría el año 1870 cuando el niño prodigio nacido en un pueblo de Barcelona (Camprodón) había abandonado la casa familiar y se dedicó a organizar sus propios conciertos. A pesar de su edad tenemos que decir que cuando Albéniz llegó a Jaén para dar un concierto en el Casino Primitivo, ya había estudiado en lugares como París y Madrid y tenía experiencia concertística después de haber debutado a los cuatro años en el Teatro Romea de Barcelona. Ello significa que ya no sería un desconocido para el entusiasmado público de Jaén. En esa casa de los Bonillas aquel niño travieso, que voluntariamente había dejado su familia, debió encontrar algo más que el fácil y a veces frío aplauso, el calor de una familia, que junto a unos amigos le hicieron pasar unas agradables horas en Jaén, donde debió estar varios días, y en justa correspondencia él respondió como sabía, desde el teclado. Las tertulias en las casas solían ir acompañadas de música y el piano que era el instrumento de moda de aquel momento, no podía faltar en una familia acomodada siendo obligado su aprendizaje por parte, sobretodo, de las niñas de la burguesía del momento. El mismo autor citado, Joaquín Gómez de Torres, nos da una larga nómina de mujeres que tocaban el piano con más o menos acierto en aquella época, como la s señoritas de Guardia, o la señora Concha Almen-dros. El piano era casi un signo de riqueza y daba tono y buen gusto a quien lo tocaba, aunque sólo fuera medianamente, como era normal que ocurriera.

A pesar de que un músico como Albéniz, que tanta música andaluza escribió –siendo catalán– estuvo en nuestra tierra dando conciertos, –no sólo en Jaén, sino en pueblos como Úbeda y Linares–, no nos dedicó a los jiennenses ni una sola nota, como lo hizo con otras provincias. Granada, Sevilla, Córdoba, Cádiz, Almería, Málaga, están bien representadas en su música. A Jaén no le cupo la suerte de que un aire o son nuestro sirviese de excusa para una obra musical, dada la facilidad que para ello tenía este genio, y que de esa manera el nombre de Jaén estuviese paseando por las salas de conciertos de todo el mundo. Ignoramos si en alguna ocasión pasó por su mente, si tuvo algún proyecto de hacerlo, y fue la corta, pero intensa vida que le tocó vivir, la que se lo impidió.

Sin embargo, aunque el piano de Albéniz no quiso pasear a Jaén,



*Jaén sí paseo el piano, incluido el de Albéniz entre otros. En efecto, nuestro concurso de piano se ha encargado de llevar el nombre de Jaén a muchos, diversos y lejanos lugares a través de los ganadores que exhiben en su currículum el nombre de nuestra tierra.*

*A ello, precisamente, no fue ajena la familia de los Bonilla que esta noche amablemente nos ceden su preciada casa. Entre sus personajes no podemos olvidar la figura de don José Antonio de Bonilla y Mir, —que no estoy seguro de si fue o no nieto del que invitó al propio Albéniz—, cuya labor cultural para el Jaén del momento fue inmensa y la musical, a través del Instituto de Estudios Giennenses, del que fue Director durante muchos años, no le fue a la zaga.*

*A esta tarea en pro de la música nos queremos referir aunque sólo sea brevemente.*

*Su sensibilidad hacia la música se hace patente en varios apartados musicales, aunque el Concurso Internacional de Piano es su principal referente; así lo demuestran las publicaciones realizadas sobre el tema durante su dirección, el Cancionero de la Provincia de Jaén es un ejemplo, o las conferencias concierto que tuvieron lugar en la misma época; en este sentido destacamos la de 1956, celebrada en el salón de actos de la Real Sociedad Económica de Amigos del País en un acto organizado por el Instituto con motivo de los Centenarios de Mozart y Schumann. La conferencia estuvo a cargo del Director del Conservatorio de Música de Córdoba y Consejero de Número del Instituto, Joaquín Reyes, al piano intervino Ángel López Reyes interpretando música de Mozart y de Schumann. De este acto se conserva el saludo de don José Antonio invitando a instituciones y personas a la asistencia del acto.*

*Su inquietud musical, con la ayuda de otros consejeros, debió influir en que el tema de la creación de un Conservatorio de Música se plantease en el seno del Instituto donde a la propuesta del Sr. Vázquez solicitando la creación de un centro para la música se responde con la designación de Luis González López, Director de la Sección IV (Literatura y Música), con el fin de recabar ayuda, tanto del Ayuntamiento, como de la Diputación Provincial de Jaén. En 1953 se había constituido un Patronato del Conservatorio y el Instituto nombró como representante suyo al señor Molina Aserjo.*

*Pero sin lugar a dudas, y como hemos dicho antes, el principal referente de su labor musical es el Premio Jaén de Piano. A él, junto a Pablo Castillo, le tocó vivir, creemos, la etapa más difícil del Concurso. Eran los comienzos del premio: en 1951 hay un proyecto de bases para un*

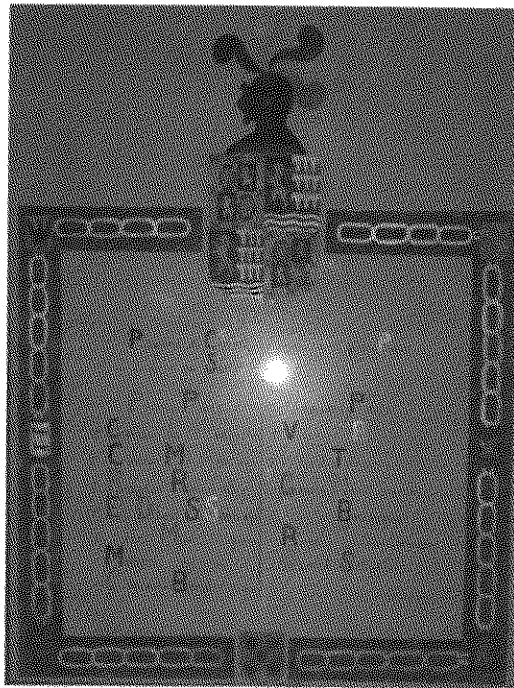
concurso, Premio «Diputación» 1951, organizado por el Instituto de Estudios Giennenses, a propuesta de Luis González López. Después llegaría el acta de la Comisión Permanente de 10 de marzo de 1956. En este caso a propuesta del Sr. Cobo Vera, y en nombre del consejero Sr. Castillo García Negrete, se solicitó el nombramiento del Jurado que había de calificar la actuación de los asistentes al Concurso de Piano, que estuvo formado por José Antonio de Bonilla y Mir, Eduardo Arroyo García-Triviño, Antonio Molina y Asenjo, Pablo Castillo García-Negrete, José Sapena Matarredona y Joaquín Reyes Cabrera; estos dos últimos, directores, respectivamente, de los Conservatorios de Música de Jaén y de Córdoba. Eran años de incertidumbre. Había que luchar contra la incredulidad de la gente, contra la de las instituciones a las que se requería su patrocinio, y probablemente contra la propia incredulidad, al no saber si aquella empresa tenía futuro. El fue Director del Instituto hasta que se hizo cargo Diego Jerez en septiembre de 1979. Ello significa que José Antonio de Bonilla, como director de la institución, y Pablo Castillo, como Consejero Delegado del Premio, fueron los encargados de llevar a buen término la empresa durante muchos años; cuántos desvelos para conseguir las subvenciones necesarias, para difundir el concurso con el menor gasto posible, para dotar al Premio de un Reglamento (el de 1974) con una normativa básica y así poder funcionar mínimamente, para imaginar un jurado de nivel con pocos medios..., y en definitiva para que todo esté a punto en el inicio de las pruebas de cada año. Sus nombres aparecen en la documentación de las diversas ediciones del concurso; el de José Antonio de Bonilla, en concreto, presidiendo el Jurado del concurso en varias ocasiones, presidiendo el acto de entrega de premios, como ocurrió en 1961, y en la convocatoria de las bases de muchos años. Durante esta primera y larga etapa con veinte y tres ediciones a la espalda el Concurso había conseguido categoría internacional y claro reconocimiento a todos los niveles. El objetivo estaba cumplido y todo gracias a personas como José Antonio de Bonilla y Pablo Castillo cuyos nombres merecen un lugar para el recuerdo en esta Cena Jocosa de Santa Catalina.

\* \* \*

Terminados los aplausos a la documentada intervención de Pedro Jiménez, Jaime de Bonilla contestó emocionado por el recuerdo hacia sus progenitores haciendo alusión a la pasión por la música que sentía su padre desde pequeño. Refirió aquellos veranos de Palma de Mallorca en los que los hermanos organizaron un quinteto al que procuraron dar la mayor seriedad y organización a pesar del carácter familiar que siempre tuvo. En esta vivienda Jaime conserva, enmarcados, algu-

nos programas de sus actuaciones. Con su orla y sus vivos colores parecen miniaturas. Están primorosamente dibujados a mano. De ello se encargaba el joven José Antonio de Bonilla.

Cuando los padres ya están mayores comprendemos muy bien la emoción de Jaime. Es algo que —como tantas cosas— las adquieres y comprendes con la edad. Ante el agradecimiento del anfitrión, Pedro Jiménez tomó la palabra para indicarle que solo hacía honor a la verdad porque cuando él entró en contacto con el Premio Jaén de Piano, escasamente conocía a su padre, lo que demostraba que no había hablado de él con pasión.



Ya habíamos terminado el segundo plato, una sabrosa menestra de verduras rehogadas con jamón, cuando Pedro Casañas me indicó que a continuación podía hablar de esos maestros de mi pueblo de los que yo algo le había contado. A continuación cogió su campanilla y anunció que llegaba mi turno.



Antonio Martos, Arturo Vargas-Machuca y Ángel Viedma

Soy de esas profesoras que a pesar de tantas transformaciones habidas en la enseñanza y que han tenido como resultado final tanto desengaño, aún sigo creyendo en mi profesión. Me gusta enseñar historia y lo intento cada día; pero no concibo el placer de enseñar historia en las aulas sin, al mismo tiempo, reconstruirla a través del mundo apasionante que encierran los archivos. Con la mezcla de estos dos amores, enseñanza e investigación, he compuesto lo siguiente:

### La enseñanza en Torres en la edad moderna

**P**ara acercarnos al mundo de la enseñanza en la Edad Moderna en este perdido rincón de Sierra Mágina, tenemos que partir de la realidad que definía el nivel de instrucción de aquellas gentes. Analizando varios libros de Escrituras Públicas, he comprobado que en la mayoría de ellas, los que las realizaban no sabían escribir, y así lo hace constar el escribano: «no firma porque no sabe escribir». Lo he podido acreditar para todos los oficios, tabernero, carnicero, carbonero, panadero, y un largo etc. Con ese panorama no debía ser fácil encontrar un buen profesional para la enseñanza.

Las primeras noticias sobre el maestro de Torres corresponden a 1553. En ese año, el «escolero», así lo llamaban, fue Pero Mexía y no debió desempeñar bien su trabajo porque antes de que terminara el año fue despedido. Hasta la década siguiente los niños torreños estuvieron sin maestro. En 1566 llegó otro enseñante a la población, y de nuevo surgió el descontento, porque el pobre desconocía las técnicas más elementales y rudimentarias de su trabajo: no sabía leer ni escribir. Como era de esperar, lo mismo que el anterior, fue despedido. Con premura se pusieron a buscar un nuevo maestro «ayá donde lo hubiere», decían, «es obvio que era difícil dar con ellos», pero era necesario, porque, según decían ellos «el que de presente sigue el oficio no es tal».

Empeñados en sacar a los niños de su ignorancia y tratando de suplir las carencias de los anteriores, redactaron las condiciones para admitir al nuevo profesional. Y todo lo que se les ocurrió exigirle fue lo siguiente: «que sea buen escribano y que enseñe». Pero eso era mucho, «era muy difícil», decían algunos. Con tal de encontrar ese mirlo blanco de maestro que debía ser aquel que supiera escribir y que además lo enseñara, estaban dispuestos a pagarle más de lo que el Cabildo en principio tenía estipulado.

Su gran quehacer debía consistir en enseñar a «leer, escribir, y la doctrina cristiana», en ese orden; pero, repito, eso debía ser casi imposi-

ble, porque al año siguiente la chiquillería continuaba sin encontrar cobijo en las aulas. Ante tal situación quejas como las que recojo a continuación no paraban de llegar al Cabildo: «no ay ningún maeso que enseñe a leer y escribir, de lo cual ay en esta villa muchos moços y muchachos perdidos».

Pasado el tiempo, ya metidos en el siglo XVIII, la presencia del maestro era algo cotidiano, distinto era el tema de su preparación. Por lo pronto su dedicación no era exclusiva ni mucho menos. Ejercía oficios tan dispares como el de relojero, sacristán, o fiel del peso de la carnicería, de la seda y de otros muchos productos.



Mª José  
Sánchez  
Lozano

Antonio Ximénez fue uno de aquellos torreños nombrados para desempeñar todas esas funciones. Evidentemente abarcaba mucho y en consecuencia apretaba poco. De sus muchos quehaceres, el preferido era el de sacristán y a él se entregaba en cuerpo y alma.

En una Semana Santa se permitió el lujo de insultar nada más y nada menos que al Alcalde Mayor, provocando tal escándalo que la procesión tuvo que suspenderse a los pocos minutos de salir de la iglesia. Tenía carácter D. Antonio y su celo como Sacristán bien lo demostró en esa ocasión. Sus otras ocupaciones no sé como las desempeñaría pero como docente era un auténtico desastre. Entonces no existían las APAS pero de haberlas habido, a buen seguro que hubiera terminado en la Inspección Educativa. En cualquier caso, y a pesar de que él se resistió empeñadamente, de la escuela lo expulsaron.

Los motivos para su despido estaban claros: dedicaba más tiempo a la iglesia que a los niños, a pesar de que, según veremos enseguida, sus nulas aptitudes para la docencia eran argumento más que suficiente para no desempeñar tan digno oficio. Veamos que decían de él sus coetáneos: «no era persona idónea para ejercer el magisterio de las primeras letras porque además de la grande ocupación que le asiste en la sacristía, como único sacristán menor desta iglesia, en la lectura es inperito, y más, en el escribir y quentas, sin guardar en los primeros particulares ni aún la

más leve ortografía». Realmente su permanencia al frente de la escuela era un auténtico disparate. Habían pasado más de dos siglos y las cosas del saber en Torres seguían igual de mal.

En su lugar nombraron ni más ni menos que al barbero. Diego Segura se llamaba, persona cuya preparación como enseñante, sin duda, era la misma. Ellos mismos lo reconocieron cuando despidieron a Ximénez «en el mismo defecto está incurso su sucesor», pero claro, como la cualificación no importaba, al menos tuvieron cuidado de que asistiera a la escuela ya que el barbero «estaba más desocupado». Menos mal, porque ese fue el único criterio que utilizaron para su elección: disponer de tiempo para poder asistir a la escuela. Tan solo con eso se conformaban. Y es que, con él, los niños seguirían sin aprender, pero al menos no estarían deambulando por los angostos y empinados callejones de Torres.

Pero bueno, quiero dejar claro que esta situación no era exclusiva de mi pueblo. La escasa preparación, o inexistente en nuestro caso, era un mal generalizado en la época. La iniciativa, no ya para mejorar el lamentable estado en que se encontraba la docencia, sino para ofrecer unos mínimos llegó de la mano de los ilustrados. De la mano de ellos, en el siglo XVIII, las luces también llegaron a la enseñanza. No olvidemos que fue una de las cuestiones que más mimaron. El Estado le prestó especial atención. No en vano la consideraban uno de los pilares básicos de su proyecto, y en consecuencia, desde el reinado de Felipe V se sucedieron disposiciones reales encaminadas a mejorar la calidad de enseñanza.

Hasta entonces, a los torreños, no les había quedado más remedio que conformarse, era «preziso acomadarse con los (maestros) que ha habido buenos o malos». Pero con la publicación de una ley durante el reinado de Carlos III, pasaron a encontrar soluciones, porque la normativa recogía claramente unos requisitos que permitirían cierta calidad en la enseñanza, como era el caso de tener que pasar por un examen sobre la doctrina cristiana.

En Torres se fijaron edictos públicos anunciando la convocatoria para cubrir la plaza de maestro de escuela. El nombramiento recayó en Juan Gregorio Ximénez. Era vecino de Baeza y tenía 36 años. Su valía profesional quedó patente en el transcurso de unas pruebas que hábilmente superó. Con él, los quebraderos de cabeza que traía la cuestión de los maestros, de momento, llegaron a su fin.

Hasta aquí, como hemos visto, solo hablan de instruir a muchachos, a las muchachas no se las menciona, pero cuando los ilustrados postularon sus procesos de cambio, en el campo de la enseñanza, no excluyeron a la mujer, aunque lógicamente con matices como veremos enseguida.

*Una Real Cédula de Carlos III daba posibilidades a las mujeres y niñas de acceder a la enseñanza, claramente exponía que: «La educación de la juventud no se debe limitar a los varones, por necesitar las niñas también de enseñanza, como que han de ser madres de familia».*

*El padre Feijoo también se pronunció sobre la necesidad y posibilidades del acceso de la mujer a la enseñanza: «aquellos que ponen tan bajo el entendimiento de las mujeres ..., son indignos de admitirse en la disputa... Ven que por lo común no saben sino aquellos oficios caseros a que están destinadas». Y termina diciendo «...que las mujeres no sepan más no se infiere que no tengan talento para más».*



Jaime de Bonilla y Manuel López Pérez

*Y a Torres también llegaron las luces para las mujeres. Cuando solo faltaban dos años para que estallara la Revolución Francesa, en 1786, Leonor de Almagro y Rodríguez, fue nombrada maestra. Era la primera vez que el nombre de una mujer aparecía en la nómina de enseñantes. Eso sí, cobraba menos de la mitad que su compañero de profesión. Y en cuanto a los méritos a evaluar tampoco fueron los mismos. A doña Leonor le valoraron para el ejercicio de su profesión «ser mujer de estado honesto...de las primeras familias de este pueblo, recogida, honesta, con buenas costumbres, cristiana, y además no tiene padres».*

*Pero como dije antes, la situación no era privativa para Torres. Todas las condiciones estaban en la línea de la normativa vigente que decía así: «Lo primero que enseñarán las maestras a las niñas serán las oraciones de la Iglesia, la doctrina cristiana por el método del catecismo, las máximas de pudor y de buenas costumbres; las obligaron a que vayan limpias y aseadas a la escuela, y se mantengan en ella con modestia y quietud». Para cubrir esos objetivos las cualidades de la maestra eran óptimas, y el pueblo entero se felicitaba por ello.*

*A finales de siglo doña Leonor seguía ejerciendo su trabajo porque para eso reunía sus buenas cualidades, y en consecuencia continuaba siendo la «maesa de miga que enseña a coser y educa a las niñas deste pueblo». La situación, sin duda, había mejorado, y la enseñanza pasaba a estar atendida dignamente para todos.*



Francisco Cano y Antonio Martínez Lombardo

Cuando terminé, Antonio Martínez Lombardo, que esta noche no ha venido con sus Ripios, y los echamos de menos, me contó que su madre, María Lombardo, había sido maestra en Torres por los años 1936 y 1937. Entonces se alojaban en casa de «*La Ligerica*» que vivía en la calle Mayor, y él, con su bicicleta se desplazaba todos los días a Jaén para atender a sus enfermos del hospital. Después he leído en una de las crónicas de la *Cena Jocosa* sus emotivos recuerdos hacia el Hospital de San Juan de Dios, lugar donde se incorporó trabajar en mayo de 1936.

Seguimos charlando y el vino rodó sobre el flamante cuaderno azul en el que con rigor trataba de anotar todo. Rápidamente lo rescaté y ahora, con sus hojas manchadas de rojo, forma parte de los recuerdos materiales de esa noche.

Faltaba muy poco para que el reloj diera las dos campanadas de la madrugada. Habíamos terminado con el postre, una refrescante y succulenta ensalada de frutas, elaboración y atención de Esperanza Casañas Llagostera, cuando precisamente su hermano Pedro Casañas relató con su especial serenidad, yo considero que es un don, un sinfín de anécdotas de los hombres del siglo XIX y principios del XX. A todos los conoce, de todos sabe algo, cuando no mucho. Esto fue lo que dijo.



## Personajes de un rincón jaenés y de una anécdota ocurrida en él

Amigos:

Han pasado muchos años  
y según la memoria mía,  
creo que cincuenta, más o menos,  
de aquella gran transformación que tuvo  
nuestra querida plaza de Santa María.

Y aquel cambio tan notable  
y tan brusco en su fisonomía,  
que rompía en mí aquel molde primario,  
fue causa para que como impronta  
quedase grabada en la memoria  
aquella añeja figura  
de la Plaza de Santa María.

Todo había cambiado, y sin embargo,  
en la mente estaban fijas y bien grabadas  
aquellas estampas viejas, estampas vivas,  
recuerdos tan entrañables  
los de mi plaza de Santa María.

Habían desaparecido  
aquellas hermosas farolas  
que centraban la plaza  
y aquellas rayas en el suelo  
que de pequeño yo corría,  
y el viejo kiosko de las chucherías  
y el gran tablado que el viento arrastraba,  
cátedra de la música local  
donde asentaba sus reales  
nuestra Banda Municipal.

Y porque recuerdo de aquella plaza  
y de la calle Maestra no se perdiera,  
tomé nota de mis recuerdos,  
hice esfuerzos de memoria,  
con ánimo de hacer, como un romance  
descriptivo y recordatorio  
de tantas vivencias y añoranzas  
a fin de que quedaran vivos,  
vivos para la posteridad.



Pedro  
Casañas  
Llagostera

Iniciaba aquel, casi infantil romance  
de esta guisa, de esta manera:  
¡Ay Plaza de Santa María  
y calle de Maestra Baja!  
mentidero que habéis sido  
de este Jaén de mi alma,  
quiero traer a la memoria  
recuerdos y nostalgias,  
emociones que dejaron huellas  
profundas y tan bien marcadas.

Mal perguñados versos  
continuaban estas sentidas semblanzas,  
y ocurrió, como en tantas y tantas  
cosas que en esta vida pasan,  
que pasaba y pasaba el tiempo  
y no llegué a completar el romance  
para esta tan jaenera causa.

Sin embargo, una pequeña parte de él,  
si me quedó bien grabada,  
y esta es la que quiero referiros  
en esta noche entrañable  
de nuestro Jaén en su otoñada.

Es la parte referida a un casino,  
casino, círculo, club o tertulia  
que junto a la episcopal morada  
tenía su acomodo y asentamiento  
señalado con singular muestra matemática  
que bajo el largo balcón lucía  
y sobre la hermosa cristalera mostraba  
claramente indicando el número  
de los socios que la componían.

Portalillo del Seis por Cuatro  
que es igual a Cuatro por Seis,  
y si a cuentas vamos  
y dado que el producto es Veinticuatro,  
que más nos dará decir  
Seis veces Cuatro que Cuatro veces Seis.  
Parece conveniente y correcto  
indicar para conocimiento de ustedes,  
mis queridos compañeros,

que puesto que el local se le decía El Portalillo  
a todos los que componían este corrillo  
se les conocía como Portalilleros.

Y puesto que tengo vivas en mi memoria  
las figuras de aquellos venerables caballeros  
pretendo relacionar para nuestra historia  
los nombres de los que por allí conocí,  
en el Portalillo,  
como tales Portalilleros.

Ahí va la relación,  
y perdón por si se olvidara  
el nombre de algún varón  
de esta tan jaenera mesnada.

A la vecina Santa Iglesia,  
dos personajes la representaban:  
el atildado y pulcro Arcediano  
don Juan Aragón Serrano,  
junto a aquel prebendo grandullón  
Martínez Poyatos, don León.

Del cercano y municipal Consistorio,  
el sempiterno e ilustre Secretario  
don Antonio de Gregorio,  
y siempre junto a él, el probo funcionario  
don José Alonso Berbel.

De la giennense farmacopea  
dos ilustres boticarios se adivinan:  
aquel de la pajarita  
que en la rebotica tanto conjuga,  
es don Manuel Suca Queiruga,  
y aquel de estirada presencia  
que farmacia y arqueología combina,  
es don Ramón Espantaleón Molina.

No habría de faltar la medicina  
a este círculo original,  
y a los tres galenos que recuerdo  
presto los voy a enumerar:  
De asuntos tocantes al cerebro,  
Gutiérrez Higueras, don Juan Pedro;  
relativo a la traumatología,

Comas Tarragona, don José María  
y de esas partes del cuerpo que no se ven,  
el doctor Gómez Soriano, don José.

La presencia de nuestro comercio  
a esta empresa no podía faltar:  
de un lado, a un Azucarero veo,  
al Sr. Ruiz Vilchez, don Mateo,  
y de otra parte,  
a un comerciante de diversos menesteres,  
don Lucas Espinosa Pérez.

También la notable Arquitectura  
tenía presencia en esta nomenclatura:  
así podemos enumerar  
a un gran profesional de primera,  
don Francisco de Paula López Rivera,  
y al particular Arquitecto Municipal  
varón, de mucha veteranía,  
Sánchez y Sánchez, don Antonio María.

De la más variada profesión  
estaba el Círculo bien representado:  
don Mariano Velasco Córdoba  
que fue del Magisterio Habilitado;  
un militar de distinguido grado,  
don Enrique Cabezudo Casado;  
un Corredor, en asuntos de dineros,  
don Cipriano Medina Armenteros;  
un joven profesor de inglés  
que ya se decía que mucho brilla,  
don José Gómez Zorrilla;  
un Fiscal de Tasas, también militar  
de puntiaguda barba hasta la pechuga,  
don Germán Portillo Belluga,  
y por haber, ahí es nada,  
hasta el Juez Municipal de Jaén,  
don Pedro Esteban y García de Quesada.

Debido a sus negocios, política o dinero,  
algunos socios, de vez en cuando  
no acudían por el mentidero.  
Así tenemos por ejemplo:  
por su dilatadas labores aceiteras,

a don José Fiestas Contreras;  
un letrado siempre de risa burlona,  
don Fernando Pérez Serrabona,  
y otro letrado que por su mucho trabajo  
nunca la toga se quita,  
el político don Virgilio Anguita.

Para terminar la relación  
y como última tacada  
a fin de completar el glosario,  
hacendados García de Quesada  
don Manuel y don Pedro, contad  
y está completo el inventario.

Quiero sin embargo añadir  
el recuerdo a un notable personaje  
que en sus últimos tiempo conocí,  
y que fue de esta Sociedad  
principal portalillero,  
y cuando este personaje se fue  
dejó el Portalillo de sonreír,  
era don Manuel Ruiz de Córdoba  
inolvidable Manolito Ruiz.

\* \* \*

No debe causar extrañeza  
que a esta tan original reunión,  
algunos amigos por amistad se pegan,  
y los portalilleros fijos son de opinión,  
que si agregao se le dice al que se agrega  
naturalmente, pegao debe ser el que se pega,  
llegando claramente a la conclusión  
y queda del todo aclarao,  
que aquel que viene y no es de la reunión  
aquí se le llama pegao.

Pegao siempre a la espera  
en espera sin compasión,  
de que algún fijo acabe sus días  
para dejar libre el sillón.

\* \* \*

Mil y mil cosas y anécdotas  
salidas de este Portalillo  
podríanse contar y contar,  
mas, como para muestra se suele decir  
que basta con un botón,  
el botón de esta muestra os lo voy a referir,  
haciendo la salvedad  
de que la anécdota que cuento  
no es de la época por mi conocida,  
sino de bastantes, bastantes años atrás.

Así pues,  
este sucedido que quiero relatar,  
lo aprendí, años ha,  
por la vía más directa  
que es la comunicación oral,  
y la aprendí de un caballero  
portalillero de vocación  
apellidado Espantaleón Molina  
y de nombre don Ramón.

Con el empaque que tenía  
este boticario singular,  
un día cualquiera,  
de los muchos que con él compartí,  
ese día cualquiera  
esto me vino a contar.

Escuchad:  
Siendo don Virgilio Anguita Sánchez  
Director General de Bellas Artes,  
pasaba unos días en Jaén,  
receso en sus asuntos oficiales,  
y como portalillero de número  
como un rito, a diario acudía  
a estar un rato, a cambiar impresiones,  
a enterarse de las cosas  
de que por este Jaén sucedían.

Era una tarde casi veraniega  
y como calor se pasaba ya en el interior,  
la tertulia portalillera  
asentó fuera sus reales,  
justo frente a la puerta  
de las moradas episcopales.

Allí se hablaba ¿qué se yo?  
nos lo podemos figurar,  
de todo como en botica;  
del cercano Ayuntamiento, bien o mal  
dependiendo del partido  
que rigiera la Casa Municipal.

De los chismes locales  
imposible pasar de ellos,  
pues había que tener presente  
que una ciudad se tendría por poca,  
si no tuviera diversos chismes  
que poder echarse a la boca.

En fin, como ya digo, de todo:  
del Gobernador que se ha ido  
o del que acaba de llegar,  
de la cosecha de la avecina  
y hasta del Deán de la Catedral  
por unas ventas catedralicias  
que tanto están dando que hablar,  
del ilustre don fulano que ha muerto  
o de la subida de la Contribución  
o, de aquella dama tan joven,  
tan honestita y tan piadosa,  
que sin saber porqué,  
tan de pronto se casó.

Mas en fin, perdón por el desvío  
y vamos a lo que vamos,  
que si nos salimos del tiesto  
de lo que pretendo explicar perdemos  
de su esencia el contacto.

Es de todos conocido  
que en tertulias distendidas  
y en las más coloquiales charlas,  
se produce a veces, no se porque,  
quizás porque el tema decae,  
unos momentos de silencio, una pausa,  
silencio o pausa que siempre  
alguno de los interlocutores rasga.

Y en este caso lo rompió don Virgilio  
tan ufano como estaba

por el puesto de tan alta categoría  
que en el Ministerio ostentaba.

Y lo rompió así, de esta guisa,  
así, en voz alta  
para que todos se enteraran.

Amigos:

Como recuerdo de mi paso  
por esta Dirección General  
me gustaría hacer por Jaén  
algo de carácter genial,  
algo que por siempre perdurara,  
algo sonado para que mi pueblo  
por siempre de mí se acordara.

Atento a esta espontánea expresión  
estaba don Manuel Ruiz de Córdoba,  
Manolito Ruiz, ese genial jaenero,  
el más puntual portalillero  
siempre buscando ocasiones  
de hacer alguna de la suyas,  
de cuyas muestras dicen  
que había más que botones.

Nos lo podemos figurar.  
Abrió su pitillera de plata,  
tomó un cigarrillo,  
dio unos golpes con él en la pitillera,  
lo colocó entre los labios  
tomó el encendedor, prendió el pitillo,  
inhaló el humo y, lanzándolo hacia arriba,  
se dirigió a don Virgilio que  
naturalmente algún comentario esperaba,  
y con la cachaza zumbona que le caracterizaba  
esto vino a decir, muy serio,  
pero con gran solapada chanza.

Amigo Virgilio,  
sinceramente te lo digo,  
lo que acabas de expresar  
en verdad que me ha llegado al alma,  
me ha conmovido, te lo digo de verdad,  
mas si quieres realmente  
en este tu Jaén



imborrable huella dejar  
y que por siempre sus habitantes  
se acuerden bien de tí,  
escucha esto que te voy a decir.

Ya que tu puesto es de tanta altura  
y tus miras son tan altas,  
¡manda blanquear el Castillo!  
y verás como sin pausa,  
Jaén por siempre se acordará  
de tí, de tu madre y de toda tu casta.

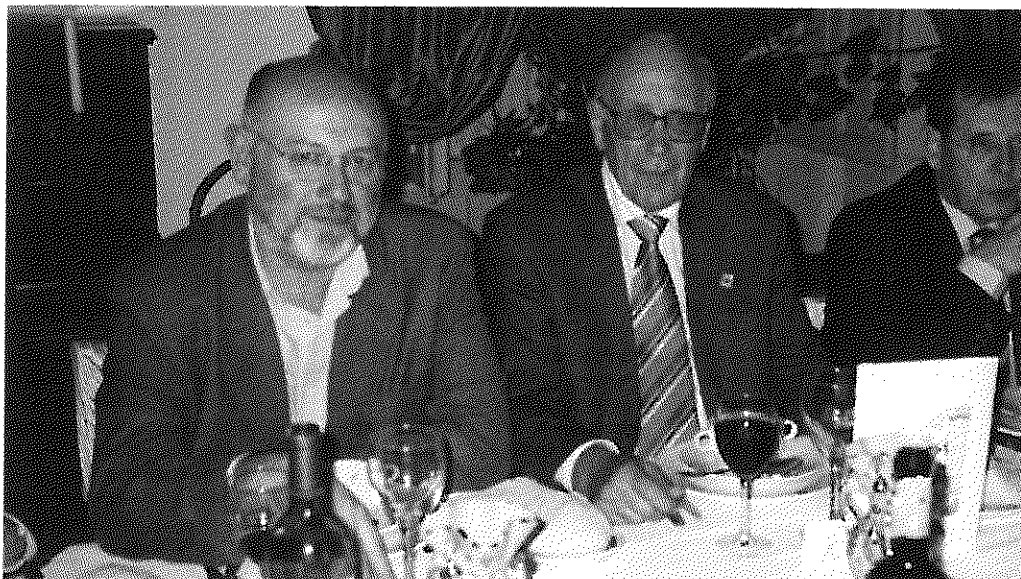
\* \* \*

Y esta es amigos la anécdota  
que remata mi intervención  
y que como ya digo,  
un cualquier día me contó  
con ese gracejo que le daba  
el docto boticario don Ramón.

Naturalmente, obvio es decirlo,  
que la duda os despejo  
y a las pruebas me remito,  
que el chusco y particular consejo  
que Manolito Ruiz había dado,  
el versado leguleyo don Virgilio  
no cumplió, por descontado.

Y ahí tenemos nuestro Castillo  
lindo y guapo de verdad,  
tocado de barniz añejo  
que le dispensa su antigüedad,  
coronando con señorío  
el pétreo dosel que cobija  
a esta mi jaenera ciudad.

\* \* \*



Juan Eslava, Luis Coronas y José García García

La intervención de Pedro Casañas fue muy aplaudida y enseguida los que estábamos a su alrededor fuimos a preguntarle algunos pormenores sobre los portalilleros. Él insistía en los muchos recuerdos que de ellos guardaba, especialmente de Ramón Espantaleón. Recordaba Pedro que en su tiempo de administrativo del I.E.G., el señor Espantaleón que a la sazón era Secretario General, le contaba infinidad de cosas. Empezaba por la genealogía, explicándole de quién era hijo éste y aquel



José García, Antonio Casañas y Francisco Cano

y podía terminar con los asuntos más enrevesados. No es extraño que ese joven que tan atentamente se empapaba de tradición oral con el tiempo, respaldando sus conocimientos a través de los archivos, se convirtiera en un gran conocedor de los temas giennenses.

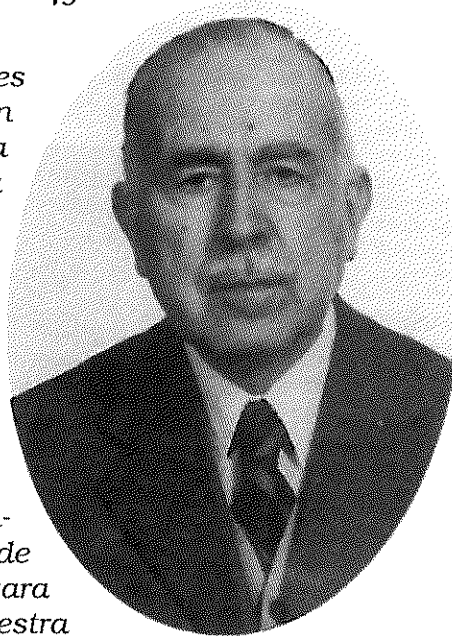
A las dos y veinte minutos, con el relajamiento que acompaña a la hora pero todavía con ganas para reír las ocurrencias de Pepe García en torno a unos extraños movimientos de la mesa a los que no dábamos ninguna explicación cabal, el *Prioste* nos avisaba de que la última intervención de la noche iba a comenzar. Como la velada iba de sensaciones misteriosas volví a pensar en los duendes para hacerlos responsables del vaivén de la mesa, pero enseguida Manuel López Pérez se puso de pie y al instante todos estábamos dispuestos a escucharlo conscientes de que con sus intervenciones somos capaces de desprendernos de la realidad porque él no introduce en esos ámbitos históricos que con tanta destreza sabe construir. Tal es la facilidad con que va tejiendo su relato. El que preparó para esta noche decía así:

### **Recuerdo y elogio de don José Antonio de Bonilla y Mir**

*Allá por los años primeros de la década de los sesenta, Atonio Villargoldo, un excelente periodista que aquí ejerció como fugaz director del diario Jaén, aconsejaba como salutífero ejercicio a practicar de vez en cuando, el «...cerrar los ojos, abrir el alma... ¡y recordar!...».*

*Y ese ejercicio estoy seguro que es el que más de uno venimos poniendo en práctica desde los prolegómenos de esta cena, o quizás desde la entrada en esta hermosa «Casa de los Bonilla», tan significativa para los hijos de Jaén.*

*Particularmente, si yo cerrase los ojos y me abandonase al íntimo sopor de los recuerdos, me veía con un buen puñado de años menos, cargado con el hatillo caótico de las ilusiones juveniles, ascendiendo expectante por la señorial escalinata en compañía de Vicente Oya y Juan Eslava, con la esperanza de que don José Antonio impulsara y apoyara aquella quimera soñadora que fue nuestra*



José Antonio  
de Bonilla  
y Mir

*Tertulia Literaria «El Lagarto Bachiller»... O vería en alguna desapacible atardecida invernal, mientras la lluvia martilleaba cansina en las vibrantes cristalerías, despachando, sin prisa y mano a mano con don José Antonio, el fárrago burocrático-académico de nuestro querido Instituto de Estudios Giennenses del él se ocupaba y preocupaba incluso cuando los achaques le impedían salir a la calle... O reviviendo, con la frescura de hoy mismo, aquellas gratisimas tertulias post-conferenciales en que Chueca Goitia o Hernández Díaz desmenuzaban con su reconocido magisterio un tema, entre las rotundas exclamaciones de Paco Espinar, las sentenciosas puntualizaciones de Rafael Ortega Sagrista, las sanas carcajadas de don Manuel Caballero y la vitalidad permanente de don José Antonio a la que ponía contrapunto la chispeante simpatía de doña María, que diluía tan académicos coloquios con su cordialidad y gentileza de anfitriona...*

*La reunión que estábamos celebrando, la hidalga hospitalidad con la que Jaime Bonilla y su esposa nos están distinguiendo, nos lleva, inevitablemente, a rescatar de la niebla de los recuerdos la figura de don José Antonio de Bonilla y Mir, de cuya mano más de uno anduvimos por estos salones tan significativos para la historia del Jaén contemporáneo.*

*De don José Antonio podríamos o tal vez deberíamos decir y ahora, algunas parrafadas corteses, obligadas o protocolarias.*

*Quizás habría que evocar su perfil biográfico, que no es otro que el de un hombre entregado al servicio de su tierra.*

*Nacido en Jaén un 17 de enero de 1909, Licenciado en Derecho por la Universidad Central. Abogado en ejercicio en los ilustres colegios de Jaén, Madrid, Granada o Palma de Mallorca... Seguidor fidelísimo de caballerescos ideales patentizados en su pertenencia al Real Cuerpo de Caballeros Hijosdalgos de la nobleza e Madrid, Real Cuerpo de la Nobleza de Cataluña, Real Estamento Noble del Principado de Gerona, Unión de la Nobleza del Antiguo Reino de Mallorca, de la Sacra y Militar Orden Constantiniana de San Jorge, Marqués de Bagnuli... Cultivador incansable de las Letras y las Artes en las Reales Academias de la Historia y Bellas Artes de San Fernando, en la de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en la Mallorquina de Estudios Genealógicos, en el Instituto «Salazar y Castro» del CSIC... Monárquico, cuando para serlo había que pagar un precio o correr un riesgo.*

*Pero todos estos brillos quedan eclipsados cuando nos acercamos a su permanente e irrenunciable vocación de jaenés.*

*Por amor a su tierra sacrificó en su madurez otros horizontes legítimos y apetecibles y se vino a esta casa de sus mayores, desde la que le era imposible cubrir con efectividad varios frentes.*



Pedro A. Ruiz,  
M<sup>a</sup> Isabel  
Sancho y  
Gloria  
Lodares

*Pese a que sus convicciones idelógicas siempre estuvieron definidas y bien cimentadas y por eso precismanete no le atraía el jercicio personal de «la política», en dos ocasiones –1941 y 1946– aceptó la presidencia de la Diputación Provincial, entendiendo que con ello disponía de capacidad de maniobra para su irrefrenable deseo de «hacer cosas» por y para Jaén.*

*Y desde luego las hizo. Quizás la más ilusionadas, la creación del Instituto de Estudios Giennenses, cuya dirección ostentó de 1953 a 1986.*



Juan Cuevas,  
Pedro A.  
Galera y Luis  
Berges



Mª Isabel Sánchez y Juan Higuera

*Está por hacer el análisis objetivo y metódico de lo que la figura de don José Antonio supuso en el páramo cultural de aquel Jaén de 1940, 1950, 1960..., en que tantos proyectos alentó y tantas realidades cimentó.*

*Y digo que está por hacer, ya que aquí solemos ser bastantes cicateros e incluso tremendamente injustos a la hora de valorar a nuestras gentes. Quizás por eso es necesario que pasen los años para poder evaluar con la suficiente objetividad la calidad de estas figuras locales.*

*Ahora bien, es seguro que si aquí hiciésemos colectivamente una somera disección de muchas de las cosas de que hoy nos ufamamos en el ámbito de la cultura provincial, en el fondo, inconfundible, rotunda, persistente, veríamos la sombra de don José Antonio. Porque él, a su machacona insistencia, a su incansable martilleo, debemos la espléndida realidad actual de nuestros archivos.*

*Fue él con la asidua compañía de Rafael Ortega y Enrique Toral, quien en los albores de la década de los años cuarenta inició con sus propias manos la recuperación de nuestros fondos documentales más significativos –Archivo Diocesano y Archivo de Protocolos– para los que además gestionó unas instalaciones realmente espartanas pero básicas y eficaces y a los que durante una larga etapa surtió de voluntariosos becarios en los que supo contagiar su celo y entusiasmo. Soy testigo privilegia-*

do, por ser uno de ellos, del ferreo marcaje con que don José Antonio hacía restanbilizar la parva soldada de tales becas, con las que paso a paso, papel a papel, se fue cimentando esa hermosa realidad archivítica en la que hoy beben nuestros universitarios e investigadores. Fue él, moviendo amistades e influencias en amistosa complicidad y sintonía con el benemérito de don Inocente Fe, quien consiguió rescatar, de la entonces indiscutible e inaccesible «autoridad militar», el edificio del Museo Provincial, al que con hábiles estrategias jurídico-administrativas dotó de director facultativo y con él de esperanzas de apertura y engrandecimiento.

Está, aunque nadie lo crea, la figura de don José Antonio detrás de la Casa de la Cultura; de la consolidación y expansión internacional del Premio «Jaén» de piano; de la restauración de muchos de nuestros monumentos; de la providencial salvación de algún que otro edificio...

Los papeles viejos y las piedras nobles fueron siempre su debilidad en su defensa se entregó sin reserva, sacrificando, incluso, por falta material de tiempo su propio quehacer de investigador. Puedo certificar con asiduas visitas al entonces solitario y gélido Archivo Histórico Provincial, en la calle Julio Ángel, para impulsar la benedictina paciencia de aquel gran archivero, don Melchor Lamana y de paso interesarse por los titubeantes comienzos de los mozalbetes que allí, entre silencios y soledades, nos inciábamos en el apasionante mundo de la investigación... Como soy testigo de los berrinches que sufrió a nivel personal, con desafueros tan significativos como la absurda demolición del convento de La Concepción, o la trituración en gravilla de las laudas sepulcrales de la parroquia de San Ildefonso.

Sin presupuestos..., sin apoyo funcional ni infraestructura administrativa..., con tan sólo el impulso irrefrenable de su entusiasmo, la garantía de su integridad y la vitola de su amor a Jaén, don José Antonio, desde esta casa o desde el modesto despacho de su querido Instituto de Estudios Giennenses consiguió para Jaén cosas que en algún momento se creyeron inalcanzables; la semilla de un Colegio Universitario, la recuperación «in extremis» de la Santa Capilla de San Andrés, o el rescate de la joya medieval del Fuero de Iznatoraf.

Ese fue su quehacer cotidiano. Luego, cuando los años y las dolamas le fueron alicortando los vuelos, tuvo la elegancia de alejarse de puntillas, discretamente. Tan discretamente que no dio ocasión a que se le impusiera con los debidos ecos la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, reconocimiento merecido a toda una vida al servicio de la cultura giennense, distinción que en 1982 le concedieron, no sin vergonzosas restincencias, tras la solidaria petición de muchas instituciones.

*Y en Madrid un 28 de marzo de 1989 nos dijo adiós, aunque sin poder sustraerse a un viaje postrero para descansar en «su» Jaén y entre los suyos en el panteón familiar del romántico Cementerio de San Eufrasio.*

*Si este encuentro anual de los «Amigos de San Antón», aparte de ser fraterno ágape quiere ser un sincero homenaje a personas e instituciones que tuvieron a Jaén como objetivo prioritario, la circunstancia de reunirnos precisamente en esta casa nos debe impulsar a evocar la figura amiga y maestra de don José Antonio de Bonilla y Mir, esta noche tan cercana en nuestros afectos, aunque ahora viva en aquella distante morada de la que sólo se vuelve, puntualmente, para resucitar en el amor y los recuerdos.*

## El Himno a Jaén anuncia el final de la noche

**T**ras los aplausos a Manolo, la sobremesa de rigor venía acompañada de yemas de las Descalzas, roscos de anís y frutas confitadas. Y para pasarlas bien, nada mejor que regarlas con anís Castillo de Jaén y Crema de Café. Ambas bebidas procedían de las destilerías de Ángel Tirado. Hace ya más de ochenta años que su padre, Esteban Tirado, comercializaba el anís con el nombre de «La Magdalena» y a finales de la década de los sesenta del siglo pasado se hizo cargo de las bodegas poniendo al anís la denominación que actualmente lleva: «Castillo de Jaén».

Yo estaba repleta con la ensalada de frutas, pero ante la insistencia de Juan Higuera, me animé a probar la golosa repostería y algunos más se unieron a la degustación. Cuando apenas quedaba rastro de las yemas, roscos y frutas que habían alargado plácidamente la velada, el *Prioste* ponía punto final a una cena más. Ya sólo quedaba para dar fin a la noche entonar el himno de Jaén, de modo que a continuación nos pusimos en pie y comenzamos a cantar con profundo sentimiento, porque como decía nuestro querido Felipe Molina, los que acudimos a la *Cena Jocosa* no sólo residimos en Jaén, sino que también Jaén reside en nosotros. El maestro Cebrían con sus acordes, lo mismo que Federico de Mendizábal con su letra, supieron transmitir en el himno la esencia de nuestra tierra, hasta el punto que pocos giennenses habrá que no se estremezcan oyendo o cantando a nuestra *«bella ciudad de luz»*.

Y si de todo he de dejar constancia. Tengo que añadir que aún continuamos alargando la noche con las inevitables despedidas. Mientras recogíamos los abrigo, el padre Casañas me hablaba del contraste entre Pero Mexía y los excelentes maestros que mi pueblo ha tenido y



que él ha conocido. Me acerqué a los anfitriones para agradecerle su hospitalidad y una vez más me ofrecieron su casa.

En una mesita estaba apostado Antonio Martos cumpliendo con pulcritud la misión a la que nos tiene acostumbrados año tras año. Con asombrosa rapidez y desenvoltura anotaba los números de las crónicas del año anterior que cada uno nos llevábamos. Así, nuestras bolsas se fueron llenando. A las crónicas añadíamos la pieza de cerámica que el *Prioste* había elegido como todos los años para que forme parte de los recuerdos de tan entrañables encuentros. Siempre son piezas de cerámica de Arjonilla, pueblo de gran actividad cerámica que aunque no goza de la tradición ceramista de Andújar, durante mucho tiempo abasteció a los alfareros iliturgitanos por la calidad de sus barros. La pieza de este año es muy lucida. Es una jarra. Nada más verla me recordó a las jarras grotescas de Andújar, pero

en realidad, como después pude comprobar, el modelo, con sus cuatro picos para el agua y otras tantas asas, respondía a la denominada «Jarra de los Estudiantes».

Poco a poco fuimos saliendo por el viejo portalón dejando que en la casa volviera a reinar la calma. Al salir nos recibió el silencio solemne de la noche. Y charlando con Pedro Jiménez Caballé, Maribel Sancho y Pepe García bajé la calle Ramón y Cajal abriendo y cerrando el paraguas para protegerme de las finas gotas de agua de una nube despistada.

Como dijo Antonio Alcalá Venceslada, otra inmortal *Cena Jocosa* había pasado con sin igual fortuna; y yo llegaba a mi casa pletórica de hermosos sentimientos de amistad y camaradería.



Jaime de Bonilla en su intervención



Casa-Palacio de Cobaleda Nicuesa  
(Dibujo de José Antonio de Bonilla y Mir)



San Antón Abad.  
En el Monasterio de  
Santa María de Lobeña.  
-Cantabria- (Iglesia  
Mozárabe. Siglo X)



**Addenda**  
a la crónica de la Cena Jocosa del  
año 2003

De lo que Miguel Calvo Morillo hubiera dicho,  
y que no lo hizo debido a una ligera indisposición  
que le privó de asistir.

Y de lo que por falta de tiempo no pudieron  
contarnos Antonio Martos García y  
José García García



## Miguel Calvo Morillo a León Herrera y Esteban

*In memóiriam*

En la calle San Andrés  
me dijeron que habías muerto.  
Mi memoria, sorprendida,  
subió al Castillo corriendo  
para buscar las pisadas  
de nuestro último encuentro.  
Fue una noche de noviembre.  
En el cielo azul y negro  
rutilaban las estrellas  
tal vez con frío o con sueño.  
Abajo, Jaén, dormía  
como una brasa de incienso.

Cenamos en hermandad  
cumpliéndose un mandamiento.  
Lo que se dijera allí  
lo fue anotando don Pedro,  
el Prioste generoso  
que milagrea lo incierto  
para hacerlo realidad  
cada vez con más empeño.

El perfume del pinar  
-gigante butafumeiro-  
honró a Santa Catalina  
tribulando su cerro.  
Era ya la despedida.  
El adiós pausado y lento  
y la promesa de siempre:  
«en noviembre nos veremos»,  
si Dios quiere, claro está,  
que Dios, siempre, es lo primero.



En la calle San Andrés  
me dijeron que habías muerto.  
No lo quería creer.  
Las palabras como acero  
me hirieron el corazón  
y se hicieron padrenuestro.

No se cumplió la promesa:  
«en noviembre nos veremos».  
León Herrera y Esteban,  
como eras un buen jaenero,  
por una calle de luna  
te fuiste con «El Abuelo».  
Un olivo de nostalgia  
creció dentro de mi pecho.  
El ciprés de «La Capilla»  
por Tí lloraba en silencio  
y la mañana otoñal  
se empañó como un espejo.

Jaén, otoño 2003

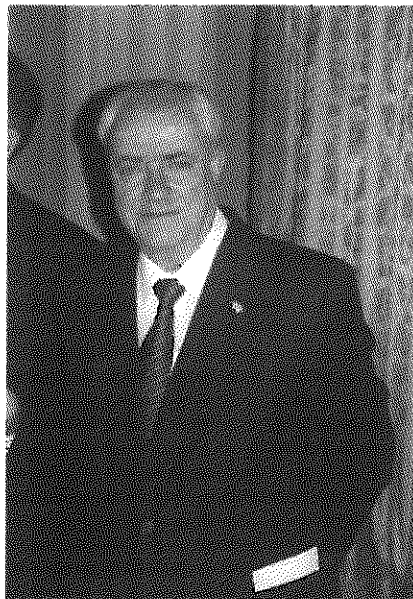


## Recordando a don León

Amigos:

Consecuentes con la antañona misiva que nuestro particular muñidor y fiel «Criado Portugués», nos hizo llegar por los días en que Jaén celebraba sus anuales fiestas en honor del señor San Lucas, hemos vuelto a encontrarnos para renovar, una vez más, lazos de amistad y proseguir, en algunos casos, conversaciones interrumpidas por la terminación de la anterior cena.

Y lo hemos hecho en el incomparable marco de un edificio que ocupa lugar de honor en el inventario inmobiliario de una ciudad que, como la nuestra, tan castigada ha sido por el derribo de asoleradas edificaciones. Casa que, durante generaciones, ha sido morada y cuna de una familia de gran raigambre entre nosotros: Los Bonilla.



A don Jaime de Bonilla y a su esposa doña Gloria Lodares, expreso el más sincero agradecimiento por proporcionarnos tan agradable invitación que nos permite conocer las maravillas que a esta su casa engalanan.

Desde lo ya ¡ay! lejanos años de mi niñez, ha sentido por este edificio una absoluta admiración. Su bella portada, coronada por majestuoso balcón flanqueado por dos imponentes figuras pétreas que sujetan sendos escudos nobiliarios y cargan sobre los hombros amenazadoras clavos, lo que propició que, con la extraordinaria capacidad de síntesis que tiene la infancia, entre la chiquillería de mi tiempo fuera conocida con «la casa de los tíos del garrote», me extasiaba.

Su enorme puerta, en una de cuyas hojas se abre un postigo

que da acceso al gran portal de suelo embaldosado de mármol blanco en el que en muy contadas ocasiones osamos poner nuestras pecadoras plantas. A lo sumo, dar unos cuantos pasicortos y ambular por escasos segundos antes de salir disparados hacia la calle por la pavora que nos inspiraba Juana, persona durante mucho tiempo vinculada a esta familia y a la que temíamos más que a un nublado, lo que traía consigo el desplacer de poder gozar de tan espacioso como tentador lugar.

Otro toque de atención hacia por entonces calenturientas mentes, lo provocaba la considerable altura a la que están colocadas las anillas que en tiempos sirvieron para atadero de bestias, bien de carga o de montura, lo que unido a lo anterior y teniendo en cuenta nuestra por entonces escasa estatura, hacía pensar que era casa habitada por gigantes.

De esta familia, recuerdo que, azacaneado en juegos infantiles en la cercana alameda, el ver llegar en los soleados domingos de otoño, un coche de cuadrada carrocería pintado en brillante color negro que en sumo de la luna delantera llevaba una especie de vierte aguas, bajo el que se cobijaba el limpiaparabrisas, el cual se detenía a la altura que hoy ocupa la terraza del campo hípico y del que descendía el ya anciano matrimonio compuesto por don José de Bonilla y doña Catalina Mir acompañados de la omnipresente Juana que ocupaba plaza junto al conductor.

Apeados ambos, el Sr. Bonilla ofrecía el brazo a su esposa y con lento caminar, se acercaban al final de Capuchinos, donde tomaban asiento en uno de los bancos de blanca piedra que allí hay instalados y desde donde se contemplaba un extraordinario paisaje, hoy vedado por mor de una malhadada plantación de verdes y espeso follaje que si bien es cierto procura a unos pocos una deseada intimidad, no es menos cierto que priva a muchos de tan extraordinarias vistas.

De desear sería que se conjugaran los derechos de unos y otros y que no se quitara a la ciudadanía la contemplación de tan grandioso escenario.

Y ya metido en la pubertad, el accidente ferroviario en el que anduvo implicado don José Antonio de Bonilla, por entonces Presidente de la Diputación y del que se llegó a decir que había fallecido, lo que motivó que, durante un tiempo, se mantuviera la población en vilo.

Aquí se hospedó un por entonces joven Príncipe de España, el cual siendo Rey, concedió un marquesado a don José Antonio, quien pasado el tiempo, trasladó su residencia a Madrid, de donde volvió a regresar a Jaén una vez fallecido.

Han volado los años, uno ya no anda (que más quisiera) metido en correrías infantiles y mira por donde, experimento la enorme alegría de poder entrar en una casa que siempre admiré y sin que Juana, su celosa guardiana, me haga poner los pies en polvorosa.

Si a ello unimos la incorporación a tan celebradora tropilla, de mi buen amigo Arturo Vargas-Machuca, reputado alarife, junto con la de Pedro Galera, hombre de letras, pero estudioso de edificios, portadas y retablos, por lo que me atrevería a decir que uno y otro se complementan, el placer alcanza un cénit difícil de expresar.

Y en estos momentos de satisfacción y alegría cuando sentimos la nostalgia, el pellizco, por los que por una u otra causa, nos faltan.

Una de esas faltas, la última, es la de don León Herrera y Esteban.

Y a él quiero referirme, no sin antes advertiros que en momento alguno pretendo hacer su semblanza, que ésa ya fue hecha en su momento por Vicente Oya, evitando de esta forma que mi ramplona prosa y la pobreza de mi pluma, entre en perdedora lid con las del antes mentado.

Tengo la absoluta certeza de que en esta noche, tan especial por el marco en que se está desarrollando la presente cena, Don León hubiera estado más que satisfecho por celebrarla en una casa que tan cerca está de la que por tanto tiempo él habitó y tantas veces avistó, bien desde los balcones de su domicilio o al salir a la calle.

Ignoro si en vida tuvo la suerte que nosotros –algunos– hemos tenido de verla en su esplendoroso interior, pero aún siendo así, tengo la certeza de que hubiera disfrutado viéndola de nuevo.

Que don León amaba como el que más esta ciudad y e ello se sintió muy orgulloso.

Quiero, con vuestra anuencia, recordar su llegada a nuestra Confraternidad.

Para los que ya estabais, os servirá de recuerdo, del que se dice que es como vivir dos veces y para los que aún no perteneciais a esta Asociación, os llevará, si en ello estoy acertado, a conocer de forma un poco más íntima cómo se produjo.

Por proposición de Luis Armenteros (ausente por enfermedad y al que envió un fuerte abrazo) y como es preceptivo, se sometió a la aprobación de los confraternos la admisión del mentado como miembro

de honor y como también es preceptivo y por unanimidad, se tomó el acuerdo de su incorporación.

Ni que decir tiene que él acogió encantado el tal nombramiento y debutó como cenacantano en la celebrada en el antiguo palacio de los Vilches, por entonces sede de la Caja Postal de la que él, en tiempos, había sido Director General.

Rafael Gutiérrez Ureña, a la sazón Director de dicha entidad, fue el que consiguió que tal evento se celebrara en tan noble edificio.

Como la cena empezaba a partir del toque de ánimas y no era normal que una oficina bancaria estuviera abierta a tan intempestiva hora, dejamos entreabierta una de las hojas de la puerta de entrada y Luis Armenteros y el que os habla, formamos una especie de comité de recepción, a la par que de vigilancia, y fuimos recibiendo, conforme llegaban, a todos y cada uno de los asistentes.

Entre ellos estaba don Pablo del Castillo, que llegó acompañado de su hijo Federico a quien citó para que viniera a recogerlo a las doce.

He de decir al respecto que, a esa hora, sonó el timbre de la puerta y era Federico que venía a recoger a su padre. Pasado recado a don Pablo, pidió a su hijo que lo dejara para la una. Vuelta a sonar el timbre a esa hora y don Pablo lo dejaba para las dos y de ahí pasó a las tres, que fue la hora en que se dio por concluida tan dilatada cena.

Y a esa hora don Pablo, que ya andaba delicado de salud, partía tan orondo portando bajo el brazo un pan de dos kilos, la crónica de la cena anterior y el enmarcado blasón correspondiente a su apellido que Ángel Viedma, con benedictina paciencia, había dibujado para los asistentes.

Que a este barbado y reputado pediatra, se le da muy bien tanto el pirograbado como el dibujo, amén de ser un entendido en cuestiones heráldicas, que no sólo de pan vive el hombre.

Fue su última cena, para la que hubo de desplazarse desde Madrid (como en otras anteriores) y aunque vivió más tiempo, su progresiva enfermedad le impidió asistir a las sucesivas.

Don León llegó acompañado de su inseparable Julio Puga. Después de los saludos de rigor, los acompañé al interior y allí quedaron saludando a los que se encontraban dentro, volviendo junto a Luis para seguir ejerciendo de «recibidor».

Vicente Oya, dejando de lado el contarnos cosas de Jaén, con absoluta maestría nos hizo la presentación del recién incorporado, el

cual, cruzando los brazos, contestó con emocionadas palabras de las que entresaco su agradecimiento por el nombramiento, el cariño por todas las cosas de Jaén, el amor a su familia y el perenne recuerdo de su madre.

Lo anterior, tuvo lugar mientras dábamos cuenta del convite de entrada, que quedó interrumpido para escuchar a uno y otro interviniente.

Ya durante la cena, y a requerimiento de perentorio toque de campanilla, que con tanta soltura maneja nuestro Prioste, tomó la palabra Miguel Calvo Morillo.

Empezó pidiendo perdón setenta veces siete por si alguno de los asistentes se sentía ofendido, cosa que en modo alguno era su intención y empezó haciendo la semblanza del nuevo confraternal de esta guisa. Cito de memoria, por que aquella introducción no la he olvidado.

Se preguntaba:

¿Quién es esta noche el gorrón?

León.

¿Y se apellida la fiera?

Herrera

¿Y qué dice su registro?

Ministro.

Hasta aquí llega mi pobre memoria, recordando que hizo broma en relación a los apellidos de los asistentes entre el regocijo de todos, pudiendo asegurar que, durante la presentación que acabo de transcribir, el que más reía era el presentado. Cuando Miguel terminó, se levantó y le dio un fuerte abrazo.

Para el que esto leyere, no siendo componente de esta Confraternidad, he de advertir que los recién incorporados están exentos de pago, que corre a escote entre los demás. De ahí el calificativo de «gorrón» dado en tono jocoso y por necesidad de rima.

Ni que decir tiene que don León se integró de forma inmediata, haciendo suyo, más si cabe, el ideario que a todos nos une.

Dio una conferencia en el salón alto del Arco de San Lorenzo que se encontraba repleto de personal, siendo muchos los que no pudiendo tomar asiento, quedaron en pie.

Con la elegancia que le caracterizaba, dio su charla sin hacer uso del sillón frailuno, como deferencia y homenaje a los que de esta forma se encontraban.

Después, y como era de precepto, junto a su esposa, algunos familiares y don Eduardo Ortega que le acompañaban, se unió a todos los asistentes en típica taberna que había frente al Arco, tomó cerveza, mojó pan en aceite, peló habas, añadió algún que otro trozo de bacalao y comió rosetas. Tengo la sensación que se sintió a sus anchas y añadiré que a esta primera vez, siguieron otras y siempre gustó de estar rodeado de «su gente».

Gozó como el que más la noche que celebramos la XXV cena en el Parador de Santa Catalina de tantos recuerdos para él y sugirió a Pedro que la crónica a ella relativa, fuera lo más extensa posible, siendo un compendio de todas las anteriores.

Por lo que hemos visto y leído, Pedro cumplió como en él es costumbre, con la sugerencia de don León. Lástima que no la haya podido disfrutar.

Su cortesía le obligaba a disculparse si por algún motivo no podía asistir a alguna cena, llegando a enviar, junto a una carta de disculpa, la fotocopia de una invitación de boda a la que estaba obligado a asistir por ser testigo por parte del novio.

Recuerdo que, en una ocasión en que no pudo asistir, lo encontré junto a Julio Puga por la carrera. Le dije que lo habíamos echado de menos y dándome unas palmadas, me contestó que él también, que había sentido no estar con nosotros, pero que había recibido la crónica, leído de cabo a rabo y gustado mucho todo lo que en ella se decía. Así era don León. Si no estaba físicamente con nosotros, sí se preocupaba de todo lo concerniente a la Confraternidad.

A partir de su incorporación, en cada acto en que tomara parte, era presentado, obviando otros títulos, como miembro de honor de los «Amigos de San Antón», lo que teniendo en cuenta su trayectoria y personalidad, daba realce a nuestra Asociación.

No ha estado en esta cena ni ha enviado escrito de justificación. Una escueta esquila mortuoria sirvió para decirnos, dolorosamente, que ya no estaba entre nosotros, pero tengo la seguridad de que los que tuvimos la suerte de tratarlo, haremos un hueco en nuestra memoria para, juntándolo con los que ya nos faltan, rememorar de vez en cuando los momentos que junto a él vivimos.

Don León, hasta siempre.

A vosotros, gracias por vuestra infinita paciencia.

## De las virtudes del aceite común

---

JOSÉ GARCÍA GARCÍA



Si les comento que las tensiones entre los poderes públicos y las industrias farmacéuticas saltaron a mi mesa hace unos meses, pensarán que a qué viene eso. Pues viene a cuento de que casi doscientos años se lleva ya con la misma cantinela. Hay quien sigue tratando de si los productos básicos, genéricos que dicen, son mejores que los específicos basados en ellos o si, por el contrario, las especialidades de marca (más publicitadas y más caras), son más efectivas que los mencionados principios básicos (no publicitados, más baratos). La industria y sus canales de comercialización defienden sus ganancias; el Estado, pagador y valedor (?) del pueblo enfermo que costea los gastos, defiende que los efectos de los productos genéricos son los mismos; pero que su precio es muy inferior. ¡*Id est!*

Como les insinuaba, hace casi doscientos años, se publicaba un opúsculo que es de lo que les hablo a continuación.

Colaboraba en la reorganización de los fondos de la Biblioteca de mi Instituto, cuando encontré un librito con tapas duras de piel, de diez centímetros por catorce. Naturalmente lo hojeé y, aunque su título (*Apolo-gía del mercurio...* y un larguísimo añadido) no me llamaba la atención más de lo normal, acabé leyéndolo.

En efecto, la primera parte se refería a lo que el título manifestaba y estaba impreso en Madrid, Imprenta Real, año 1816. Pero una segunda parte, que no esperaba encontrar, me hizo detenerme más en él y, por referirse a lo que se refiere, me decidí a escribir sobre él.

La portada de este segundo opúsculo que incluye el librito, reza: «*Memoria científica sobre la naturaleza, usos y virtudes extraordinarias del Bálsamo Samaritano o aceite común; del de Malats, Izquierdo y otros semejantes*». Por el ciudadano Don Gregorio Bañares, Boticario de Cámara de S.M., Profesor de Botánica, Socio de la Real Sociedad Médica de

*Emulación de París, individuo de varias Academias; premiado por Boticario Mayor del Ejército; Visitador perpetuo de las boticas del obispado de Osma; comisionado por S.M. para el examen de las aguas medicinales, Director de la Junta Nacional de Farmacia, etc. etc. Madrid; Imprenta que fue de Fuentenebro. 1820.*

Después de una dedicatoria a *don Francisco de Paula, Infante de España*, articula la obrita con un principio en el que justifica su publicación para el beneficio de *mi amado público (...) como todos los que hasta ahora he publicado.*

Alude después a la multitud de bálsamos que se usan en España, con el nombre de Izquierdo, Malats y otros, a la novedad que ha supuesto su masiva venta, al precio excesivo al que se venden y a lo mucho de ello se escribe *en los periódicos, sin crítica ni conocimiento...* (parece actual: producto caro, consumismo, publicidad, comentarios errátiles en la prensa...).

De aquí nos lleva el señor Bañares a los orígenes del bálsamo Samaritano, básicamente hecho con aceite y, con un criterio normalista, posiblemente con alguna razón, justifica el nombre del tradicional bálsamo que defiende frente a los de marcas comerciales.

El primero de los argumentos en que se apoya es, para nuestro criterio actual, absolutamente acientífico, pero de un candor que hace sonreír: menciona el Evangelio de S. Lucas y la parábola del buen Samaritano. Relata como este hombre vendó las heridas del pobre asaltado y echó sobre ellas aceite y vino... y dice literalmente: *De este pasaje se infiere que el aceite y vino eran conocidos en aquel tiempo, como un específico para la curación de las heridas. A no ser así, carecía de moralidad la parábola, en que nuestro divino Salvador y Maestro se propuso enseñarnos (...)* Puede inferirse también que el herido consiguió su curación, porque así se supone en la parábola, en que atendida la sabiduría infinita del que la dictó, no puede menos de ser muy verosímil...

¡Encantador! Pero sigue: *Diéronle posteriormente el nombre (...) no porque el Samaritano fuese su inventor: del mismo modo que se llama bálsamo de Maltas, Izquierdo, etc. a otras composiciones que corren con sus nombres sin ser inventores de ellos. **En todas entra como base principal el aceite de olivas**, y por lo mismo, para graduar su verdadero mérito, es indispensable tener un conocimiento exacto de **esta singular sustancia**.* (El resaltado en negrita es nuestro). Esto, evidentemente, ya no es tan ingenuo. El opúsculo va por estos, según él, vividores de la botica.



Sigue adelante con una descripción intuitiva, física y química del aceite y pasa a probar (experimentalmente esta vez), que en los bálsamos, ni el vino, ni las yerbas, ni cualquier otra cosa que se les añada, suponen principios activos. El único lo es el aceite de oliva, sobre todo como hemostático: *Todos saben que el aceite y la sangre son dos cuerpos de diferente naturaleza, que lejos de tener la menor afinidad, se repelen mutuamente, (...) el aceite retiene la sangre, o la hace retroceder por la falta de afinidad que con ella tiene (...) obstruye el paso e impide que salga nueva porción de sangre.*

Poco antes, también ha probado con argumentos de autoridad, los efectos maravillosos, y al parecer increíbles del bálsamo oleoso: *En el combate que sostuvo la escuadra francesa contra la inglesa en el año 1802 en la bahía de Algeciras, cuando yo estaba de boticario mayor del ejército, todos los heridos franceses, ingleses y españoles se curaron con el Bálsamo Samaritano o aceite cocido con vino y romero. Digan los discípulos y subalternos del inmortal Queraltó la multitud de curaciones extraordinarias e inesperadas que consiguieron en la guerra contra Francia. Diga el insigne Rives las curaciones maravillosas que lograron en el hospital general muchos madrileños heridos gravemente en el Retiro y sus inmediaciones por las tropas de Napoleón. Diga el cirujano Argandoña...*

Continúa con un análisis del bálsamo llamado de Izquierdo, acerca del cual combate el que se tenga que colocar treinta y seis días en un estercolero, para que fermenten el aceite y las yerbas y, tras igualar este al de Malats, entra con una serie de nuevos argumentos contra el segundo, no sin rasgos de buen humor y, desde luego, sin mal tono. Así, por ejemplo, en una concesión retórica para una hipotética defensa de malats, escribe: *Dirá Vmd. acaso: Señor yo lo he perfeccionado, añadiéndole achicorias o berenjenas; será cierto, pero lo positivo es que si Vmd. hace esto, el aceite sale virgen de los tanques de las nuevas yerbas que Vmd. le añade, sin que en nada lo hayan disfrazado; cuya operación la ha podido Vmd. hacer a poca costa, y sin que lo hubiera conocido la madre que lo parió... Esta alusión al desconocimiento de su señora madre, se refiere al argumento principal de Malats, que decía que ningún bálsamo era como el suyo, porque a nadie había comunicado sus componentes. (O sea, como ocurre hoy con lo de la achicoria y la fórmula de la CocaCola).*

En fin un poco más adelante, llega a su más contundente argumento: *Resulta de todo lo dicho que por cada libra de diez y seis onzas de bálsamo o aceite, puede decirse común, que vale siete reales y medio, se ha llevado al público [por] dos mil ochocientos reales. ¡Esto son los márgenes comerciales!, se nos ocurre a nosotros; pero nuestro profesor*

Bañares, en su buen y comedido tono irónico, no escribe otra cosa que la que sigue: *Por lo que a mi toca, no digo nada sobre el particular, porque el público de Madrid que está acostumbrado a pensar con tanto juicio, dirá lo que le parezca con los datos positivos que tiene a la vista.*

Finalmente la conclusión es ejemplar: *Los boticarios deben emplearse en que el público esté bien servido; y si de resultas de esto se vende el bálsamo a cuatro reales, deben ellos darlo a dos, y si se vende a dos, darlo a uno; que es el precio común de la mayor parte de los aceites compuestos; y de este modo se acabará de una vez la impudencia y desmesurada avaricia que no reconoce otro ídolo que el sórdido interés.*

Después de leer todo lo mencionado y de alegrarme por todo lo que de bueno se dice sobre el aceite de oliva (que mi abuela Ascensión y mi madre usaban con maestría para diversas aplicaciones, de algunas de las cuales doy fe), yo, que soy pardillo en cuestiones comerciales y no digamos en las de la farmacopea; pero que pago, mejor dicho, que me cobran un buen dinero en impuestos de diverso tipo, parte de los cuales se van a la factura nacional de los medicamentos, no sé decir otra cosa que aquello de: *Nihil novum sub sole.*



## COLOFÓN

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA, EN LA  
MUY NOBLE, FAMOSA Y MUY LEAL CIUDAD DE JAÉN,  
EN LOS TALLERES DE CATENA 3, S.L . DE JAÉN,  
EL DÍA 25 DE NOVIEMBRE DE 2004,  
FESTIVIDAD DE SANTA CATALINA  
DE ALEJANDRÍA.





25  
Noviembre  
2003